

## Capítulo LXVI.

### Sarcasmo de la suerte.

#### I.

—Nos hemos salvado.

—Sí, sí; allí lo veo.

—Avisémoslo á todos. Es preciso evitar el motin.

—Que nadie se aperciba de nuestros proyectos.

—Nos seria funesto, y en vez de conseguir la libertad, sólo conseguiríamos nuestra ruina.

—¡Parece imposible! ¡Parece imposible que ninguna otra nave se atreva á desafiar las iras de estas aguas, donde tanto hemos sufrido.

—¡Callad! ¡Callad! Que nos pueden oír y nos perdemos.

—¡Viva el almirante! ¡Viva el almirante!

#### II.

—¿Qué ocurre?—preguntó Colon.

— ¡Viva, viva!

— Sí, sí; miradla, miradla; vedla allí. Viene á protegernos, viene á darnos la vida.

— Dios se ha compadecido de nosotros.

— Se acerca á nuestras naves, —dijo Colon, sin revelar el placer inmenso que debia causarle tal visita.

— Y se detiene.

— ¿Cómo no se adelanta? Bien podria acercarse más. Quizá ignoren que hay agua bastante para avanzar.

— Ya arrojan el bote.

— Y bajan del bajel unos cuantos.

### III.

Todos los españoles que se encontraban con Colon, así los que preparaban el nuevo motin, como los que permanecian leales, fijaron su vista en el bote, y la ansiedad que revelaban sus semblantes era una ansiedad febril, pero silenciosa.

— Le conozco, le conozco.

— ¿Es Diego de Escobar?

— El mismo.

— Nada bueno puede traernos, —dijo un oficial.

— Ese menguado es un hombre traidor, es uno de los más activos cómplices de la rebelion de Roldan, á quien condenaron á muerte, y á quien perdonaron de la pena que se le habia impuesto.

## IV.

Llegó por fin el bote al costado de las naves, y levantándose Escobar, dijo á uno de los marineros.

—Baja á recoger unos encargos.

—¿Qué teneis que mandarme?

—Toma este documento y entrégalo al jefe. Dátele tambien esta caja, y dile que es un presente que le hace el gobernador de la Española.

La caja contenia un barril de vino y un pernil de puerco.

## V.

En el instante mismo en que Escobar hizo la entrega, se alejó precipitadamente el bote, y se colocó á la mayor distancia posible para hablar con los de las naves.

La figura de Colon destacaba sobre todas, y no costó trabajo á Escobar el distinguirle y dirigirse á él en estos términos:

## VI.

—Tengo el honor, mi almirante, de ser intérprete de los sentimientos de vuestro amigo el gobernador de la Española. No os olvida nunca, y puedo aseguraros que toma una gran parte en vuestros infortunios. Si se encontrase con recursos suficientes, se consideraria

muy dichoso enviandoos víveres y armas; pero es muy crítica su actual situación.

Además,—añadió,—no puede disponer de un bajel bastante capaz para conducirnos con vuestra gente á aquella isla; pero estad seguro que en el momento que lo tenga lo enviará á estas aguas, y lo pondrá á vuestras órdenes.

Me ha encargado tambien muy especialmente, que os diga que los importantes negocios que teneis en la Española serán atendidos con el mayor interés, pues es muy grande el afecto que os profesa y muy alta la consideracion con que os distingue.

Creo que en el documento que se os ha entregado podeis ver confirmadas las nobles y francas protestas que os acabo de hacer.

Leedlo y meditadlo cuanto os plazca, y si teneis algo que decirle, apresuraos y enviadme la contestacion, pues me es urgente partir sin demora.

## VII.

A todos cuantos oyeron las palabras de Escobar les sorprendieron extraordinariamente.

La alegría y el entusiasmo que habia producido la vista del bajel se disiparon.

Y hasta los conjurados, que comenzaban á sentir el remordimiento de su criminal propósito, estaban casi pesarosos de aquel suceso, que habia trastornado su plan.

A las esperanzas más risueñas, sucedió un desengaño funesto.

Si el almirante hubiera sido un nombre frívolo, impresionable, le bastaría la actitud de Escobar para llenarse de indignación, y adoptar alguna medida enérgica, que de seguro hubiese sido, no sólo inútil, sino grandemente peligrosa. Pero supo hacerse superior á aquella situación, y contestó afectuosamente al mensajero, diciéndole que se enteraría de la carta, y que procuraría contestarla sin pérdida de tiempo.

### VIII.

Se retiró á su camarote, y después de una breve meditación, escribió lo siguiente:

«Quedo enterado de cuanto os habeis dignado participarme en vuestra expresiva carta, y os agradezco los sentimientos que me acreditais, y que me obligan al reconocimiento más profundo. Nuestra situación es terrible, es superior á todo lo que pudiera decir mi pluma. Las enfermedades y el hambre nos acosan constantemente, y si la mano de Dios no se hiciese visible en ciertos instantes, nuestra muerte sería cierta.

«No os son desconocidos los favores que dispensé á los hermanos Porras, ni el afecto particular que les profesaba. Pues bien: esos hombres, en quienes debía depositar mi mayor confianza, me vendieron miserablemente, poniéndose á la cabeza de una rebelión que me arrebató la parte más sana y vigorosa de mi

gente. Sólo quedaron los más desvalidos y algunos pocos leales.

»La precipitación con que escribo no me permite detenerme en algunos detalles sumamente importantes, que significarían mucho para vuestro criterio; pero ya comprendereis las circunstancias de que me veo rodeado.

»Si dudase de vos, podría considerarme perdido; pero veo firmemente que hareis cuanto os sea dable para enviarme los socorros que me son tan indispensables.

»No puedo dejar la pluma sin recomendaros muy eficazmente á los caballeros Diego Mendez y Bartolomé Fiesco, cuya expedición á esa isla no ha tenido objeto alguno artificioso, sino el de exponernos clara y verdaderamente la situación terrible en que nos encontrábamos, y demandaros auxilio.

»Muy seguro de que al enteraros de lo que os participo experimentaréis profundo dolor, os doy desde luego las gracias por vuestro generoso interés, y al reiteraros mi amistad, se ofrece á vuestras órdenes vuestro fiel amigo,

»CRISTÓBAL COLON.»

## IX.

Con exaltada inquietud recibió esta carta el falso mensajero, y en el instante levó anclas y se hizo á la vela, muy satisfecho del éxito de su embajada.

Era de noche, y noche triste y oscura, cuando desapareció de la vista de los españoles aquel bajel, que tanto habia halagado su fantasia, y que tantas ilusiones les hizo concebir.

Todos callaban, y no se atrevian á revelar su desesperacion, porque no sabian cuál era el partido que más les convenia tomar.

La consternacion más triste estaba pintada en los semblantes de aquellos desgraciados.

X.

—¿Qué significa lo que está pasando?—dijo uno de los marineros.

—¡Nos abandonan! ¡Nos abandonan!

—¿Por qué los hemos dejado marchar?

—¿Por qué no los hemos detenido?

—¿Por qué no les hemos pedido explicaciones?

—El almirante, el almirante tiene la culpa de todo lo que nos pasa,—dijo uno de los que habian tomado una parte más activa en la rebelion.

—Contra él debemos sublevarnos pronto,—añadió uno de sus compañeros.

—Esperemos, esperemos,—dijo uno de los que habian permanecido neutrales, que habia sorprendido la conversacion.—Esperemos, y quizá el almirante nos dé cuenta.

—Nuestra paciencia está apurada, y ya no puede tolerarse su conducta. ¿Qué fin se propone? ¿A qué as-

pira? ¿Qué quiere exigir de nosotros? ¿Hasta cuándo piensa tenernos en estas naves?

## XI.

No desconocía Colón el nublado que le amenazaba, y creyó muy oportuno levantar el caído ánimo de aquellos hombres.

—Ha llegado la hora en que podeis tener confianza,—les dijo.—No quiero ocultaros lo que acaba de pasar.

Si en circunstancias normales pudiera ser un secreto la visita del bajel que acaba de partir, en las anómalas y extraordinarias en que nos encontramos, mi secreto pudiera ser un crimen, porque mataría vuestras más lisonjeras ilusiones, vuestras justas esperanzas.

La correspondencia que acabo de recibir me ha sido muy grata, porque ella me anuncia que pronto saldrán de la Española los bajeles que han de conducirnos á aquella isla.

Por eso mismo he preferido quedarme con vosotros á marchar con la embarcacion que acaba de darse á la vela.

Ya que he sido testigo de vuestros dolores, quiero serlo tambien de vuestras satisfacciones, y será inmensa la mia cuando os vea abandonar estas playas, y esteis preparados para regresar á vuestra muy querida patria.

## XII.

Las palabras de Colon calmaron la inquietud que se apoderaba de todos, quedando desde aquel momento desconcertada la conspiracion.

Las esperanzas más gratas comenzaron á revivir en aquella atribulada gente, y todo su quebranto se convirtió en una gran ventura.

## Capítulo LXVII.

### Dos escenas distintas.

#### I.

Era demasiado; era demasiado para un hombre, por grande que fuese, sobreponerse á aquella situación.

Y sin embargo, Colon, que habia nacido para los grandes sentimientos, estaba combatido cruelmente en sus más nobles aspiraciones.

Gran enseñanza entraña su conducta en aquella inesperada y violenta ocasion.

Era preciso ser como él era para no haberse exaltado en ira ó haber caido en un abatimiento profundo.

#### II.

La vista de un bajel, despues de tanto tiempo que

vivian en un retiro absoluto y alimentando el espíritu de esperanzas; la vista de un bajel que les hacia comprender que sus sufrimientos tocaban á su término; la vista de un bajel tan codiciado, para convertirse en una rápida exalacion que pasa delante de sus ojos como un fantasma fugitivo, era un suceso demasiado extraordinario para no impresionar hondamente los ánimos más fuertes.

En todos los que presenciaron aquel acontecimiento hizo impresion indeleble; pero todos, ménos Colon, pudieron tranquilizar su alma y calmar su inquietud, porque la conducta del almirante al recibir el pliego, al oír las palabras de Escobar, al retirarse á su camarote, al dar la contestacion, y por último, al hablar á su gente, era una conducta tan digna como heróica, que pudo cambiar en confianza las dudas, las vacilaciones, y hasta la rebelion, que de seguro volveria á reproducirse.

### III.

No pueden apreciarse ni definirse los afectos y las emociones de aquellos hombres desgraciados, cuya vida desde muchos meses atrás venia siendo una pesada cadena de dolores y quebrantos.

Todas sus penas, todas sus dolencias, todos sus sufrimientos, hacian eco en el corazon de su jefe y agravaban su continuo y terrible padecer.

Agotó las fuerzas de su voluntad poderosa para re-

vestirse de confianza y aparecer tranquilo ante los desesperados.

Y al retirarse solo al camarote, reclinó su febril cabeza sobre sus manos.

## IV.

Su hijo era el que instintivamente penetraba sus pensamientos, é identificándose con su padre, sufría por los dos.

Y ante la escena que acaba de pasar, no sabía qué hacer.

Pero abandonándose á una impresion súbita, corrió al camarote, y dirigiéndose á Colon,

—¡Padre, padre!—le dijo.—Ya no es posible seguir adelante, ya no es posible vencer; tenemos que rendirnos.

—Valor, Fernando, valor.

—El valor me falta, no por que sacrifique mi vida, y creedme, padre, no es por que dejemos de existir, porque nuestra existencia en el mundo es un prolongado suplicio, y confío en que Dios nos recibirá en su seno para que disfrutemos para siempre de una ventura inefable; pero estos desgraciados, estos infelices que ahora rien y están tan engañados, creyendo que su cautiverio ha concluido; estos infelices que tienen puesta su confianza en vos, ¿cómo se han de resignar á morir? ¿Cómo hemos de presenciar su desesperacion? No puedo prestaros fuerza, padre mio, porque las

fuerzas me faltan, mi cabeza arde, mi cuerpo desfallece.

—¡Calla, calla, hijo mio!

## V.

—¿Qué día será?—preguntaba un marinero sobre cubierta.

—No es fácil fijarlo, pero será muy pronto.

—Después de haberlo creído imposible, no es fácil convencerse de esta dicha.

—En la Española nos recibirán con entusiasmo.

—¡Y cuando volvamos á nuestra patria!...

—Entonces se cumplirán las promesas del almirante.

—Todos seremos colocados.

—¡Y con lo que llevamos!...

—Sí, es verdad, porque también nos darán algunos ducados, para que hagamos ver que en esta tierra hay mucha plata y mucho oro.

—¡Por de contado!

—¿Quién lo duda? ¡No faltaba más sino que volviéramos pobres!

—¡Entonces, entonces gozaremos!

—¡Vamos, vamos á ver al almirante: es preciso que le demos las gracias por su conducta, y que le pidamos perdón por nuestras faltas.

—Es un deber que nos reconciliemos con él los que hemos dudado de su amor y de su lealtad.

—Todos somos sus hijos.

—Sí, sí; él es nuestro segundo padre, porque sin él nos habiéramos desesperado.

—¡Y quizá, si seguimos los pasos de nuestros compañeros, de los que se fueron con el capitán Porras y con su hermano el contador!...

—Pobres de ellos, algunos habrán muerto, y los demás andarán errantes por los bosques.

—Es preciso ser leales y agradecidos.

—Vamos, vamos á ver al almirante.

## VI.

—¡Detenlos, detenlos!—dijo Colón á su hijo.

Los dos habían oído la conversacion de aquellos pobres hombres.

—Sí, padre, sí, que conocerían nuestra turbacion, que no puede disimularse.

Y llegaban ya á la puerta del camarote algunos, cuando Fernando la abrió, y dirigiéndose hácia el interior.

—Descansad, padre, descansad,—le dijo.

Estas palabras hicieron desistir de su propósito, ó mejor dicho, lo aplazaron los que querían darle gracias fervorosas, porque les había anunciado su salvación.

Pero el hijo del almirante no podía estar separado de su padre en aquellas horas de angustia y de pesadumbre.

Los dos se necesitaban, si no para consolarse, porque no creían posible encontrar consuelo, al ménos para exhalar suspiros sin que nadie les sorprendiese.

## VII.

—¡Ovando, Ovando!—exclamó Colon.—¿Es posible que hayas llevado tu encono y tu envidia hasta el punto de burlarte tan terriblemente de quien jamás te hizo daño?

—¡Ovando, Ovando, miserable, que así sacrificas á mi generoso padre! ¿Cómo no cae sobre tí toda la ira de Dios.

—El mensajero que me ha mandado, indicaba bien claro sus siniestras intenciones.

—Y el presente que os ha hecho, conociendo, como no puede ménos de conocer, el hambre y las necesidades que estamos padeciendo, es el mayor de los escarnios.

—Pero Cristo nos enseñó á sufrir resignadamente los golpes de la adversidad.

—¿Por qué tanta saña?

—La envidia, hijo mio, la envidia y la ambicion. Ese bajel vino á cerciorarse de nuestra suerte. Despues de tantos meses como llevamos en este destierro, nada más natural que haber sucumbido á los rigores del infortunio, y esa seria la esperanza de Ovando. Y ha elegido á Escobar por embajador de tan siniestra empresa, porque le consta la enemistad que nos separa, y está seguro que me profesa un ódio á muerte.

—¡Y qué precauciones tan cobardes! Os aseguro, padre, que si no hubiera temido ser imprudente abandonándome á mis sospechas, concluyo con ese fementido.

—Prudencia, siempre prudencia, hijo mio.

—¡Prudencia con el que ultraja á mi padre, prudencia con el que se complace en sus dolores y codicia su muerte!...

—Perdónalo y compadécete de sus miserias.

—¿Pero qué hacemos? ¿Cómo salvaremos esta crisis tan violenta?

—No te precipites: va renaciendo en mí la confianza del cristiano, esa confianza que se turbó al influjo de mis pasiones de hombre. Acuérdate del día en que un eclipse, conocido y anunciado por la ciencia, nos sirvió para poner á nuestro servicio á los indios, cuando su indignacion contra nosotros era inmensa.

—Vuestra tranquilidad y confianza me hacen estar sereno, tanto, que me hallo con valor para conversar con los confiados.

—Pues hazlo así, y me prestas un gran servicio.

—Quiero ser un hijo digno de mi padre.

## VIII.

Y Fernando salió del camarote con aire resuelto, y hasta revelando buen humor.

Nadie, sin embargo, sospechaba el triste y desgarrador diálogo que acababan de tener el almirante y su hijo.

Su noble presencia y su actitud valiente despertó en aquellos momentos la simpatía de todos.

Le recibieron con afecto y le abrieron más y más sus corazones, haciéndole vehementes protestas de la veneración que tenían á su padre.

## IX.

La conducta de Ovando no puede explicarse de manera que lo exima de toda culpa.

Los que más han querido atenuarla, creen que temía que si Colon volvía á la isla recobraría el gobierno de la misma, ó que irritado contra la corte de España, que habia suspendido sus honores y dignidades, trasferiria á Portugal los paises que habia descubierto.

Tambien hay quien dice que Ovando estaba ocupado en guerras contra los indios, y que realmente no tendria bajeles para ponerlos á las órdenes de Colon, y que, por otra parte, no comprenderia que era tan triste su situacion.

De todos modos, el mensaje de Ovando desvaneció por completo las esperanzas del almirante, y le hubiera desconcertado absolutamente, si más que hombre de mundo no hubiera sido hombre de fé.

## Capítulo LXVIII.

Donde sabrá el lector algo de dos personas con quienes de seguro ha simpatizado.

### I.

Antes de pasar adelante, digamos alguna cosa acerca de lo que habia ocurrido á Diego Mendez y á Bartolomé Fiesco.

Al despedirse del adelantado en la punta oriental de la isla, prosiguieron el rumbo que habian tomado, y continuaron todo el dia animando á los indios, que se abatian con frecuencia.

El cielo estaba despejado, el mar en calma, no se movia un pelo de aire, y por lo tanto experimentaban un calor abrasador.

Como no llevaban velas, no podian guarecerse de los candentes rayos del astro lumínar, y les costaba trabajo respirar en aquella atmósfera de fuego.

Los indios, desfallecidos por el calor, complicado con el rudo trabajo, se arrojaban al agua de cuando en cuando, y despues de refrescarse algunos minutos, subian de nuevo á las canoas y manejan con más vigor los remos ó canaletes.

## II.

Al ponerse el sol perdieron de vista la tierra: sus únicos horizontes eran el mar.

Continuaron el viaje soportando los mayores trabajos.

Por la noche se reemplazaban los indios: mientras unos bogaban otros dormian, y viceversa.

Tambien los españoles dividieron sus fuerzas.

Mientras los unos descansaban, velaban los otros, perfectamente armados y preparados á defenderse si llegaba el caso, no sólo de los caribes que les asaltarán en medio del mar, sino de sus salvajes compañeros.

## III.

Al dia siguiente, por efecto de tan penosa tarea, se hallaron todos excesivamente fatigados.

La luz del sol, que esperaban con ánsia para que les brindase la esperanza de encontrar pronto tierra, les arrebató esta ilusion.

Mar y cielo habian visto á la claridad del cre-

púsculo vespertino, y mar y cielo descubrieron á favor de las primeras luces de la aurora.

Las endebles canoas, obedeciendo como esclavas á las olas, no ofrecian seguridad á los viajeros: si estando el mar en calma fluctuaban de aquel modo, cuando se alterase, cuando se enfureciese, era seguro que no podrian resistir los embates del oleaje.

#### IV.

Mendez y Fiesco agotaron los recursos imaginables para reanimar el abatido espíritu de sus compañeros.

No sólo les permitian descansar, sino que muchas veces, y para dar ejemplo, tomaban los remos y trabajaban como los mismos indios.

En el primer dia agotaron el agua, y comenzaron á sufrir una sed espantosa.

La calma continuaba, sin que la más leve brisa templase los horrores de aquella temperatura, que sostenia un sol equinoccial.

#### V.

Al mediodía abandonaron los indios los remos.

—Matadnos si quereis,—dijeron á sus jefes;—ya no podemos más.

Mendez habia previsto lo que iba á pasar, y reservó dos barriles de agua; pero ocultó los móviles

que le habían obligado á emplear aquel recurso, y aseguró á los indios que los había encontrado entre los vacíos.

Este precioso hallazgo reanimó un tanto á los infelices remeros.

—Pero será preciso,—dijo Mendez,—tasar el agua para que dure.

—Nos morimos de sed,—gritaron los indios de su canoa.

—De todos modos,—añadió Mendez,—debemos repartirla con nuestros camaradas.

## VI.

Los indios, que eran generosos, llevaron una barrica á la canoa de Fiesco.

Los dos jefes se encargaron de administrar el agua por sí mismos.

—Animo,—les dijeron;—si os esforzais llegaremos en breve á una isleta que está á ocho leguas de la Española... Allí hallaremos agua, alimentos, y podremos descansar.

Esta esperanza y el agua que bebieron los indios, dió nuevo aliento á sus abatidas fuerzas, y cogieron los remos.

Bogaron ansiosos de ver tierra.

Pasó el día.

Las tinieblas de la noche envolvieron sus frágiles embarcaciones.

## VII.

Mendez pasó á la canoa de Fiesco.

—Sabeis que me asalta un temor,—le dijo.

—¿Cuál?

—Segun mi cuenta, hemos andado con creces la distancia que separa la costa de la Jamaica, en donde queda el almirante, de la isla de Navasa.

—¿Estais seguro de lo que decís?

—Segurísimo.

—¡Eso seria horrible!

—Espantoso.

—Nuestros remeros no tienen fuerzas para llegar á la Española.

—¡Qué han de tener!... Además, no habiendo hallado la isla, hemos perdido el rumbo, y sólo Dios sabe dónde iremos á parar.

—De cualquier modo, es necesario que ellos lo ignoren.

—Sí... de lo contrario todo se perderia.

## VIII.

Se separaron.

Mendez volvió á su embarcacion, y cerró la noche sin que notase indicio alguno de la isla.

Uno de los indios pereció en medio del horror de sus compañeros, que veian tambien próximo su fin.

Su cuerpo fué arrojado al mar.

La fatiga obligó á muchos á dejarse caer jadeantes en el fondo de las canoas.

## IX.

He aquí cómo refiere Washington Froign el final de aquella heroica expedicion:

«A veces querian los indios refrescarse las fauces con agua de mar, lo que les aumentaba la sed. De cuando en cuando, pero con mucha economía, se les daba una gota de agua de las barricas; pero esto solo en casos de extrema necesidad, y principalmente á los que iban remando.

»La noche iba ya muy entrada; mas no habian podido aún dormir los que estaban de descanso, á causa de la intensidad de su sed; ó si dormian era para sufrir los fatigosos ensueños de frescas fuentes y murmuradores arroyos, y despertar con redoblado tormento.

»La última gota de agua se habia dado ya á los remeros indios; pero sólo habia servido para irritar sus sufrimientos.

»Apenas podian mover los canaletes; los abandonaban uno despues de otro, y parecia imposible que viviesen hasta llegar á la Española.

»Los comandantes, con admirable tacto, habian hasta entonces sostenido aquella fatigosa lucha entre el sufrimiento y la desesperacion; pero tambien empezó ya á decaer su ánimo.

»Estaba Diego Mendez sentado, observando el horizonte, que por grados iban esclareciendo los pálidos rayos de luz que preceden á la luna.

»Al salir aquel planeta, vió que se destacaba de detrás de cierta masa opaca, bastante elevada sobre el nivel del Océano. Inmediatamente dió el grito animador de *tierra*.

»Sus casi exánimes compañeros cobraron nueva vida.

»Era la tierra la isla de Navasa; pero tan pequeña, baja y distante, que si no la hubiera revelado el ascenso de la luna, habria sido imposible descubrirla.

»El error de los cálculos, respecto á la isla, consistió en no haber estimado con exactitud la navegacion de las canoas, ni hacer una reduccion suficiente por el cansancio de los remeros y la oposicion de las corrientes.

»Nuevo vigor se difundió entre las tripulaciones.

»Trabajaban todos con frenética impaciencia; al rayar el dia llegaron á tierra, y lanzándose á la playa, dieron gracias á Dios por tan señalados beneficios.

»Esta isla era un mero peñasco de media legua de circunferencia.

»No habia en ella árbol, arbusto, yerba, arroyo ni fuente alguna.

»Pero su ánsia les hizo hallar abundancia de agua, dejada por las lluvias en los huecos de las rocas.

»La arrebañaron precipitadamente con sus calabazas, y apagaron aquella sed abrasadora con inmoderado afán.

»En vano los más prudentes recordaban á los otros su peligro.

»Los españoles se abstuvieron algun tanto; pero los pobres indios, cuyo trabajo habia aumentado la fiebre de su sed, se entregaron al agua con frenética indulgencia.

»Algunos murieron en el acto mismo, y muchos cayeron peligrosamente enfermos.

»Apagada la sed, buscaron alimento.

»Se encontraron en efecto algun marisco por las costas.

»Encendió fuego Diego Mendez, juntando algunas astillas y pedazos de leña de las que el agua traia: pudieron cocerlo y hacer un delicioso banquete.

»Permanecieron descansando todo el dia á la sombra de las rocas, refrigerándose despues de tan intolerables padecimientos, y mirando á Española, cuyas montañas se levantaban sobre el horizonte á ocho leguas de distancia.

»Con el fresco de la tarde se embarcaron de nuevo, vigorizados por el descanso, y llegaron felizmente á Cabo Tiburon al otro dia, el cuarto desde su partida de Jamaica.

»Desembarcaron á la orilla de un caudaloso rio, donde los recibieron con mucha hospitalidad de los indios.»

## X.

Tales son los pormenores de este aventurado é in-

terésante viaje, de cuyo precario éxito dependia la vida de Colon y sus compañeros.

Los viajeros permanecieron dos dias descansando en las márgenes del rio.

Mendez partió con dos indios á la Española, y allí tuvo un encuentro felicísimo.

Fiesco llegó á Santo Domingo tres dias despues.

Más tarde referiremos lo que allí le pasó.

## Capítulo LXIX.

Dos jóvenes de corazón.

### I.

No puede dudarse que la fé cristiana es el gran aliento del alma.

En las situaciones más aflictivas de la vida levanta el ánimo y le reviste de una fuerza suprema, que es capaz de luchar denodadamente contra los mayores infortunios.

Pero el hombre es siempre hombre, y á las primeras impresiones se deja arrebatar fácilmente.

Por eso no debe sorprender el desfallecimiento de Colon, cuando despues de haber hablado á su gente se retiró a su camarote.

Y la visita de su hijo, sus palabras bañadas en llanto, su desesperacion, sus nobles sentimientos; todo, en fin, era para su atribulado padre un dardo que traspasaba su angustiado corazón.

Pero al fin triunfó: recordó que si la Providencia nos coloca entre corrientes difíciles, también nos dá soluciones inesperadas y magníficas.

Y ante ese recuerdo, y ante esas consideraciones, templó su espíritu y logró tranquilizar á su querido hijo.

Sólo á esa trasformacion tan radical pudo conseguirse que aquellos hombres siguiesen abrigando sus esperanzas y no sorprendiesen las amarguras de su jefe.

Pero este fué un gran triunfo, que evitó una gran catástrofe.

## II.

—¿Cómo te encuentras?—dijo Bartolomé Colon á su hermano, entrando en el camarote.

—Bien,—le contestó.

—Estoy enterado de lo ocurrido.

—¿Cómo? ¿Se han enterado?

—Nadie.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie. ¿Necesito acaso que me digan tus grandes emociones? Te quiero demasiado para no penetrar tus sentimientos.

—Sí; es verdad... es verdad... Me olvidaba completamente de todo. No lo extrañes. Estoy muy preocupado...

—Lo comprendo; pero supongo que habrás dispuesto tu plan.

—Nada; nada todavía.

—Podré entonces decirte mi opinion.

—Me serviria de mucho.

—Es triste, muy triste, vivir divorciados de aquellos pobres y desgraciados compañeros que se alejaron de nosotros, obedeciendo á un móvil superior, al móvil de su conservacion, al móvil de salvar su vida. Su falta tiene gran disculpa.

—Los tengo perdonados.

—Pero tu perdon no basta; es preciso hacer algo más.

—Dime tu parecer. Lo discutiremos, y quizá arroje luz que disipe mis dudas.

—Es preciso conquistar á esa gente. Es preciso atraerla, y para el efecto, es indispensable adoptar alguna medida enérgica y salvadora.

—Muy grato seria para mí verlos regresar al seno de estas naves. Los recibiria con los brazos abiertos y los trataria con el mismo cariño que les profesé mientras estuvieron á bordo.

—Son dignos de toda consideracion, salvo algunas excepciones.

—A nadie excluyo de mi gracia, siempre que se muestre arrepentido.

—No esperes arrepentimiento de hombres miserables. El arrepentimiento es generoso, y los menguados que capitanearon la rebelion son demasiado egoistas para...

—Basta... Tracemos nuestro plan, y á realizarlo pronto.

—Hay que mandar un emisario.

—¿Quién será el mejor para confiarle?...

—El oficial Enriquez.

—Es acertada tu eleccion. Su carácter reservado y discreto, su corazon sensible y entusiasta, su simpática presencia... todo, en fin, le recomienda para desempeñar admirablemente un cometido tan difícil... Que venga sin demora.

—Pronto se encontrará á tu lado.

### III.

—A vuestras órdenes, almirante.

—Necesito de vuestra lealtad y de vuestro talento.

—Disponed de mi lealtad, ya que os podeis prometer bien poco de mi pobre inteligencia.

—Voy á confiaros una mision delicada. Vais á partir inmediatamente para el bosque, donde se encuentran los que, olvidándose de su deber, se rebelaron indignamente cediendo á las sugerencias de los hermanos Porras.

—Cuanto me mandeis será cumplido.

—Id y decidles cuanto aquí ha pasado. Participadles que hemos recibido una visita de la escuadra de la isla Española, en la que nos anuncian que muy en breve vendrán bajeles para trasladarnos á aquellas aguas, y que no quiero dejarlos abandonados en esas soledades, en esos desiertos, en esas chozas de salva-

jes; que no me olvido que han sufrido con nosotros, y tengo presente que son españoles, por lo cual quiero borrar indeleblemente su traicion, perdonándolos á todos.

—Me honro y me complazco en ser intérprete de tan levantados sentimientos, que son dignos de un alma como la vuestra.

—Para desempeñar la comision que os confio, podeis designar los nombres de las personas que han de acompañaros.

—No necesito fuerza; nada temo. Me basta un compañero, y este será mi amigo más íntimo, Sebastian Oquendo.

—Decidle que está nombrado.

—Os anticipo en su nombre las gracias más completas.

—Yo espero dáros las muy pronto, pues no dudo que desempeñareis noblemente vuestro cometido, y que si por ahora me limito á manifestaros mi gratitud, dia llegará en que pueda acreditaroslo con hechos elocuentes.

#### IV.

Faltaba tiempo al oficial Enriquez para acercarse á su compañero y participarle la confianza que en ellos depositaba el almirante.

Eran Enriquez y Oquendo dos jóvenes pundonorosos, que habian recibido en el seno del hogar leccio-

nes sublimes de fé cristiana y de exaltado caballerismo.

Y esas brillantes cualidades las habian acreditado sufriendo con asombrosa resignacion todas las contradicciones y todas las desdichas que pesaban sobre las naves.

## V.

Mientras conferenciaban los oficiales, y se preparaban para la marcha, el hijo del almirante entró en el camarote, y dirigiéndose á su padre, le dijo:

—Acabo de saber vuestro plan.

—No es mio, pertenece á tu tio.

—Pero lo habeis aceptado, y vais á convertirlo en un hecho, que puede ser fecundo. Os confieso que alguna vez cruzó por mi mente, pero no me atreví á proponéroslo.

—Nunca me ocultes tus pensamientos. Si es tan pobre el hombre, que para ser algo necesita del auxilio ajeno, ¿quién mejor que un hijo podrá prestárselo á su padre?

—Con mejor intencion ninguno, pero no siempre es tan seguro el acierto.

—Abreme siempre tu corazon, y atenuarás mis penas, y contribuirás á labrar mi dicha en medio de tantas tribulaciones.

—Entonces, padre, debo deciros que quisiera compartir con Enriquez y Oquendo la gloria de atraer á los rebeldes, y hasta el peligro que indudablemente van á correr.

—Agradezco tu deseo; pero en esta ocasion no ambiciones glorias. Es preciso que seas abnegado.

—Respeto vuestra voluntad, padre mio.

—Tu nombre debe alejarse de tal empresa. Basta con que sepan mi resolucion. No quiero que le den violentas interpretaciones.

—Basta; me sobra cuanto acabais de decirme.

## VI.

Los jóvenes oficiales á quienes Colon habia confiado una embajada tan digna, se preparaban para ya marchar.

Iban á presentarse al almirante, cuando este salió de la cámara y los encontró á su paso.

—Es preciso que se reuna toda la gente; quiero hablarla,—les dijo.

## VII.

Pocos momentos habian pasado, cuando la tripulacion estaba reunida y aguardaba con señalada impaciencia las palabras de Colon.

—Quiero daros una prueba más de mi confianza, porque espero premiar vuestra conducta. Ya sabeis que muy pronto vendrán los bajeles que han de conducirnos á la Española, y no quiero que vayamos solos; deseo que regresemos todos, todos los que hace algun tiempo eran vuestros compañeros. Interpretando los grandes y hermosos sentimientos de nuestros reyes,

acabo de perdonar á los que, olvidándose de sus deberes, abandonaron estos buques. Los oficiales Enriquez y Oquendo van á participarles mi resolución.

El entusiasmo fué inmenso, y las palabras de Colon se perdieron en el grito unánime de ¡Viva el almirante!



---

## Capítulo LXX.

---

Donde los rebeldes vuelven á hacer de las suyas.

### I.

Aquel viva unánime y entusiasta electrizó los corazones de los jóvenes oficiales Enriquez y Oquendo.

Las circunstancias que les adornaban eran las mejores para obtener un éxito lisonjero.

Su carácter modesto, franco y expansivo les habia granjeado la voluntad de cuantos les trataron en las naves, y hasta los hermanos Porrás, que tan escasos eran de afectos generosos, los miraban con particular predileccion.

Ellos conocian el ascendiente natural que ejercian sobre los rebeldes, y la seguridad del triunfo les alentaba en su difícil empresa.

## II.

—Marchamos ya,—dijo Enriquez,—á cumplir las órdenes de nuestro almirante, y vamos en la confianza de que si acertamos á interpretar sus sentimientos, si damos á entender á aquella gente la magnanimidad de su corazón, les arrastramos desde el momento en que nos oigan.

—Procuraremos ser dignos mensajeros de nuestro esclarecido jefe,—añadió Oquendo,—y si no conseguimos vencer su resistencia, culpesenos, porque los ofrecimientos que vamos á hacer les hablarán con más elocuencia que los discursos más fogosos y vehementes.

—Marchad, pues,—continuó Colon;—marchad, y decidles que el rencor jamás se albergó en mi pecho, que cuantas ofensas me hayan hecho se las perdono y las olvido, porque no quiero considerarlos como traidores: quiero verlos como extraviados, como alucinados por una idea; pero que han reconocido su falta, y que no sólo no la repetirán, sino que con su noble conducta la borrarán indeliblemente.

## III.

Y los jóvenes partieron.

Su expedición debía ser muy breve, porque era corta la distancia que los separaba de los sublevados.

Y confiaban tanto en el maravilloso efecto que ha-

bia de producir su proposicion, que no se cuidaban de la forma en que habian de presentarla.

¡Es tan dulce el dar la libertad! ¡Es tan dulce el consolar al angustiado! ¡Es tan dulce una reconciliacion generosa!...

Todas estas consideraciones se agolpaban á la mente de aquellos jóvenes, y sólo pensaban en estrechar la mano de sus antiguos compañeros.

Se aproximaban ya al sitio donde debian encontrarlos, y su impaciencia subia de punto.

Pero entre los jefes de los rebeldes se agitaba siempre un presentimiento.

Era el presentimiento de lo que ya comenzaba á suceder.

No desconocian su grave falta, y sentian el peso de una conversion mancillada.

Ellos, pues, debian ser los primeros que distinguiesen á los mensajeros.

Y lo fueron en efecto.

#### IV.

—Allí vienen, allí vienen, — dijo Francisco Porras á su hermano.

—Sí, es gente de la nave.

—¡Pero son dos! ¿Qué querrán?

—Otros dos les acompañan.

—¿Si vendrán á reunirse?

—No, no lo creo; me lo dice el corazon.

—Ya se aproximan.

- Es él, sí, es él
- No lo conozco.
- Es Enriquez, nuestro jóven amigo.
- Pues no dudo ya: viene, viene á unirse; querrá compartir con nosotros su suerte, estará fatigado de tanto sufrimiento.
- ¡Poco alivio encontrará á su quebranto!

## V.

Y mientras los hermanos Porras sostenian este animado diálogo, se iban separando de su gente, porque á pesar de la confianza que les inspiraba su amigo, no les gustaba su visita.

Era natural que así sucediese.

Los hombres á quienes habian seducido estaban cansados de tanta fatiga, de tanta incertidumbre, y empezaron á dudar, ó mejor dicho, llegaron á persuadirse de que su fuga habia sido estéril.

Ignoraban lo que pasaba en las naves; pero les constaba que no habia ocurrido en ellas ninguna desgracia, y creian que estaban ya provistas de recursos y preparadas quizá para regresar á la Península, ó para marchar á la Española.

## VI.

—Bien por los valientes,—dijo Francisco Porras, dirigiéndose á los oficiales que se les acercaban.

—Salud á mi antiguo capitan y á su hermano don Diego.

—¿Cómo entre nosotros?—añadió don Diego, mostrando en sus palabras gran impaciencia.

—Somos enviados,—exclamó Oquendo.

—¿De quién?... ¿Sois por ventura enviados del almirante?

—El nos manda, y le obedecemos con placer inmenso.

—Colon es nuestro enemigo,—dijo el capitan Porras,—y enemigo irreconciliable, de quien no admitiremos proposicion alguna.

—Sin embargo, cuando os convenzais de que estais engañados, pensareis de otro modo y escuchareis nuestras palabras.

—Nunca,—dijo don Diego,—nunca creeremos en Colon. Si vosotros le creéis, yo os felicito por vuestra candidez; pero no os envidio.

—¡Caballero! Apelo á vuestra buena fé, apelo á nuestra antigua amistad, apelo al nombre de españoles...

—Sí,—dijo el capitan Porras,—ese nombre de españoles me conmueve; pero Colon no es español: es un advenedizo á nuestra patria, es un aventurero que nos lanzó en una empresa funesta para nuestra suerte.

—No discutamos la pericia de nuestro almirante,—añadió Oquendo.—Para nosotros es muy respetable.

—¡Calmaos! ¡Calmaos!—dijo Enriquez.—Si cono-

ciérais á Colon como yo le conozco, de seguro que os arrepentiríais de vuestra conducta y que os reconciliaríais con él.

—Pues acabad. Decid vuestra mision.

—Esperamos de un dia á otro los buques que han de conducirnos á la Española, y el almirante no quiere privaros de la dicha de volver á vuestra patria; y para que vuestra ventura sea completa, no quiere ofrecer las naves de que va á disponer sin perdonar á todos, absolutamente á todos, la falta que cometieron.

—No queremos su perdon.

—Acordaos de que es vuestro jefe, y de que sus sentimientos son nobles; de que al perdonar olvida, y al reconciliarse con vosotros os volverá el gran afecto que os profesaba.

## VII.

Estas palabras impresionaron vivamente á los dos hermanos.

Es de tal condicion el hombre, que aun en los momentos de más indiferencia ó de mayor encono, las frases de amor le hieren y le sojuzgan.

Pero les faltaba creerlas.

Ellos conocian mejor que nadie la extension de su delito, y no podian comprender que el hombre á quien más directamente habian ultrajado se prestase á devolverles su gracia.

Y sin embargo, era tal la sinceridad y la franque-

za que revelaba el lenguaje de aquellos jóvenes, que los hermanos Perras llegaron á vacilar.

## VIII.

Se retiraron á consultar con sus favoritos sobre las proposiciones que se les hacian; pero procuraron presentárselas revestidas de desconfianza, y hacerles ver que era un lazo que les tendian para aprisionarlos.

Con esta táctica malvada, y evitando que se hallasen con los embajadores, acordaron contestarles que no tenian el menor deseo de volver á los buques, ni de marchar á la Española, porque la vida libre que hacian era para ellos preferible á las eventualidades que les aguardaban uniéndose á Colon; pero que si les daba uno de los buques que le enviasen, ó si lo compartiese con ellos, en el caso de ser uno solo y de convenir á sus nuevos planes, se portarian pacíficamente.

## IX.

Esta contestacion indignó sobre manera á los jóvenes oficiales, que estaban animados de los sentimientos más nobles y generosos.

Así que les manifestaron franca y valientemente que tales condiciones no podian admitirse.

Y los rebeldes replicaron con la audacia que dá á los cobardes la superior y ventajosa posicion que ocu-

pan en ciertos instantes, que si no las aceptaban de buen grado, las aceptarían de por fuerza.

## X.

Mientras se celebraban tales conferencias, no pudo ocultarse á la gente capitaneada por los Porras el asunto de que se trataba, y la mayoría acogió con júbilo la idea de volver á las naves, amnistiados de su delito, y rehabilitados ante su antiguo jefe por el perdón más absoluto.

## XI.

Así que Francisco Porras comprendió la actitud de su gente, se apresuró á convencerles de que lo que pensaban era un imposible, y aprovechando el espíritu supersticioso que entre ellos dominaba, les dijo que Colón era un mago que había engañado aún á los mismos que le acompañaban, asegurándoles que la visita del bajel había sido un sueño, una quimera, una verdadera vision, y que por eso no se había acercado, ni había pasado á bordo hombre alguno.

## XII.

Estas consideraciones acabaron por convencer á aquellos desgraciados de que todo lo que se les propo-

nia era una farsa, inventada para sorprenderlos y arastrarlos á las naves.

Y para comprometerlos más y más, marchó á una poblacion india, proponiéndose pasar desde allí á los buques de Colon, con el objeto de hacerle prisionero y de apoderarse de todos los viveres, armas y recursos que en ellos encontrase.



## Capítulo LXXI.

¡Los miserables!

### I.

La impaciencia de Colon era inmensa, aunque disimulada.

Toda la satisfaccion que podia producirle la vista de las naves que viniesen en su socorro, estaba neutralizada por el dolor que le causara dejar en aquellas regiones á los hombres que con él salieron de la Península.

Así es que la presencia de los mensajeros sobreexcitó su ánimo, porque deseaba vivamente saber el resultado de la embajada que les habia confiado.

### II.

—Somos indignos de vuestras deferencias,—dijo Enriquez al presentarse ante su jefe.

—Nunca, nunca. Sea cual fuere el éxito de vuestro cometido, siempre sabré apreciar en lo mucho que valen el talento, la lealtad y el patriotismo que tanto os enaltecen.

—Enviad nuevos emisarios,—añadió Oquendo,—ya que nosotros sólo hemos conseguido un desengaño.

—Hablad, hablad con calma, que os escucho con gran interés.

### III.

Y los jóvenes oficiales le refirieron todos los detalles de su expedición, demostrándole en su narración una sinceridad exaltada, que agradeció en mucho el almirante.

Pero también comprendió que la inexperiencia y hasta la generosidad de aquellos jóvenes habían perjudicado sus propósitos.

—No os alarmeis, no os inquieteis por lo que acaba de suceder. Tened en cuenta que las grandes empresas exigen gran perseverancia y crecidos sacrificios.

—Pero nosotros no merecemos la honra de continuar lo que nos encomendásteis, porque hemos descubierto nuestra ineptitud.

—Vosotros también ireis al campo enemigo.

—Para pelear, desde luego; pero para conferenciar es imposible, porque nada hemos alcanzado.

—Habeis conseguido mucho.

—No adivinamos...

—Habeis conseguido demostrarme la actitud de aquella gente.

—Era lo ménos que podia hacerse.

—Pues eso me basta para adoptar una medida enérgica y acertada. Ireis nuevamente, pero ireis en compañía del adelantado, y le prestareis grandes servicios.

—Con nuestras espadas siempre.

—Y con vuestra prudencia.

#### IV.

Los jóvenes no replicaron; pero al salir del camarote estaban más tranquilos.

Las palabras de Colon, sus reflexiones, y la confianza con que les honraba, fueron para ellos un suave bálsamo, que cicatrizó las heridas que en sus almas habia producido el amargo desengaño que devoraban.

Pero el almirante seguia mortificado por la enfermedad, y no podia tomar una parte activa en la nueva empresa.

#### V.

Su hermano Bartolomé, hombre de gran perspicacia y de sobrado brío, era la persona indicada para llevar á cabo el proyecto de atraer á los rebeldes por la persuasion, ó de arrastarlos por la fuerza.

Y al penetrarse de lo que habia acontecido á En-

riquez y Oquendo, él mismo se anticipó á las órdenes del almirante.

—Yo seré,—le dijo,—el que convenceré á esa gente de su error; yo seré el que castigue á los miserables que la capitanean.

—Pero es preciso,—añadió Colon,—que vaya fuerza suficiente para el caso de que los rebeldes apelen á las armas.

—Podemos contar con cincuenta hombres llenos de fé y de brios, que aunque débiles de cuerpo, porque el sufrimiento les ha rendido, tienen corazon de leales.

## VI.

Todo se preparó rápidamente.

Y no se equivocaron Colon y su hermano en la confianza que tenían en su gente, pues recibieron con júbilo la noticia de su marcha, y todos se aprestaban á la lucha si era necesaria, porque profesaban, no ya con afecto tibio y vulgar, sino un amor entusiasta al almirante.

Marchaban ya guiados por Enriquez y Oquendo hácia el sitio donde debian encontrarse los rebeldes.

Y los hermanos Porras, que aguijoneados por el remordimiento y por el temor, no descansaban un instante, distinguieron á la fuerza del adelantado, y consideraron muy crítica su situacion, porque comprendieron lo que podia sucederles.

## VII.

Los valientes jóvenes que tan mal parados habían salido en la misión que les confiara el almirante, estaban indignados de la conducta del capitán Porras, y más que un arreglo amigable, deseaban una lucha encarnizada.

Por eso se alegraron de que el adelantado les ordenase que conferenciaran con el jefe de los rebeldes.

## VIII.

Se iban á acercar al campo enemigo, cuando Francisco Porras exaltó el ánimo de su gente, haciéndoles ver que si no se defendían de un modo heróico, iban á comprometer sus vidas; pero que si vencían á los enviados por el almirante, podrian marchar sobre las naves y apoderarse de ellas.

Por otra parte, confiaban en la superioridad de las fuerzas físicas, que en ellos se habían desarrollado por la vida libre y vaga que llevaban corriendo las selvas.

Y se olvidaban de que el entusiasmo de una causa santa y el sentimiento del honor, son fuerzas más colosales que las fuerzas materiales.

Así es que se aprestaron desde luego al combate sin dar tiempo á escuchar las nuevas proposiciones, pues Francisco Porras comprendía que, dadas las con-

diciones de su gente, era muy fácil que la atrajesen á la obediencia y volviesen á las naves.

Los rebeldes se agitaron con frenesi, porque estaban persuadidos de que jugaban sus vidas, y se dispusieron á defenderse, empezando por atacar.

Los predilectos de Porras, que formaban el cuerpo principal, se formaron en columnas, y se precipitaron sobre la fuerza del adelantado con espada en mano y en ademan resuelto.

## IX.

Pero arremetieron con tan mala suerte, que al primer encuentro murieron cuatro ó cinco, perteneciendo casi todos ellos al grupo que se dirigia contra el adelantado. A manos de este murieron Juan Sanchez, esforzado piloto, y Juan Berber, que fué el primero que desnudó su espada contra el almirante.

Mientras el adelantado luchaba denodadamente, calculó Francisco Porras que podria sorprenderlo, y se dirigió á él, cortándole la rodela é hiriéndole la mano que la empuñaba; pero se enredó de tal modo, que antes que pudiera sacar su espada, y despues de una larga lucha, estaba hecho prisionero.

## X.

Les bastó á los rebeldes ver fuera de combate á su jefe para huir sobrecogidos de terror y espanto.

Y no era ciertamente por las simpatías que le pro-

fesaban, sino por que simbolizaba su causa y en él veían al que había de dirigirlos en la batalla en que los dejó empeñados.

Terminó, pues, la lucha, quedando la victoria por la fuerza del almirante.

## XI.

Los indios habían presenciado á cierta distancia aquel terrible combate, y cuando el campo quedó desierto se acercaron, movidos de curiosidad, á ver los cadáveres de unos hombres, que ellos, en su ignorancia, y en cierto modo en su superstición, habían creído inmortales.

## XII.

El adelantado y su gente fueron recibidos por Colon con las demostraciones del mayor afecto.

Francisco Porras y algunos de sus compañeros fueron conducidos prisioneros.

Pero el mayordomo del almirante, que había recibido una herida, al parecer leve, sucumbió por causa de ella.

## XIII.

Los vencidos celebraron una conferencia, en la que pudieron hablar libremente y exponer con franqueza sus sentimientos, acordando dirigir al almirante una

reverente instancia, en la que confesasen sus culpas, reconociesen su grave falta, y le rogasen que les perdonase.

Así lo hicieron, ofreciendo serle fieles bajo un solemne juramento, y añadiendo que deseaban, en caso de quebrantarlo, que ni sacerdote ni otro cristiano alguno pudiera confesarlos; que no les fuese provechoso el arrepentimiento; que se les privase de los santos sacramentos de la Iglesia; que á la hora de la muerte no recibiesen el beneficio de indulgencias ni de bulas; que se arrojasen al campo sus cuerpos como los de los renegados, en vez de enterrarlos en tierras benditas, y que no recibiesen absolucion del papa, cardenales, arzobispos, obispos ni otros sacerdotes cristianos.

El almirante, en vista de tan respetuosa súplica, y abandonándose á sus nobles sentimientos, les otorgó el perdon que solicitaban; pero asegurándoles que el cabecilla Francisco Porras quedaria preso.

---

## Capítulo LXXII.

Donde se vé lo que recogen los que siembran beneficios.

### I.

La situación en que la Providencia, en su inescrutable sabiduría, quiso colocar al inmortal Colon, al hombre más notable de su siglo, á una de las figuras más grandiosas de la humanidad, fué demasiado aflicta, demasiado angustiosa para no exigir de nosotros una descripción detallada.

Es imposible concebir cómo un hombre cargado de años y de penas, enfermo de cuerpo y de alma, castigado por los más horribles desengaños, pudo soportar aquella incomensurable prueba.

Esto justifica la minuciosidad con que hemos referido sus emociones, sus pensamientos, su actitud en los conflictos, su mansedumbre, su resignación en la adversidad, y la conducta de los miserables, que debiéndole cuanto eran, fueron los que más acibaron con

su iniquidad los largos días de dolorosa angustia que pasó al borde del abismo, abandonado de la tierra, y al parecer hasta del cielo.

## II.

Todavía, en el momento en que estamos de nuestra narracion, le vemos devorar su amargura é inspirar confianza á los desesperados náufragos; todavía no sabemos si al descubrirse la verdad, si al perder una vez más sus ilusiones los que lo esperan todo del gobernador de Santo Domingo, surgirán nuevas complicaciones, estallarán nuevas tempestades sobre aquella augusta cabeza, que á pesar de todo, ostenta á nuestros ojos la triple corona de la edad, del saber y de la gloria.

Su única salvacion dependia de que los mensajeros que habia enviado á Santo Domingo y á España desempeñasen con fortuna su mision.

Los hemos visto llegar, arrostrando inminentes peligros, al puerto deseado. Sigámoslos ahora para cercionarnos de lo que pudieron hacer en favor de su querido y respetado jefe.

## III.

Diego Mendez no podia, como recordarán nuestros lectores, presentarse á Ovando, porque despues de lo que le habia sucedido, tenia por cierto que el iracundo gobernador de la colonia se apoderaria de él y le

condenaria á reclusion perpétua, si es que no se deshacía de su persona por uno cualquiera de los infames medios que empleaba siempre para conseguir sus fines.

Su mision era infinitamente más difícil que la de Fiesco.

Ningun buque querría llevarle á bordo sin el consentimiento del gobernador, ni mucho ménos saliendo de otro puerto que el de Santo Domingo.

Sólo la Providencia podria facilitarle los medios de realizar su empresa.

Hé aquí lo que pasó.

#### IV.

Diego Mendez llegó al mismo tiempo que Bartolomé Fiesco á la costa de la Española.

Allí se separaron, y sin más compañía que la de un indio llamado Azcala, se dispuso el valiente soldado á recorrer aquella inmensa playa, hasta encontrar un buque que le llevase á la Península.

Fiesco, con sus indios y los de la canoa de Diego Mendez, siguió por la costa hasta Santo Domingo.

Ya volveremos á encontrarle.

Sigamos á Diego Mendez.

#### V.

Era de noche cuando llegaron á la playa.

—Azcala,—dijo el leal servidor de Colón al indio

que se había quedado en su compañía; —te he elegido entre todos para compañero, porque creo en tu fidelidad y en tu valor.

El indio mostró por la expresion de su fisonomía la satisfaccion que experimentaba por el buen juicio que había formado de él su jefe.

## VI.

—¿No has visto,—prosiguió Mendez,—en el camarote del almirante una imágen de Jesucristo ante la cual nos prosternamos todos los blancos?

—Sí he visto,—dijo Azcala,—y me han dicho que es el Hijo de nuestro Dios, del que reina en el cielo y en la tierra.

—Pues bien. El es el que premia y castiga los actos de los hombres. El es el que cuando la muerte nos destruye lleva nuestra alma al Paraíso, ó la condena á vivir padeciendo eternamente en el infierno.

Los sacrificios que voy á exigirte son muy penosos. Oyeme bien: nuestro primer cuidado es evitar que nos descubran.

Sin perder de vista la playa tenemos que ocultarnos entre los bosques, buscar en ellos nuestro alimento, y aguardar una ocasion favorable para obedecer las órdenes que me ha dado el almirante.

Yo no sé el tiempo que emplearemos en esta vida; yo creo que será breve. Solo Dios sabe cuándo terminará. Si no tienes bastante valer para soportarla,

si temes que tus fuerzas desmayen, si crees que te ha de abandonar la lealtad que me debes... en libertad te dejo.

Aun puedes alcanzar á tus compañeros: vé con ellos, sigue su suerte, yo partiré sólo. Pero si quieres acompañarme, si quieres arrostrar conmigo los peligros que me amenazan, si quieres que el Dios de los justos y de los buenos te abra sus brazos misericordiosos, jura aquí seguirme, obedecerme, sacrificarte por mí si es preciso, y nos pondremos en marcha.

—Lo juro,—dijo el indio,—y doy gracias á nuestro Dios por que me ha proporcionado esta ocasion de pagaros una deuda de gratitud.

## VII.

—¡Tú!—exclamó Diego Mendez asombrado.

—Yo, sí.

—Explicate.

—¿No habeis notado cuánto he hecho para que me trajéreis en vuestra compañía?

—Es cierto.

—¿No habeis visto cómo he sufrido las privaciones durante la travesía, sin exalar un solo gemido?

—Tu resignacion, tu entereza, me han decidido á elegirte: pero no adivino por qué causa sientes hácia mí esa gratitud.

—Oid y me comprendereis,—dijo Azcala.

## VIII.

El indio hizo una breve pausa, como para reconcentrarse, y dijo:

—Yo no soy natural de la Jamaica: abrí los ojos á la luz en Guahanamí, y fui de los primeros que vieron llegar á estas ignotas tierras las embarcaciones de los hijos del cielo.

¡Con qué alegría, con qué satisfaccion vimos aparecer en el horizonte aquellas naves que nos parecieron monstruos! ¡Con qué veneracion, con qué respeto saludamos á aquellos hombres que no se parecian á nosotros, que eran de una raza superior á la nuestra, y que segun las profecías, debian venir á sacarnos de la postracion, á derramar el bien á manos llenas sobre nosotros!

Entusiasmado yo, seguí á los españoles, y llegué con ellos á las playas de Haiti, en donde el rey de los reyes, el poderoso y al mismo tiempo desgraciado Guacanajari, advertido por nosotros de quiénes eran los extranjeros, les dispensó fraternal acogida.

Allí sintí palpar mi corazon de amor por primera vez.

Ihalai era una de las servidoras más leales de la esposa del rey. Prendado de ella, le juré amor eterno, y protegidos por Guacanajari, nos retiramos á habitar en una de las más bellas aldeas que hay en la orilla del rio Pani.

—¿Y cómo fuiste á la Jamaica?

—Antes de contestar á esa pregunta, voy á hacer otra, si me lo permitís.

—¡Habla!

Azcala prosiguió:

## IX.

—Haco más de treinta lunas que los españoles, en guerra abierta con nosotros, nos impusieron un ominoso tributo, y por entonces un hombre que debia cuanto era al almirante se rebeló contra él. Consiguió reunir muchos secuaces, y capitaneando á su gente recorrió la isla, llevando á todas partes la desolacion y la muerte. Una tarde llegaron á una de las aldeas que riega el Pani con sus cristalinas aguas: una mujer esbelta como la palmera, cándida como la paloma, hermosa como el colibrí, estaba en las orillas del rio contemplando gozosa el tierno fruto de su amor, jugando con las arenas de oro que arrojaba á la orilla la corriente.

Unos cuantos rebeldes, ocultos tras los árboles, contemplaban á aquella hermosa mujer.

El padre de su hijo, su amante esposo, en la puerta de la inmediata choza, arreglaba las toscas redes para pescar.

De pronto salen los blancos de entre los árboles, se acercan á la mujer y al niño, se apoderan de la primera y van á llevársela, cuando su esposo se pre-

la orilla opuesta del río cuatro españoles montados en briosos caballos.

—Y al ver lo que pasaba, reconociendo á los rebeldes en los verdugos de los indios, vadearon el río; llegaron antes de que los infames pudieran consumir su crimen, y los pusieron en fuga. ¿No es eso lo que ibas á contar?

—Precisamente: entre los salvadores de aquellos infelices, hubo uno que se acercó al indio, rompió sus ligaduras, le llevó al lado de su esposa, que estrechaba en sus brazos á su hijo, y antes de separarse de ella, dándole un escapulario de la virgen, le dijo:

«No apartes esto de tu cuello, que esta es la imagen de la Madre de los affigidos, y oye todas las súplicas de los que padecen.»

En seguida partió. ¿No fuisteis vos el salvador de aquellos desgraciados?

—Yo fui, en efecto.

## XI.

—¿No es este el escapulario, —añadió Azcala, — que disteis á la india?

—Sí tal... ¿Luego tú eres?

—Yo soy el desgraciado esposó á quien salvásteis de la deshonra, á quien devolvísteis lo que más amaba en el mundo.

—¿Y tu esposa, y tu hijo?

—Los dos yacen en las cavernas de Cacibaxagua.

cipita sobre los malvados para arrebatarla de entre sus manos.

El indio tuvo que detenerse, porque la emoción le ahogaba.

Diego Mendez escuchaba con creciente interés aquella narración, y sin dar tregua á Azcala:

—Prosigue,—dijo.

Azcala continuó su interrumpido relato.

## X.

—Los blancos,—añadió,—al verse acometidos, dispusieron que dos de ellos sujetaran á la india, mientras los otros, que eran cinco ó seis, apoderándose del esposo, le ataron fuertemente á un árbol, y le dijeron:

«Antes de castigarte arrebatándote la vida, queremos, para que expies tu atentado, que presencias tu deshonor.»

Y acto continuo aquellos miserables echaron suertes para ver cuál de ellos se hacía dueño y señor de la infeliz prisionera.

—Ya lo recuerdo,—dijo de pronto Diego Mendez.

—El indio,—añadió Azcala,—pugnaba por desahucarse del árbol; en su desesperación invocaba unas veces el auxilio de Vagoniana, y otras, retorciéndose, arrojaba espuma por la boca.

Los blancos habían terminado el sorteo, y el agraciado iba á apoderarse de su presa, cuando llegaron á

la orilla opuesta del río cuatro españoles montados en briosos caballos.

—Y al ver lo que pasaba, reconociendo á los rebeldes en los verdugos de los indios, vadearon el río; llegaron antes de que los infames pudieran consumir su crimen, y los pusieron en fuga. ¿No es eso lo que ibas á contar?

—Precisamente: entre los salvadores de aquellos infelices, hubo uno que se acercó al indio, rompió sus ligaduras, le llevó al lado de su esposa, que estrechaba en sus brazos á su hijo, y antes de separarse de ella, dándole un escapulario de la virgen, le dijo:

«No apartes esto de tu cuello, que esta es la imagen de la Madre de los afligidos, y oye todas las súplicas de los que padecen.»

En seguida partió. ¿No fuisteis vos el salvador de aquellos desgraciados?

—Yo fui, en efecto.

## XI.

—¿No es este el escapulario,—añadió Azcala,—que disteis á la india?

—Sí tal... ¿Luego tú eres?

—Yo soy el desgraciado esposo á quien salvásteis de la deshonra, á quien devolvísteis lo que más amaba en el mundo.

—¿Y tu esposa, y tu hijo?

—Los dos yacen en las cavernas de Cacibaxagua.

—¿Han muerto?

—Sí. Cuando Colon fué á España encadenado, fuimos tan perseguidos, que tuvimos que refugiarnos en el Ciguay. Estenuados por la fatiga y por el hambre, mi pobre Ihalai cayó enferma.

Todos los medios que empleé para salvarla fueron inútiles. Antes que ella sucumbió nuestro hijo, y esto agravó su enfermedad.

Al verla próxima á exhalar su úlsimo suspiro, quise morirme también, y ella, cen débil voz, entregándome el escapulario:

«No, me dijo. Tú no debes morir: tenemos que pagar una deuda de gratitud. Busca á nuestro salvador y sacríficale tu vida.»

Ihalai murió, y yo no he hecho desde entonces más que buscaros. No hallándoos en Haití, me fui á la Jamaica con otros indios que huían de esta tierra, en donde sólo hallaban el oprobio ó la muerte. ¿Creeréis ahora en mi lealtad?

—Sí, Azcala, sí. Hace poco que hablaba de la Providencia: ya ves cómo es justa, cómo te ha traído á mi lado en los momentos en que más necesito de un amigo leal.

—Es cierto.

—Contigo nada temo. Tú conoces bien los senderos. ¿No es verdad?

—He recorrido toda la isla, y la conozco á palmos.

—Pues bien: en marcha, y que Dios se apiade de nosotros.

## XII.

Diego Mendez y Azcala, satisfechos por la explicacion que habia mediado entre los dos, comenzaron á caminar á través de un espeso bosque en donde debian hallar alimento y abrigo para pasar la noche.

---

---

## Capítulo LXXIII.

---

Un buen encuentro.

### I.

Azcala dejó á Diego en la orilla de un cristalino arroyo, bajo un grupo de frondosos árboles, y se dirigió á buscar algunos alimentos, porque sus provisiones se habian agotado.

Siguiendo por una de las calles naturales del bosque, llegó el indio á una esplanada y encontró en ella algunas chozas.

Era muy entrada la noche, y los moradores de aquellas pobres viviendas dormian tranquilamente.

### II.

Azcala los despertó, les dijo el objeto de su viaje,

y pudo conseguir que le dieran pan de cazabe para unos cuantos días.

Tambien pudo adquirir una utia, y con aquellos víveres regresó al bosque.

Diego dormia.

El indio acercó su oído á los labios de Mendez, y vió que su respiracion era trabajosa.

Tocó sus manos y las halló heladas.

Instantáneamente fué á buscar ramas secas; con la corteza de un árbol y dos piedras vivas hizo fuego y encendió una buena hoguera cerca de donde yacia en aquel triste estado el hombre á quien habia jurado eterna fidelidad.

### III.

El calor reanimó á Diego Mendez, cuya única enfermedad, á Dios gracias, era el cansancio.

Al despertarse halló á su lado al solícito indio, que le habia preparado los manjares.

Los dos hicieron los honores á la frugal comida, y despues de convenir en el itinerario que seguirian al día siguiente para llevar á cabo el objeto de su expedicion, buscaron en el sueño el reparador descanso que necesitaban.

Amaneció el nuevo día, y muy temprano se pusieron en marcha con direccion á la orilla del mar, porque su principal objeto, como recordarán nuestros lectores, era buscar una embarcacion con rumbo para España que los admitiese á bordo.

Caminaron todo el día sin que descubriesen en toda la extensión del Océano una sola vela.

#### IV.

La noche les sorprendió en la orilla del mar, y guareciéndose en la cavidad que formaban unas rocas, aguardaron allí el nuevo día.

El camino que seguían les llevaba hácia el territorio que en tiempo no lejano había constituido el reino de Guacanajari.

Al proseguir su marcha, llegaron al pequeño promontorio de rocas que se levantaba en la orilla del mar, y que había servido de cimiento á la famosa fortaleza de la Navidad.

Todavía se descubrían restos de aquellas primitivas fortificaciones, y Diego Mendez no pudo ménos de conmoverse al recordar que allí se había derramado por la primera vez la sangre de los españoles en el Nuevo Mundo.

Cuán distinto aspecto presentaba el en otro tiempo fértil y risueño territorio de Marien.

El fuego había destruido los bosques y consumido las chozas; el abandono había esterilizado los campos. Aquel jardín continuo estaba convertido en un triste desierto.

#### V.

Como estuviesen establecidos algunos españoles de

los que habian secundado á Roldan en su movimiento revolucionario, todos hostiles á Colon, procuró Diego Mendez evitar su presencia, y guiado por Azcala se encaminó á Xaragua, donde estaba seguro de hallar amigos, porque entre los españoles que allí habia se encontraban muchos de los que habian acompañado á Colon en su primer viaje, y que si no eran adeptos á su persona, eran enemigos de Ovando.

## VI.

A los quince dias de aquel viaje sin término fijo, divisaron desde la orilla, á bastante distancia de la costa, una embarcacion, en cuyo mástil pudo Diego Mendez descubrir, gracias á su buena vista, la bandera de España.

Todo indicaba que aquella nave, despues de haber estado en alguno de los puertos de Xaragua, se habia lanzado en alta mar para aprovechar el viento, y llegar cuanto antes á Santo Domingo.

—Esa embarcacion no nos sirve todavía,—dijo Diego Mendez al indio;—lleva sin duda viveres y pasajeros á Santo Domingo, y no es aquel punto el que más seguridad ofrece á nuestras personas.

—Esperemos su regreso, y entonces...

—O mucho me equivoco, ó ha hecho escala en Xaragua, pero como el viento es en la costa suave, se ha alejado para recibir más de lleno el soplo de la brisa.

—Pronto podremos averiguarlo.

—Acércate con cautela á la morada de los españoles, averigua con qué objeto ha estado aquí esa carabela, si es que ha venido como presumimos, y vuelve lo más pronto posible á darme cuenta de cuanto lo-gres averiguar.

## VII.

El indio partió.

Serian las diez ó las once de la mañana, y volvió al anocheecer.

—No os habíais equivocado,—dijo á Diego Mendez;—la carabela ha llegado con colonos y víveres, y ha hecho escala para dejar aquí á dos viajeros que han querido, antes de llegar á Santo Domingo, visitar el territorio de la Española sometido á los reyes de España.

—¿Has averiguado sus nombres?

—Sí por cierto, y hasta los he visto.

—Dílos á ver si yo conozco alguno.

—Llámase el más anciano don Luis Sagredo.

—La Providencia le trae á mi encuentro,—exclamó Diego Mendez, no pudiendo contener la alegría que aquella noticia produjo en su ánimo.

—¿Le conocéis?—preguntó el indio.

—Mucho, sí: es uno de los leales amigos, de los más entusiastas servidores del almirante. Y el otro que le acompaña, ¿quién es?

—Un jóven muy apuesto.

—¿Viene por la primera vez?

—He oído decir que sí.

—¿Ignoras su nombre?

—Llámanle Hernan Cortés.

—¿Y le acompaña Sagredo?

—Han sido compañeros de viaje, se han hecho muy amigos, y como según parece ese don Luis ha vivido mucho tiempo en estos países, vá á ser su guía hasta llevarlo á Santo Domingo.

—Azcala,—dijo Mendez al indio,—parte en seguida en busca de don Luis Sagredo, procura hablarle á solas, y guíale hasta aquí.

## VIII.

El indio adivinó la mirada de Diego, la confianza que le inspiraba el hombre á quien iba á buscar, y partió á obedecer sus órdenes.

Designaron antes el paraje en donde debían verse, y Diego Mendez aguardó con ánsia la llegada de Sagredo.

Como este es muy breve, van á conocer mis lectores á este personaje; sólo añadiré lo que he dicho ya muchas veces al considerar la aflictiva situación en que se hallaba el almirante.

En todo lo que le pasaba, en todo lo que sucedía á sus leales servidores y á sus enemigos, se veía á la Providencia en toda su plenitud, en toda su grandeza.

## IX.

Cuando Diego Mendez se quedó solo, pensando en su entrevista con Sagredo:

—Este hombre,—dijo,—es el mejor auxiliar que puede secundar mis planes. Si aun puede, si ha logrado desempeñar su papel como se prometió, los naufragos de las costas de la Jamaica están salvados.

## Capítulo LXXIV.

### Coincidencias.

#### I.

Diego Mendez pasó toda la noche sin poder conciliar el sueño.

Calculó el tiempo que podía tardar el indio en cumplir su encargo y volver con Sagredo, y hasta entonces contuvo su impaciencia.

Pero trascurrieron algunas horas más, y su ansiedad no tuvo límites.

Resolvió ir al encuentro de Azcala, y ya iba á ponerse en camino, cuando oyó la voz del indio.

#### II.

Poco despues se presentaba Sagredo á Mendez, y los dos antiguos amigos se confundian en un afectuosísimo abrazo.

Azcala aguardó las órdenes de su amo.

—Vigila los alrededores,—le dijo Mendez,—y  
preparanos algunos alimentos.

Los dos amigos quedaron solos.

### III.

Como por el diálogo que entablaron pueden mis lectores saber algo acerca del pasado del nuevo personaje que tienen en escena, voy á reproducirlo.

—¡Qué sorpresa he experimentado,—dijo Sagredo,—al saber que os hallábais aquí!

—No habrá sido mayor que la mia,—contestó Mendez.

—Os contaba entre los muertos.

—Pues yo estaba tan preocupado, que ni siquiera os contaba entre los vivos.

—Ante todo... dadme noticias del almirante...  
¿Vive?...

—Sí.

—Han corrido en España rumores de su muerte.

—¿Venis de allí?

—¡No os lo ha indicado el indio?

—Es cierto.

—El almirante sólo es quien me ha decidido á embarcarme, á pesar de mis años.

### IV.

Mendez miró con afecto á Sagredo.

—Siempre leal y bueno para con él,—le dijo.

—¡Qué quereis!... Dios me ha dado un corazón que sabe agradecer, y soy uno de los hombres á quienes más ha favorecido el almirante. Pero ved lo que es el mundo... Muchas veces creo que al ver que le abandoné, que no fuí con él á España cuando le llevaron encadenado, que no le acompañé en su expedición al tocar en Santo Domingo últimamente; creo, repito, que pensará de mí que soy un ingrato. Y sin embargo, si yo os contara...

—En primer lugar, buen Sagredo, estais equivocado. El almirante sabe quiénes son sus verdaderos amigos.

—Pero las apariencias...

—Las apariencias engañan siempre, y ningun hombre de valor se fia de ellas.

—Con vos quiero ser leal.

—¿Acaso no lo sois?

—No del todo.

—Explicáos.

## V.

—Yo me hallaba presente cuando el infame Bobadilla cometió el atentado de encadenar á Colon. Era uno de los más inmediatos servidores del almirante, y el primer impulso de mi corazón fué seguirle. Tuve miedo de que no le hicieran justicia, de que alcanzasen los tiros de la envidia que contra él fulminaban sus enemigos á los que más estrechamente uni-

dos estaban á su persona, y obedeciendo en aquel instante, más que al afecto, al egoismo, me acerqué á Colón, y le dije: «Yo me quedo aquí para velar por vuestros intereses.» El creyó de buena fé mis palabras, y me respondió: «Tranquilo voy entonces.» Pero como las persecuciones de Bobadilla continuaron encarnizadas contra los amigos del almirante, tuve, para salvarme de su venganza, que fingirme dispuesto á hacer traición al que hasta entonces me habia colmado de bondades.

—Yo, que os conozco á fondo, comprendo cuánto sufriríais.

—Mucho, sí... El sueño se alejó de mis ojos, la tranquilidad de mi alma... Habia obrado impulsado por el amor de la familia: pensaba en mi esposa, pensaba en mis hijos; esperaban verme llegar rico, dichoso, y tenia que realizar sus esperanzas á toda costa. Pero los que obedecen á malos pensamientos, y tienen conciencia, hallan el castigo en su propia culpa.

## VI.

Sagredo se detuvo, porque la emoción embargaba su voz.

Repuesto un poco, prosiguió:

—Bobadilla me llamó: «Habeis sido, me dijo, el mayordomo del almirante; teneis noticia exacta de las tierras que se ha apropiado, de las cantidades de oro que ha reunido. Es necesario que me deis cuenta detallada de todo, que cuando llegue el caso declareis

contra él en el proceso que se le formará. De lo contrario, séreis considerado como traidor, como cómplice suyo, y os alcanzará su castigo.

—¿Y que hicisteis?— preguntó Mendez.

## VII.

Sagredo miró en torno suyo, como si temiera que le oyesen.

—¡Oh! Entonces cumplí con mi deber. Supe que al día siguiente partía un buque para España, y fingí acceder á los deseos de Bobadilla. Pero en aquel mismo instante me encerré en mi cuarto, cavé un hoyo ancho y profundo en el suelo, enterré en él la mayor parte de las riquezas de mi señor, sus más importantes papeles; cubrí perfectamente el hoyo, busqué á Bobadilla, le entregué bajo recibo, para mi salvaguardia, algunos de los objetos que yo custodiaba, le di á entender que el almirante habia enterado el oro en la Isabela, y me manifesté dispuesto á declarar contra él todo cuanto quisiera. Aquella misma noche partí á buscar al capitán del buque que debia darse á la vela; era antiguo amigo mio, le hablé, se condolió de mi situacion, y me acogió á bordo.

—¿Luego fuisteis á España casi al mismo tiempo que el almirante?

—Un mes despues llegué.

—¿Pero no os presentásteis á él?

—No.

—¿Por qué?

—Mi conciencia me decía que había obrado mal, y no tuve valor para ponerme en su presencia.

—Sin embargo, habiais salvado gran parte de sus bienes.

—Necesitaba para ser digno de su aprecio salvarlos todos, vigilar de cerca á sus enemigos y parar los golpes que dirigieran contra él.

—¿Y lo habeis hecho?

—Sí.

—Hablad... hablad.

—¡Ah! Sí, quiero contaros todo lo que me ha pasado, porque es extraordinario.

### VIII.

Mendez oyó con la mayor atención, porque cuanto iba á referirle Sagredo era importante para el logro de sus fines.

—Oculto entre la muchedumbre, —prosiguió Sagredo, —vi al almirante embarcarse en Cádiz para emprender el cuarto viaje.

Vos le acompañábais.

Sus hijos, su familia, acudieron á despedirle.

Entre las personas más queridas de su corazón, estaba Villejo, el noble oficial á quien todos estimaban, porque al mismo tiempo que había cumplido con su deber, había guardado al prisionero todas las atenciones que inspiran el afecto y la consideración.

## IX.

Con el alma transida de dolor por no haber podido besar aquella mano que tantos beneficios me habia dispensado, y más resuelto que nunca á redimir mi culpa, partí á Granada, donde estaba la córte, con el objeto de acercarme al hijo de Colon, de observar de cerca al obispo Fonseca, y de vigilar atentamente á todos los enemigos del gran hombre.

No bien llegué, supe con verdadera pena la inmensa desgracia que habia ocurrido á la santa mujer que servia de madre á los hijos del almirante.

—¿A doña Inés?

—Sí.

—Decid... decid qué le pasó.

—¿Colon lo ignora?

—Ninguna noticia de semejante desventura ha llegado hasta él.

—Pues bien, oid. Al separarse de Colon, se adelantó su hijo. Doña Inés, Isabel y Villejo hicieron noche en una posada, y una infame mujer, una gitana, tendió un lazo al valiente soldado. Le buscó, le anunció que unos bandidos se habian apoderado del hijo mayor del almirante, y le indicó el paraje en donde le tenian encerrado, todo con ánimo de separarle de doña Inés y de su hija.

—¡Miserable!

—Aun hubo más. Apenas las vió solas, robó á la

niña y arrojó sobre los ojos de su madre un líquido infernal, que la dejó ciega para siempre.

—¿Pero esa infame caería en poder de la justicia y pagaría con una muerte terrible su martirio?

—No; pudo ocultarse, y guardó también á la pobre niña de tal manera, que cuantas pesquisas se hicieron para descubrirla fueron inútiles.

## X.

—¡Ah! ¡Dios mio, Dios mio!—exclamó Diego Mendez.—Si estas tristes noticias hubieran llegado á conocimiento del almirante en la situación en que se ha hallado, en que aun se halla, hubieran acabado con él.

—Villejo,—prosiguió Sagredo,—debía unirse con Isabel, y al perder la esperanza de recobrarla, se consagró á velar por su pobre madre. Regresaron á Granada; la reina se enteró de lo que habia sucedido, y dió órdenes terminantes á la Santa Hermandad para que buscara á la jóven y á su raptora.

—¿Y al fin la hallaron?

—No.

—¿Tan impotente es la justicia?

—Todo hacia creer que poderosas influencias contribuían á que la jóven permaneciese secuestrada.

—¿Pero qué delito habia cometido para sufrir tanta crueldad?

—Ser uno de los seres á quienes más amaba el almirante, hallarse destinada á ser esposa de Villejo,

cuya adhesión á Colon irritaba profundamente á los antiguos protectores del valiente soldado.

—¿Y no lograsteis averiguar qué influencia era esa?...

—Yo conocía á Villejo, y procuré hacerme el encontradizo. Mi objeto principal era que me llevase á la presencia del hijo de Colon, que, como sabeis, era paje de la reina. No tardé en conseguirlo, y entonces hablé á este con sinceridad, le dije quién era, lo que habia hecho, y le manifesté mi deseo de consagrar toda mi vida á reparar la falta de un momento. Para llevar á cabo mis planes con buen éxito, procuré entrar en relaciones con don Antonio Aguado, uno de los privados de Fonseca y enemigo irreconciliable de Colon.

—Le conozco demasiado.

—Me presenté á él como traidor, y no tardó en caer en el lazo. Llegó á tener tal confianza en mí, que me nombró su mayordomo y me hospedó en su casa. Gracias á esto, adquirí un dato, que es muy posible que á estas fechas haya servido para devolver la llorada hija á los brazos de su angustiado padre.

—¡Ah!... Contadme todo eso,—dijo Mendez.—Mi curiosidad y mi interés crecen á medida que avanza vuestro relato.

## XI.

Hubo, sin embargo, una pausa.

El indio les sirvió algunos alimentos, y despues de

terminar su frugal comida, reanudaron los dos amigos su interrumpida conversacion.

Como por ella van á saber nuestros lectores algo acerca de Isabel, de su madre y de Villejo; como van á enterarse al mismo tiempo de los planes que habian llevado á Sagredo á la Española, de los acuerdos que Diego Mendez y él tomaron para salvar al almirante, voy á reproducirla.

## Capítulo LXXV.

Donde por carambola se sabe algo del pasado, y se advina un poco el porvenir.

### I.

—Yo,—prosiguió Sagredo,—observé que Aguado era víctima de un profundo pesar. La fortuna le sonreía, y sin embargo, no era dichoso; una pena continua turbaba su sueño. A fuerza de indagar la causa de su tormento, pude saber que consistía en una pasión desgraciada.

—¡Una pasión aquel hombre, incapaz de abrigar en su pecho más que la vanidad y la codicia!

—La Providencia castiga de muchos modos. Una dueña habladora me contó que su amo se había prendado de una mujer jóven, que había querido seducirla; pero que la muchacha había tomado tal ascendiente sobre él, que le ponía más sumiso que un esclavo con sólo su mirada.

—Un día,—añadió la dueña,—tuvieron los dos una escena muy fuerte: él quería rebelarse, poseer aquel tesoro de belleza, y al ver la imposibilidad de lograr sus fines, salió desesperado, cerró su casa con llave y se fué. Tuvo una entrevista con el obispo Fonseca, y al día siguiente llegó hasta la puerta de su casa una litera. Poco despues salió la jóven encubierta con un velo, subió á la silla de manos, y Aguado dijo á los que la conducian: «Al convento...»

## II.

—Extraña historia.

—Así me habló la vieja,—prosiguió Sagredo.—Yo procuré ganar la confianza de Aguado, y para conseguirlo le hablaba á menudo de la inconstancia de la mujer, de los sacrificios que imponia al hombre, de lo indigna que era, de los tormentos que hacia padecer. Me oia con gusto, pero no lograba que me abriera su corazen. Entonces procuré averiguar sus maquinaciones contra el almirante, y adquirí la certeza de que Ovando, el nuevo gobernador de la Española, le era completamente hostil, porque estaba vendido á Fonseca y sus secuaces.

—¿ Lo pudisteis dudar al ver que lo nombraban para reemplazar á Bobadilla?

—Al pronto sí: tenia fama de honrado, habia sido muy recto, y se explicó su nombramiento de una manera hasta favorable para Colon. Por otra parte, yo tenia motivos para no dudar de la consideracion de los

reyes hácia el hombre que habia conquistado á su corona un Nuevo Mundo: le habian dado una escuadra, le habian revalidado sus cargos, le habian ofrecido devolverle el mando de la Española; yo creí de buena fé que la mision de Ovando era pacificar la isla, castigar á Bobadilla, y restablecer el órden y el respeto á la ley.

—¡Falsa creencia!

—Mi posicion cerca de Agnado destruyó mis ilusiones. Pude saber que el plan de los enemigos del almirante era suscitarle complicaciones para que, desesperado al fin, sucumbiese. Ovando notició hace poco, por medio de una carta confidencial que un español llevó á Soria, y este envió al obispo Fonseca, que tenia motivos fundados para creer que el almirante habia perecido con todos los tripulantes en el viaje de exploracion que habia emprendido. Gloriábase de paso de ser la causa de su ruina, por no haberle querido dar embarcaciones que reemplazasen á las suyas, deterioradas por las tempestades; y añadia que en cuanto pudiese asegurarse de que sus creencias eran ciertas, lo avisaria secretamente.

—¿Y cómo pudisteis averiguar el contenido de esa carta?

—Por la persona á quien encargó Soria que la llevase desde Sevilla á Córdoba, en donde á la sazón se hallaba Fonseca. ¿Quién direis que era?

—No puedo adivinar.

—Una mujer.

—¿Una mujer?

—Sí, una mujer, á quien, como yo, conocisteis en estas tierras; pero disfrazada de paje.

—¿Estuvo aquí?

—Al servicio de Colon; era su paje predilecto.

—Y os reconoció.

—Sí; la casualidad quiso que nos encontrásemos, y como estaba persuadida de mi adhesion al almirante, despues de dárseme á conocer, me confió que para servir á Colon habia logrado por el mismo medio que yo ganar la confianza de sus enemigos. Tan bien habia desempeñado su papel, que era la portadora de los documentos más secretos que mediaban entre Soria y el obispo.

### III.

—Ya veis,—añadió Sagredo, despues de una breve pausa,—que no estaba tan abandonado el gran hombre á quien veneramos.

—En efecto; pero seguid... ¿Qué hizo el obispo al recibir la carta de Ovando?

—Llamó á Aguado, y los dos convinieron en esparcir el rumor de que habia fundados motivos para creer que el almirante habia muerto.

—¿Y llegaron á su hijo?

—Sí; y tuve una entrevista con don Diego. En ella convinimos en que yo hiciera lo posible por venir á la Española á adquirir noticias. Conseguí que me enviasen á Santo Domingo con pliegos para Ovando y la órden de partir inmediatamente á España; esto con

el objeto de decir la verdad de lo que se supiera acerca de su padre, y me puse en camino. Pero ví en Sevilla á Isabel Monteagudo, al fingido paje; le comuniqué mis proyectos, y al contestar á una pregunta que me dirigió, le di algunos indicios que buscaba para descubrir el paradero de la niña que tan infamemente habia sido separada de los brazos de su madre. Ella supo que servia á Aguado, y como le conocia mejor que yo, me preguntó si habia llegado á mi noticia el rapto de una jóven, hija de doña Inés. Contestéle afirmativamente:

## IV.

»—¿No habeis sabido,—añadió,—si por la época en que desapareció esa jóven llevó á su casa Aguado alguna dama?

»Esta pregunta fué para mí un rayo de luz: recordé todo lo que me habia contado la dueña, computé fechas, recogí indicios, y se despertó en mí el presentimiento de que la jóven que Aguado habia llevado á un convento era la que una madre ciega habia buscado en vano. Partí á Cádiz para embarcarme, y allí se me presentó un jóven que iba á emprender el mismo viaje que yo, y que por venir muy recomendado á Ovando, querian sus protectores, todos los enemigos del almirante, que yo fuese su compañero, su amigo y su guia.

## V.

—¿Es el joven de quien me ha hablado el indio?

—Sí.

—Se llama Hernan Cortés, ¿no es cierto?

—Así se llama; y hasta creo que tiene algun parentesco, aunque lejano, con el gobernador de Santo Domingo.

—¿Y no sabeis qué objeto le trae aquí?

—El de todos, hacer fortuna.

—¿No traerá alguna mision secreta para Ovando?

—No lo creo.

—Es su pariente.

—Con todo.

—Le envian los enemigos del almirante.

—Pero saben de sobra que su padre no ha podido hacer carrera de él, que es de un genio indomable, de un carácter irascible, y que si le ha dado su vènia para pasar el charco, sólo lo ha hecho por librarse de él.

—¿Tan endiablado es ese mozo?

—Es, en efecto, lo que dicen; pero posee un corazon generoso. No hace mucho, al llegar, vió que un colono de Xaragua maltrataba á un indio. El infeliz se quejaba.

## VI.

»—¿Por qué castigais á ese infeliz?—preguntó.

»—Porque he ofrecido para esclavo á uno de sus

hijos á un amigo mio de la Isabela, le he dicho que le lleve, y se niega á obedecerme.

»—Hace bien, vive Cristo,—contestó el mozo,—y juro por mi nombre, que si descargais un solo golpe más sobre él, tendreis que habéros las conmigo.

»El colono era hombre de malas pulgas, le contestó, llamóle mozalvete, y si yo no me pongo de por medio, lo ensarta en su espada, como dos y tres son cinco, á pesar de no contar Hernan más que diez y nueve años, y de ser su adversario uno de los mejores soldados que tuvo Roldan, el rebelde.

—Ganas me dan de conocerle... Pero no conviene.

—Por mi nombre, que si no sucumbe á las calenturas que de cuando en cuando le acometen, ha de dar mucho que hablar en el mundo. Pero vamos á nuestro asunto.

—Teneis razon, hablemos.

## VII.

Los dos comenzaron á comunicarse sus planes.

—¿Me habeis asegurado que vive el almirante?—preguntó Sagredo.

—Vive; pero su vida es peor que la muerte.

—¿Dónde se halla?

—En la costa de la Jamaica: allí anclamos los dos buques que nos quedaron como Dios nos dió á entender, y allí hemos aguardado en vano algun auxilio.

Mendez refirió á Sagredo todo lo que habia pasa-

do en su primer viaje, el infame lazo que le habia tendido Ovando, su regreso á la costa de la Jamaica y los planes que habian acordado, y que á la sazón se hallaban realizando él y Fiesco.

## VIII.

—Dios sea loado,—exclamó Sagredo,—que me permite poder ser útil á Colon. Decís que ese jóven genovés, á quien llamáis Bartolomé Fiesco, ha ido á Santo Domingo.

—Allí debe encontrarse á estas fechas.

—¿Y vos pensais partir?

—En cuanto encuentre una ocasion.

—Ya la habeis encontrado.

—¿Qué decís?

—Ved este documento,—añadió Sagredo, mostrándole un papel.

—Es una orden de los reyes, mandando á todos sus capitanes que obedezcan ciegamente á la persona que la ponga á su vista.

—Ya veis que no puede ser más expresiva.

—En efecto.

—Leed ahora,—añadió, mostrándole otro papel.

—Es una carta particular de Aguado para Ovando. La recomendacion no puede ser más eficaz.

—¡Cuántas lágrimas secretas me ha costado este triunfo!

—¿Y qué pensais hacer?

—Partir inmediatamente á Santo Domingo; dad-

me una contraseña para que se fie Fiesco por completo de mí, yo le hablaré, y los dos de acuerdo acudirémos en socorro del almirante.

—¡Ah! Sí; eso es lo más urgente.

—Yo os ofrezco que no tardaré en hacerme digno de su perdon.

—Pero yo...

—Vos permaneceréis aquí, y en cuanto veáis un buque con rumbo para España, acudid con una canoa; llamad al capitán, presentadle esta orden, y os conducirá á España. Allí, sin pérdida de tiempo, entregad la carta que os ha dado el almirante para los reyes; buscad en Sevilla en casa del contador general Soria á Isabel Monteagudo, referidle nuestro encuentro, y vereis cómo todo sale á medida de nuestro deseo.

—Sí, sí.

—Yo voy inmediatamente á buscar á mi compañero de viaje.

—Partid, sí; no hay que perder un instante.

Iban á separarse, pero Sagredo, volviéndose de pronto:

## IX.

—¿Teneis mucha confianza, —dijo á Mendez, —en el indio que me ha guiado hasta aquí?

—La más completa.

—¿Vos no podeis llevarle en vuestra compañía?

—Seguramente no.

—Si le decís que me sirva con la más absoluta lealtad, ¿os obedecerá?

—Ciegamente.

—Pues bien, le necesito.

## X.

—¡Azcala!—dijo Diego, llamando al indio.

—¿Qué mandais?—preguntó este, acudiendo á su presencia.

—Tengo que exigirte un nuevo sacrificio.

—Mandad... mi vida es vuestra.

—Voy á partir... y tú vas á considerar á este hidalgo como si fuera yo.

—Si es para bien vuestro, tendrá un esclavo en mí.

—Es necesario que le obedezcas ciegamente.

—Azcala lo jura por la memoria de Ihalai.

—Basta... muy pronto nos veremos, y yo te cumpliré mi promesa.

—¿Cuándo hemos de partir?—dijo el indio á Sagredo.

—Ahora mismo.

Los dos amigos se despidieron.

Sagredo y Azcala volvieron á Xaragua.

## IX.

Diego Mendez aguardó con impaciencia un buque que le condujera á España.

Pasaron cuatro dias sin que vieran en el mar un solo punto blanco que le indicase la deseada vela.

Al fin una mañana vió hácia Occidente una embarcacion que costeaba la isla.

Para acercarse á ella no necesitaba canoa.

Desde el buque podian oirle, y á sus voces dispuso el capitan que fuesen dos marineros en un bote á la orilla para ver lo que deseaba.

Mendez subió á él y fué conducido á bordo.

Allí presentó al capitan la órden que le habia dado Sagredo.

El capitan le admitió á bordo, y despues de un felicisimo viaje, llegó á España.

Pronto volveremos á encontrarle.

Sigamos ahora á Fiesco, y veamos como llegó á su presencia el anciano Sagredo, que no tenia más que un deseo: salvar al almirante.

## Capítulo LXXVI.

---

Donde Fiesco representa su papel á las mil maravillas.

### I.

Bartolomé Fiesco, con las dos canoas y los indios que las tripulaban, llegó á Santo Domingo. Con el objeto de empezar á desempeñar bien el papel que se había propuesto representar cerca de Ovando, y con el de que el almirante pudiera tener noticia de su feliz llegada á la capital de la colonia, mandó á los indios que se volvisen con las canoas á la costa de la Jamaica.

Al primer español que encontró, le suplicó se sirviera guiarle al palacio del gobernador, anunciándole que traía urgentes despachos para él.

### II.

Su llegada despertó gran curiosidad.

Todos deseaban saber de dónde procedía, porque no tenían noticia de que hubiera llegado ningun buque; y como él se presentaba embarcado en canoas tripuladas por indios, presumieron que fuese algun náufrago, porque nadie podía imaginar que lo enviase el almirante.

## III.

Ovando, que procuraba, como hemos dicho ya, excusar sus torpezas, paliar su infame conducta con una apariencia de bondad, con una llaneza que mendiga popularidad, se apresuró á recibir al forastero que de aquella manera tan extraña llegaba á sus dominios.

Bartolomé no se desconcertó en presencia del gobernador.

## IV.

—¿Qué deseais de mí?—le preguntó este.

—En primer lugar, lo que me dais,—contestó Fiesco:—para desempeñar cumplidamente la verdadera mision que me trae aquí, necesitaba un afectuoso recibimiento.

—Explicaos.

—Después de las palabras que acabo de pronunciar, vá á extrañaros mucho la mision oficial que he venido á desempeñar á Santo Domingo.

Y haciendo una breve pausa, prosiguió:

## V.

—A vos, señor, me envía con este pliego el almirante don Cristóbal Colon.

Este nombre resonó en el corazón de Ovando como un remordimiento.

—¿De parte de Colon venís á verme?—dijo, no pudiendo ocultar su sorpresa.

—Este pliego que tengo el honor de presentaros, es una prueba de ello.

—¿Luego vive?—dijo el gobernador.—¿Luego los rumores que han circulado aquí son falsos?

—Vive, en efecto,—contestó Fiesco;—y acá para entre los dos, permitidme este desahogo; ¡más valiera que Dios hubiera dispuesto de él!

Ovando miró con extrañeza á Bartolomé.

## VI.

—¿Hablaís de esa manera de vuestro jefe?

—¡Hemos sufrido tanto por causa suya!..

—¿Y sin embargo, le servís?

—Las apariencias engañan á veces.

—¿Qué misterio encierran vuestras palabras?

—¿Me permitís que os hable con sinceridad?

—No os lo permito, os lo mando.

—Pues bien; no forméis mala opinión de mí. La

desesperacion es capaz de todo. Figuráos, señor, que despues de un viaje felicísimo, despues del descubrimiento de una de las islas más ricas que posee el Océano, al regresar á la madre pátria cargados de tesoros con la esperanza de honra y provecho, nos hemos visto obligados á permanecer muchos meses amarrados á la orilla de una isla, en donde sólo por fuerza hemos podido conseguir que nos den alimentos.

Figuráos los dias, las horas, los momentos que habremos pasado allí, devorando nuestro inmenso pesar, viendo morir nuestras más queridas ilusiones, no teniendo más porvenir que una muerte lenta, una agonía horrible... ¡Ah! Si comprendéis esto, disculpáreis la resolucíon que he tomado al fingir al almirante que era capaz de arrostrarlo todo con tal de venir aquí para pedir os auxilio en su nombre.

—¿Y no es este el objeto de vuestra venida? ¿No me anuncia este pliego que dé crédito á vuestras palabras, que considere como pintada por el mismo almirante la situacion en que se halla, y que segun os ha mandado debéis describirme?

—Así parece; Dios me ha dado algun ingenio más que á mis compañeros, y al ver que nada consiguió un emisario que envió el almirante, nos pareció que no teníamos esperanza alguna. «De morir aquí,—me dije,—á morir en el mar, prefiero aquella muerte desastrosa, y si no muero, llegaré á Santo Domingo y allí al ménos encontraré socorro. No seré rico, pero viviré.»

—¿Luego habeis cometido una felonía?

—Censuradme, castigadme si quereis, todo lo merezco; pero prefiero los castigos que me impongais á la vida que he hecho durante tantos meses, que era lo mismo que respirar en una caldera. Aquí me teneis; la situacion del almirante y la de todos los que le acompañan es verdaderamente angustiosa. De tal manera los dejé, que es muy posible que á estas fechas no hayan podido resistir el hambre, la sed, la desesperacion, y hayan muerto, el almirante sobre todo. Sus enfermedades, sus disgustos, las murmuraciones de que es objeto, las amenazas que á todas horas profieren contra él los que están á su lado, el ódio que todos le profesan, han debido acabar con él.

—¡Ah!—Si fuera eso cierto,—dijo Ovando, no pudiendo contener la alegría;—si fuera eso cierto, el mundo todo debería darse por satisfecho.

—¿Luego vos teneis la misma opinion que yo?—dijo Fiesco, jugando el todo por el todo.—¿Luego creéis que el almirante ha empeñado á España en una conquista sin fruto, que ha arrastrado á los españoles á una lucha sin gloria?

—Sí; eso creo.

—Un medio teneis,—prosiguió Fiesco, despues de una breve pausa, en la que parecia reconcentrarse á obedecer á una idea;—un medio eficacísimo de que no se sepa en España el descubrimiento que hemos hecho nosotros, y por lo tanto, de que abandonemos para siempre estos países, en los que cada pedazo de oro cuesta la vida á una docena de españoles.

—¿Qué medio es ese?

—Desoir los ruegos de Colon, dejarle. Quince dias bastarán para que él se vea allí solo entre un monton de cadáveres.

—¿Y no decís,—preguntó Ovando,—que esa isla que habeis visitado con el almirante posee en sus entrañas inmensas riquezas?

—Lo que es eso os lo puedo asegurar por mi fé de cristiano.

—¿Sabriais vos el derrotero que conduce á ella?

—¿No he de saberlo?... Soy piloto.

—¿Teneis ambicion?

—Mucha.

—¿Supongo que al venir á estos paises os ha guiado el deseo del lucro?

—¿Para que ocultároslo? Deseo ser rico.

—Y si os ofreciera los medios de serlo, ¿los aceptaríais?

—Segun y cómo.

—Os tengo en mi poder. Os habeis descubierto á mi demasiado pronto, y puedo, si quiero, castigaros como á un traidor.

—¡Haced de mí lo que querais!—dijo Fiesco con simulada humildad.

—Deseo perdonaros; pero este perdon es en cambio de un sacrificio que puede redundar en beneficio vuestro.

—Hablad con entera confianza; estoy en vuestro poder, y aunque no lo estuviera, despues de haberos visto daria cualquiera cosa por estar á vuestras órdenes.

—¿Decís que el almirante quedaba muy enfermo cuando os separásteis de él?

—Tan enfermo que casi estoy seguro de que á estas horas habrá muerto.

—En ese caso, ¿podria ser fácil que yo enviase una embarcacion adonde está para informarse de la situacion en que se hallan los náufragos, y que esta nave, bien los hallase vivos, ó bien muertos, siguiese hasta esa isla de que me habeis hablado, para que la visitase y tomase posesion de ella en nombre de los reyes un capitan representante mio?

—Yo me comprometo á guiar esa nave, —dijo Fiesco.

—Si tal hiciérais, podriais recuperar las esperanzas que habeis perdido; podriais obtener una buena parte del oro que la nave trajese si érais leal, ó pagar con la vida vuestra deslealtad.

—Os he dicho que soy ambicioso: disponed de mí; pero os prevengo que cualquiera que sea la determinacion que tomeis, enviéis cuanto antes un buque para saber de cierto si mis sospechas se han realizado, si el almirante ha dejado de existir.

—Muy pronto saldrá una carabela, y vos ireis en ella.

Fiesco tuvo que hacer un gran esfuerzo para ocultar la alegría que aquella resolucion infundia en su alma.

Y á fin de no malograr el éxito que habia alcanzado:

## VII.

—Yo deseo que tengais completa confianza en mí,—le dijo;—y para ello, estoy resuelto, si quereis, á quedarme en vuestro poder y á dar todas las instrucciones al piloto que designeis, para que pueda emprender el viaje en seguida. Me basta que me asegureis algunos beneficios en esa expedicion.

—No,—dijo Ovando.—Quiero que vos seais quien dirija el timon de la nave, porque de todos modos os tengo en mi poder.

## VIII.

Ovando no podia vivir bajo la presion de la duda. Deseaba vivamente que Colon sucumbiera.

Habia soñado en la gloria, en el lucro que podia adquirir presentándose como descubridor de aquella isla tan rica, de que tanto se hablaba, y para salir de aquella incertidumbre penosa, para sofocar los remordimientos de su alma con los goces de la codicia, resolvió inmediatamente disponer una nave para que fuese á las costas de la Jamaica, las explorase, averiguase la situacion de los naufragos, y volviese inmediatamente á darle cuenta del estado en que se hallaban, para obrar en consecuencia.

## IX.

En breves dias estuvo una carabela en disposicion de darse al mar.

En todo este tiempo logró Bartolomé Fiesco captarse la confianza de Ovando.

Un incidente vino á destruir su obra.

---

## Capítulo LXXVII.

Donde el diablo tira de la manta.

### I.

Una de las primeras cosas que hizo Ovando, fué llamar á Diego Escobar, capitán de uno de los buques recién llegados de la Península, que, como recordarán nuestros lectores, fué el que sirvió de intermediario á los rebeldes capitaneados por Roldan para reconciliarlos con Colon.

### II.

Era un hombre de carácter dócil. Los enemigos del almirante habian logrado llevarle á su partido, y tanto por esta circunstancia, como por ser uno de los marinos más diestros é inteligentes, creyó Ovando que nadie mejor que él podia desempeñar la delicada misión que necesitaba confiarle.

Tenia que comprar á un hombre más; pero ¿qué le importaba si conseguia á un tiempo dos señalados triunfos: la ruina, la muerte de Colón, y la usurpacion de su último descubrimiento?

Habló con él, y no tardaron en ponerse de acuerdo.

III.

—¿Cuántos dias necesitais,—le dijo,—para daros á la vela con rumbo á las costas de la Jamaica?

—El tiempo necesario para abastecer de víveres el buque.

—¿Segun eso, dentro de cuatro dias podeis partir?

—Estoy á vuestras órdenes.

—Os acompañará en calidad de piloto un jóven que ha servido á las órdenes de Colón, y que tiene más prisa de hacer fortuna que ningun otro.

—Ved que el que tengo es bueno.

—¿Qué importa? Necesitamos ese cómplice.

—Si lo creeis así, respeto vuestra voluntad.

—Yo os daré un pliego, y entre las provisiones llevareis un pernil y una cuba de vino como regalo al almirante. Llegais hasta su carabela, y si aun vive, haceis poner en sus manos el pliego y el regalo, y aeto continuo regresais á darne noticia de cuanto veais. Pero si, como es de creer, ha muerto, y le han sobrevivido algunos de los náufragos, dadles pasaje á bordo, y regresad con ellos.

Nuestros lectores saben ya que Escobar cumplió estrictamente las instrucciones que le había dado Ovando.

Pero preguntarán: ¿cómo Bartolomé Fiesco no fué á bordo de la carabela, y si fué, cómo no se presentó al almirante? ¿Cómo desempeñando las funciones de piloto no acercó el buque hasta las dos embarcaciones donde estaban los españoles? Y una vez allí, ¿cómo no les dió la voz de alarma y favoreció un movimiento que hubiera dado por resultado para los náufragos apoderarse de aquella carabela?

Esto es precisamente lo que vamos á explicar.

## V.

Bartolomé Fiesco continuó disfrutando la confianza del gobernador de Santo Domingo hasta el día mismo en que debía salir del puerto el buque que mandaba Escobar.

La noche anterior cenaron juntos, en compañía de Ovando, Escobar, Fiesco y algunos otros de los que debían ir á la costa de la Jamaica.

## VI.

Estando en la cena anunciaron al gobernador que

uno de los colonos de la Vega Real, el que desempeñaba las funciones de alcalde en el territorio de Guarionex, deseaba ver al gobernador.

Ovando mandó á decir con uno de sus pajes que esperase.

Cuando este volvió, le dijo que el recién llegado deseaba verle con urgencia.

Ovando salió á recibirle.

## VII.

—Vengo á participaros,—le dijo,—que esta mañana han llegado unos cuantos indios al territorio de mi jurisdiccion, y habiéndolos conducido á mi presencia y no habiéndolos reconocido, les pregunté de dónde eran, y me respondieron que habian llegado de la Jamaica con un español, á quien el almirante don Cristóbal Colon habia enviado á Santo Domingo.

—Si no teneis que decirme más que eso,—exclamó Ovando,—vuestro viaje ha sido inútil. Ese emisario está aquí sentado á mi mesa, y ya sé cuál es el objeto de su visita,

—Pero lo que quizás no sabeis, y yo he venido á comunicároslo, es que si ese hombre se llama, como me han dicho los indios, Bartolomé Fiesco, es una de las personas más adictas á Colon.

—Ellos os han engañado.

—Los indios, al exigirles yo que me dijeran toda la verdad, amenazándoles si me engañaban con la muerte, me han confesado que no ha venido solo. Que al

mismo tiempo que él ha llegado á la costa de la Española otro de los más fieles servidores de Colon, á quien conocereis sin duda, porque estuvo no há mucho á veros con otro mensaje de su jefe.

—¿Sabeis su nombre?

—Sí; los indios me han dicho que se llama Diego Mendez.

—¿Diego Mendez ha estado aquí?

—Y está; ¿no os lo ha dicho así Fiesco?

—Me lo ha ocultado.

—En ese caso, ya podeis figuraros hasta qué punto debeis fiaros de él.

### VIII.

Las palabras del colono fueron un rayo de luz para Ovando.

Fiesco no le habia dicho nada de Mendez, y aun habia más: le habia ocultado su llegada.

Aquellos indicios eran muy suficientes para sospechar que su cómplice le habia tendido un lazo.

### IX.

Despidió al alcalde, dándole gracias por su celo, y antes de reunirse con sus convidados, dispuso que salieran algunos soldados á recorrer la costa para buscar á Diego Mendez.

Acto continuo entró en el comedor, y ocultando

sus sospechas, continuó decidior, expansivo, y sobre todo afectuoso con Fiesco.

La cena duró bastante, y á media noche se retiró á su habitacion, llevándose á Escobar.

## X.

Poco despues se presentó en el comedor un oficial.

—¿Don Bartolomé Fiesco?—dijo.

—Yo soy,—contestó el jóven.

—Tened la bondad de seguirme de órden del gobernador.

—Con mucho gusto,—añadió Fiesco, sin sospechar lo que iba á sucederle.

Apenas salió de la habitacion, vió que le seguian cuatro soldados.

## XI.

—¿Adónde me llevais?—preguntó.

—Tengo encargo de prenderos.

—¿A mi?

—A vos, sí.

—¿Por qué razon?

—Lo ignoro.

—Llebadme á la presencia del gobernador.

—Me es de todo punto imposible.

—Os lo suplico; os lo exijo.

—Es inútil; tengo órden de encerraros en uno de los calabozos del palacio, é incomunicaros.

## XII.

Fiesco no podía explicarse aquel cambio tan repentino.

Al día siguiente partió la carabela: él, desde su prision, oyó el cañonazo de leva, y aguardó con ansia que le juzgaran para saber cuál era la causa que habia variado tan de raíz la actitud bondadosa del gobernador.

Sus esperanzas fueron inútiles.

Trascurrieron algunos días, y en ellos sólo vió á un carcelero que entró en su habitacion á llevarle agua y pan de cazabe.

## XIII.

Aunque Fiesco le habló, aunque trató de comprarle para que le dijera la verdad, aunque le hizo los mayores ofrecimientos para que le dijese cuál era la causa de su detencion, el carcelero no desplegó sus labios.

Tenia orden de no proferir una sola palabra, y la cumplió al pié de la letra.

## XIV.

Al fin una noche oyó pasos en medio del silencio. Poco despues se descorrió el cerrojo de la puerta

que le aprisionaba, y se presentó un hombre con el carcelero.

## XV.

—Seguidme,—dijo á Bartolomé.

Y le condujo á una de las habitaciones bajas del mismo palacio.

Los dos quedaron solos un momento despues.

Cuando el desconocido se cercioró de que nadie podia oirle:

## XVI.

—Tengo que hablaros,—le dijo,—por orden de dos personas, cuyos nombres producirán muy distinta impresion en vos. Pero yo os explicaré el enigma. Os he traído á esta habitacion para hablaros en nombre de don Nicolás de Oyando y de don Diego Mendez.

Bartolomé Fiesco no pudo contener su asombro.

Nuestros lectores habrán comprendido ya que el desconocido era Sagredo.



## XVII.

Capitulo LXXVIII.

Un plan rare.

Cuando Fiesco logró reponerse de su asombro, fijó una penetrante mirada en Sagredo.

La expresion de bondad que descubrió en su rostro le tranquilizó algo.

—¿Podeis explicarme, caballero,—le dijo,—el enigma que encierran vuestras palabras?

—Nada más fácil.

—¿Cómo me sacais de mi prision en nombre del gobernador de Santo Domingo, y me inspirais confianza en nombre de Diego Mendez?

—Todo puede explicar el deber y el deseo que tengo de salvar al almirante.

—¿Vos?

—Sí; pero no alzad tanto la voz; pudieran oirnos,

y conviene que sólo los dos escuchemos nuestra conversación.

## II.

—La ingenuidad con que hablaba Sagredo pareció tan extraordinaria á Bartolomé, que empezó á creer que aquello era un lazo que quería tenderle Ovando.

—¿Veo que dudais de mí?—dijo el anciano.

—¿Para qué ocultároslo? Es cierto.

—¿No os basta que os asegure que he visto á Mendez?

—Han podido muy bien prenderle como á mí; los indios que nos acompañaron han podido decir que llegamos juntos á Santo Domingo... ¿Quién sabe?

—Oidme y juzgad. ¿Creeis á Diego Mendez capaz de haber revelado á un enemigo, aunque le hubiese impuesto el más atroz martirio, la misión que le ha confiado el almirante?

—No.

—Y si yo os digo que me la ha revelado, ¿creeis en mi fidelidad al almirante?

—Si.

—Pues bien: Diego Mendez es portador de una carta para los reyes.

—¿Y quién me dice que no os habeis apoderado de él, que no le habeis arrebatado ese documento?

—Veo que sois desconfiado, y no intentaré convenceros con palabras. Vamos á los hechos.

## III.

Sagredo abrió una de las ventanas del cuarto en que se hallaban.

A muy corta distancia empezaba el mar, sobre el que una hermosa luna derramaba sus argentados rayos.

—¿Veis en el puerto un buque?—dijo á Fiesco.

—Sí, es una carabela.

—Está preparada para partir mañana.

—¿Y qué quereis decirme?

—Quiero deciros que en esa carabela voy á salir mañana con direccion á España. Tengo orden de llevaros á bordo, y he ofrecido, al estar en alta mar, daros un tósigo y arrojaros al abismo.

Fiesco miró con asombro á su interlocutor.

## IV.

Despues de una breve pausa:

—¿Qué pensais de todo esto?—le dijo Sagredo.

—Pienso que vuestra crueldad iguala á vuestra imprudencia.

—Tranquilizáos. Vos mismo habeis desempeñado aquí el papel de traidor. ¿Quereis el monopolio del engaño?

—Explicáos por Dios.

—La carabela saldrá mañana al mando mio, y vos vendreis á bordo. ¿No podremos muy bien embriagar

al piloto, reemplazarle vos en el timon, virar hácia la costa de la Jamaica, tomar á bordo á Colon y á sus compañeros, conducirlos á España, y allí pedir justicia á los reyes? ¿Qué os parece mi plan? Hablad con franqueza.

—Cualquiera que sea la intencion que os guia, estoy resuelto á seguiros.

—Para ello, es necesario que en la entrevista que vais á tener con Ovando finjais deseo de seguirme.

—Así lo haré.

—Os permito dudar de mí hasta que os encargue del timon de mi buque; sólo os advertiré una cosa. Si dais á sospechar lo que hemos hablado, nuestra perdicion es segura, y nuestra perdicion es la del almirante, es la de todos los que están con él.

## V.

Terminada aquella extraña escena, cerró Sagredo la ventana.

—Voy á decir al gobernador,—añadió,—que estais dispuesto á seguirme.

—Id en buen hora.

Salió Sagredo, cerró con llave la puerta de la habitacion, y poco despues volvió á buscarle.

—Ovando os espera,—le dijo;—venid conmigo.

Le guió hasta la habitacion en donde esperaba el gobernador.

—Un error,—dijo Ovando,—me ha impulsado á

aparecer á vuestros ojos como un enemigo. Pero estoy convencido de vuestra sinceridad, y para daros una satisfaccion, he dispuesto enviaros á España. El obispo Fonseca os recibirá á vuestra llegada, le informareis sobre todo lo que os pregunte acerca del último descubrimiento de Colon; y como el infeliz almirante ha sucumbido, es muy posible que os dé un cargo importante en la expedicion que enviarán los reyes para recoger la herencia del almirante.

—¿Decís que ha sucumbido el almirante?— preguntó Fiesco, caminando de asombro en asombro.

—Tales son las noticias que me ha traído el capitán de la carabela que fué por orden mia á averiguar el estado de los náufragos.

## VI.

Fiesco no dirigió ninguna nueva interrogacion á Ovando.

—Estoy á vuestra disposicion,—le dijo;—mandad lo que gustéis, y obedeceré.

El gobernador llamó á Sagredo y le presentó á Fiesco.

—Os confío á este jóven,—le dijo;—mañana saldrá con vos á bordo de la *Santa Eulalia*, y espero que le guardareis las mayores atenciones.

Despues se despidió de los dos con apariencia de la más afectuosa cordialidad.

## VII.

Fiesco y Sagredo se retiraron.

Al día siguiente los condujo un bote á bordo de la carabela.

Apenas perdieron de vista la tierra, llamó Sagredo al piloto.

—Mientras hablamos,—le dijo,—Fiesco dirigirá el *governalle*.

Una hora después se acercó al improvisado timonel.

—Ya es nuestro,—le dijo:—afortunadamente podemos dominar á los marineros. Virad hácia la costa de la Jamaica.

—¿No es esto un sueño?—preguntó Fiesco.

—¿Creeis ahora en mí?—

—Si, de todo corazón.

El almirante acabará de convenceros.

## VIII.

La nave varió de rumbo.

Fiesco iba muy contento.

Sagredo habló á los hombres de la tripulación, y no tardó en captarse su voluntad.

Empezó á anochecer, y casi instantáneamente estalló una tormenta.

Después de correr un temporal desecho de dos días, la carabela, desarbolada, llegó á una costa.

Era de caribes; y todos acudieron á la playa en actitud amenazadora.

Pronto sabremos el destino que la Providencia reservaba á aquellos dos leales amigos de Colon.

Atemos ahora algunos de los cabos que hemos dejado sueltos.

Capítulo LXXIX

## Capítulo LXXIX.

### Cabos sueltos.

#### I.

Mientras todos los sucesos que hemos referido tenían lugar en la costa de la Jamaica y en la colonia de Santo Domingo, habían sucedido á algunos de los personajes más íntimamente ligados con Colon cosas que merecen contarse.

Villejo, renunciando á la brillante posición que la protección de los reyes le brindaba, se consagró por completo á cuidar á la pobre madre de Isabel, á la infeliz ciega, que no cesaba un instante de pensar en su desventurada hija, y de verter copiosas lágrimas al recordar la horrible muerte que habían tenido todas sus ilusiones.

#### II.

Diego, por su parte, uniendo á sus antiguas penas

las que despertaban en su alma la triste situacion de su familia, y la sorda guerra que hacian á su padre poderosas influencias, vivia más reconcentrado, más taciturno que nunca, y todo hacia creer que una de esas enfermedades del espíritu se habia apoderado por completo de él, y no tardaría en llevarle al sepulcro.

### III.

Isabel no era ménos desgraciada.

La hemos dejado en poder del hombre infame, que no habiendo podido perder á la madre, intentaba seducir á la hija, y por la conversacion que hemos oido de Mendez y Sagredo, hemos podido ver que despues de una entrevista violenta entre el seductor y su víctima, fué aquel á ver al obispo Fonseca, y volvió á su casa con una litera, conducida por cuatro criados, los cuales recibieron la órden de llevar á la jóven á un convento.

Tambien hemos tenido ocasion de saber que Aguado se hallaba dominado por una pasion violentisima.

### IV.

En efecto: cuando sacó de manos de la gitana á la jóven para llevarla á su casa engañada, su ánimo era dominar á Isabel por completo, contando con la fuerza, si la maña no le bastaba, para conseguir su objeto.

Pero astucia y fuerza se estrellaron contra la entereza de la jóven.

## V.

Al pronto, miró Isabel á Aguado como un protector.

Su aparicion en casa de la gitana, sus palabras, las más á propósito para inspirarle confianza, su actitud humilde y galante, todo le hizo creer que aquel hombre estaba llamado á ser su salvador.

## VI.

Era tan inminente el peligro que corria, tan oscuro el porvenir que se le presentaba, que no titubeó en seguirle.

Vivia en un sepulcro, y aquel hombre iba á abrirla de nuevo las puertas de la vida.

Iba á llevarla á los brazos de su madre, cuyas desgracias ignoraba; iba tambien á devolverla al amor de Villejo, que era para ella una de las pérdidas más dolorosas.

Nuestros lectores recordarán las preguntas que dirigió á Aguado apenas llegó á la habitacion que aquel la destinó en su casa.

## VII.

—Tened paciencia, —le dijo; — pronto vereis á lo que más amais.

Y la jóven esperó.

Sentándose en un sitial, apoyó la cabeza sobre una de sus manos, y cediendo al cansancio y al sueño, cerró los ojos y durmió.

## VIII.

Al día siguiente, apenas penetraron á través de los vidrios de colores los primeros rayos del sol en la estancia donde se hallaba, abrió los ojos, y halló á su lado al que creía su protector.

La expresion de su mirada no era entonces la del hombre que quiere proteger, sino la del que despues de haber contemplado á la hermosura y á la inocencia, aguarda, como el gavilan á la paloma, para hacerla su presa.

## IX.

Con esa intuicion que tienen todas las mujeres, adivinó Isabel en los ojos de aquel hombre que habia despertado en su pecho un horrible deseo.

Se estremeció como la hoja en el árbol.

Quiso articular una pregunta, quiso pedir á aquel miserable explicacion por la ausencia de las personas que debian estar á su lado, y no se atrevió á proferir una sola palabra.

## X.

Aguado temblaba con la fiebre del amor, de ese amor diabólico que lleva al crimen.

—¿Qué teneis, Isabel?—le dijo, despues de contemplarla en silencio un instante.—Os veo trémula, agitada... ¿Acaso dudais de mí?

—¿Y mi madre?—exclamó la jóven.—¿Cómo no ha venido?

—Tranquilizaos, hija mia, tranquilizaos. Si me dais palabra de ser buena, de ser amable, os confiaré un secreto que será la respuesta de esa pregunta que acabais de dirigirme.

—Hablad por Dios, hablad; la zozobra me mata.

—¿Me dais palabra de no enfadaros conmigo?

—Os suplico que calmeis esta ansiedad que me devora.

—Pues bien, oid: vuestra madre vendrá á veros, á estrecharos entre sus brazos, á derramar sobre vuestro corazon los tesoros de su ternura; pero para ello es preciso que seais dócil, que accedais á mis ruegos.

—¿Qué pretendéis de mí?

—¿No me habeis reconocido aún, Isabel?

—No; ignoro quién sois.

—Y sin embargo, yo he sido un buen amigo de vuestra madre, he ido muchas veces á vuestra casa, he tenido el placer de...

## XI.

La jóven le miró fijamente.

—Sí... ahora recuerdo... Creo que no es esta la primera vez que os veo.

—¿Habeis olvidado mi nombre?

—¡Vuestro nombre!...—dijo la jóven, pugnando por recordarle.

—Soy Antonio Aguado.

—¡Oh! Si, ya recuerdo; vos vinisteis á verme en nombre de Colon, nuestro protector.

—Veo que teneis buena memoria.

—Ahora os creo, ahora respiro, porque siendo amigo sayo, tendreis piedad de mí.

—Tenedla vos, y la tendré yo.

—Hablad; os lo suplico, os lo ruego.

—¿No notásteis que fui bastantes veces á vuestra casa?...

—Si.

—¿No descubristeis nada en mis ojos, que revelase el sentimiento que inundaba mi alma?

—¡Dios mio!—dijo la jóven, levantándose y buscando anhelante un refugio contra aquel seductor, porque desapareció la confianza que habian despertado en su alma sus anteriores palabras.

—Es inútil que intenteis salir de aquí,—dijo este con irónica calma.—El sentimiento que me inspirásteis entonces fué un amor vehementísimo; pero quiso mi desgracia que otro hombre imprimiera en vuestro pecho la misma pasion que habiais despertado en el mio, y como os amaba, y por nada del mundo podia renunciar á la felicidad que me brindaba vuestro cariño, ciego de ira, movido por los celos, hice que una mujer, á quien compré, os esperase, os tendiese un lazo y os llevase á la casa en donde habeis vivido hasta ahora. Ya es inútil ocultaros nada. Esa mujer era

cómplice mia; yo, al arrancaros de sus manos, os he traído á un verdadero encierro, del que sólo saldreis, siendo mi esposa, para abrazar á vuestra madre; encierro en el que permaneceréis siempre si destruíis las ilusiones que vuestra belleza ha hecho concebir á mis sentidos.

## XII.

Isabel era muy niña aún.

Sus ojos habian llorado con sentimiento la muerte de su padre.

Su corazon habia libado á un mismo tiempo la copa de la felicidad y la del dolor.

Sin embargo, las desgracias que hasta entonces habia sufrido no habian producido horror alguno en su alma.

## XIII.

En tanto, ese bálsamo dulcísimo de las almas sensibles habia calmado su angustia.

El amor que habia nacido en su pecho habia borrado todos los recuerdos tristes, y habia presentado á sus ojos horizontes risueños.

## XIV.

No podia imaginarse una maldad como la que tenia presente.

No podía imaginar que hubiera un hombre tan infame, tan miserable, tan inicuo, que pudiera tender la red de aquella manera tan indigna á una jóven pura y virtuosa, y la entregase á una mujer tan asquerosa como la que se habia apoderado de ella, y que, no contento aún, tuviese valor de engañarla para llevarla á su casa é imponerla aquel terrible dilema: ó la abnegacion ó el sacrificio.

## XV.

La niña se convirtió de pronto en mujer, y en mujer heróica.

—Matadme si quereis,—exclamó;—pero nunca seré vuestra.

—¿Nunca?—dijo Aguado.—Bien está. Todos los dias vendré á preguntaros; tendré suficiente paciencia para esperar. ¡Ay de vos si no comprendéis que ser mi esposa es vuestra única salvacion!

Y despues de pronunciar estas palabras, partió, cerrando la puerta y dejando sola á Isabel.

Apenas se vió libre de la presencia de aquel hombre, prorumpió en amargo llanto.

Todas sus esperanzas se desvanecieron, y llamó á la muerte con la vehemencia de la desesperacion.

## XVI.

Al dia siguiente, cuando Aguado fué á verla, la halló con una fiebre y un delirio espantosos.

Inmediatamente dió orden para que llevasen un lecho á aquella habitacion, depositó en él á la jóven, y corrió á buscar un médico.

La idea de que podia morir sin realizar sus deseos, fué la chispa que encendió en su pecho la pasion volcánica que más tarde le convirtió en esclavo de la jóven.

XXIII. *Almuerzo de la noche*

XXIV. *El almuerzo de la noche*

XXV. *El almuerzo de la noche*

XXVI. *El almuerzo de la noche*



XXVII. *El almuerzo de la noche*

XXVIII. *El almuerzo de la noche*

XXIX. *El almuerzo de la noche*

XXX. *El almuerzo de la noche*

XXXI. *El almuerzo de la noche*

XXXII

XXXIII. *El almuerzo de la noche*

## Capítulo LXXX.

Donde la víctima manda y el verdugo obedece.

### I.

La enfermedad de Isabel se agravó.

Durante muchos días, el médico que la asistía aseguró que la crisis debía ser fatal.

Imposible es describir el interés, el cuidado, el celo que desplegó el seductor para salvar á su víctima.

El peligro que corria la hacia adquirir doble prestigio á sus ojos.

El ambicioso inhumano hubiera dado todos sus honores, todas sus riquezas por salvarla.

### II.

Afortunadamente, la juventud pudo dominar la enfermedad, y al cabo de un mes entró Isabel en convalecencia.

Nada le faltó.

Una camarera de toda la confianza de Aguado estaba continuamente á su lado.

Este, temiendo que su presencia pudiera molestarle, dejó de verla algunos dias; pero no pudiendo contener el deseo de contemplar á aquella mujer, á quien habia arrancado de las garras de la muerte, entró en su aposento.

La impresion que recibió la jóven fué tan grande, que empeoró; y para que aquella recaída no fuese fatal, hubo necesidad, con arreglo á las prescripciones del médico, de llevarla al campo.

### III.

Aguado mandó preparar una litera, y la condujo á una de las posesiones que habia comprado al regresar del Nuevo Mundo.

Más de medio año la tuvo allí encerrada; pero podia pasear por un jardin cuyas elevadas tapias impedian que fuese descubierta por miradas extrañas.

En este tiempo la pasion llegó al último grado.

Isabel estaba completamente rejuvenecida.

Aguado quiso tener una entrevista con ella, y temiendo impresionarla fuertemente, le anunció con la camarera su deseo.

La jóven, por su parte, deseaba tambien verle para pedirle por favor que abreviase su martirio.

## IV.

Al presentarse Aguado á Isabel, se cambiaron los papeles desde el primer momento.

El era el enamorado tímido.

Ella la mujer varonil, resuelta á jugar el todo por el todo.

A las amenazas sucedieron en los labios de Aguado los más cariñosos ruegos.

Isabel llegó á comprender qué aquel hombre estaba verdaderamente apasionado de ella.

Pero en vez de inspirarle compasión aquel afecto, que era un castigo providencial, le inspiró horror.

Todos cuantos esfuerzos hizo en posteriores entrevistas para dominarla, fueron inútiles.

La resistencia de la jóven era cada vez más tenaz.

## V.

Un dia, al que hemos hecho alusion por boca de Sagredo, fué decidido á hablarla por la última vez.

La desesperacion le impulsó á atropellarlo todo.

La escena pasaba en una habitacion que tenia una ventana sin hierros, con vistas al jardin, y á una elevada altura del suelo.

—Si dais un paso más,—dijo la jóven, al ver que se acercaba á ella,—me arrojo por esta ventana, y no tendreis en vuestro poder más que un cadáver.

Aquellas palabras indicaban una resolucion tan

Nada le faltó.

Una camarera de toda la confianza de Aguado estaba continuamente á su lado.

Este, temiendo que su presencia pudiera molestarle, dejó de verla algunos dias; pero no pudiendo contener el deseo de contemplar á aquella mujer, á quien habia arrancado de las garras de la muerte, entró en su aposento.

La impresion que recibió la jóven fué tan grande, que empeoró; y para que aquella recaída no fuese fatal, hubo necesidad, con arreglo á las prescripciones del médico, de llevarla al campo.

### III.

Aguado mandó preparar una litera, y la condujo á una de las posesiones que habia comprado al regresar del Nuevo Mundo.

Más de medio año la tuvo allí encerrada; pero podia pasear por un jardin cuyas elevadas tapias impedian que fuese descubierta por miradas extrañas.

En este tiempo la pasión llegó al último grado.

Isabel estaba completamente rejuvenecida.

Aguado quiso tener una entrevista con ella, y temiendo impresionarla fuertemente, le anunció con la camarera su deseo.

La jóven, por su parte, deseaba tambien verle para pedirle por favor que abreviase su martirio.

## IV.

Al presentarse Aguado á Isabel, se cambiaron los papeles desde el primer momento.

—El era el enamorado tímido.

Ella la mujer varonil, resuelta á jugar el todo por el todo.

A las amenazas sucedieron en los labios de Aguado los más cariñosos ruegos.

Isabel llegó á comprender que aquel hombre estaba verdaderamente apasionado de ella.

Pero en vez de inspirarle compasión aquel afecto, que era un castigo providencial, le inspiró horror.

Todos cuantos esfuerzos hizo en posteriores entrevistas para dominarla, fueron inútiles.

La resistencia de la jóven era cada vez más tenaz.

## V.

Un dia, al que hemos hecho alusion por boca de Sagredo, fué decidido á hablarla por la última vez.

La desesperacion le impulsó á atropellarlo todo.

La escena pasaba en una habitacion que tenia una ventana sin hierros, con vistas al jardin, y á una elevada altura del suelo.

—Si dais un paso más,—dijo la jóven, al ver que se acercaba á ella,—me arrojo por esta ventana, y no tendreis en vuestro poder más que un cadáver.

Aquellas palabras indicaban una resolucion tan

arraigada, que el seductor cayó de rodillas, y cediendo ante la idea de perderla;

## VI.

—Pues bien: ya que no seais mia,—la dijo,—no habeis de ser de nadie. Aguardad aquí mis órdenes.

Y desapareció, y por la primera vez de su vida fué á confiar al obispo Fonseca la situacion de su espíritu.

Este, que necesitaba el concurso de Aguado para la realizacion de sus ideas, aprovechó la ocasion para condenar aquella pasion indigna, en su concepto, de un hombre sério, y dándole el consejo que le pedia:

## VII.

—La justicia la ha buscado,—le dijo;—la misma reina ha demostrado un gran empeño en que pareciera y en castigar á sus raptores. Es necesario que no pueda sospecharse nunca que sois vos quien la ha arrebatado de los brazos de su madre.

—¿Y de qué medios podemos valernos para eso?

—Es necesario que entre en un convento.

—En España seria fácil hallarla.

—Yo me encargo de hacer que la conduzcan á Portugal, y allí se ignorará siempre quien es.

Fonseca cumplió su promesa, y la jóven fué en la litera que procuró Aguado hasta una venta próxima á la quinta.

## VIII.

Allí se presentó á ella un hombre encubierto, que la entregó un papel.

La jóven leyó en él estas palabras:

«Si declarais quién sois, coincidirá con vuestra declaración la muerte de vuestra madre y la de vuestro amante Villejo.

«Si por el contrario, seguis y obedecéis ciegamente al que os entregue este escrito, estad segura de que al final de la jornada tendreis el premio de vuestro silencio.»

—Disponed de mí,—dijo Isabel.

## IX.

Aquella noche durmió en la venta, y á la mañana siguiente, muy temprano, la llamó el desconocido, y conduciéndola hasta la puerta del meson, la hizo subir en una mula, en la que habia colocadas unas jamugas; en otra montó él, y un anciano, arriero de profesion, tomó del ramal la caballería donde iba la jóven, poniéndose en marcha por caminos extraviados.

Al cabo de muchas jornadas llegaron los tres á Portugal, y en uno de los pueblos más próximos á la frontera se detuvieron delante de un convento de monjas.

El desconocido entró con Isabel en el locutorio, y entregó una carta á la madre abadesa.

Esta la leyó, y despidiéndose del que habia acompañado á la jóven, mandó á esta que la siguiera.

## X.

Isabel quedó allí en calidad de novicia.

Comprendió que eran poderosos sus enemigos, que si revelaba aquel secreto peligrarian las personas más queridas de su corazón, y resolvió aguardar á que la Providencia acudiese en su auxilio.

## XI.

Cuando Diego Mendez llegó á Sevilla, lo primero que hizo fué averiguar por medio de Soria el contador si estaba allí Isabel Monteagudo.

Lo único que pudo saber despues de muchas investigaciones, fué que se habia embarcado en un buque, y que habia partido algunos dias antes con rumbo á Portugal.

Recordó entonces que en la última entrevista que habia celebrado aquella mujer con Sagredo habia adquirido indicios del paradero de la jóven secuestrada, y prosiguió su viaje hácia la córte, que se encontraba á la sazón en Valladolid.

---

## Capitulo LXXXI.

Donde se vé cómo Mendez halla en un rio los medios de cruzar el mar.

### I.

Lo primero que hizo Diego Mendez al llegar á Valladolid fué buscar al hijo de Colon para referirle el estado en que se hallaba su padre y entregarle las cartas que debia presentar á la reina.

Tan inesperada revelacion aumentó la tristeza del jóven.

Aquel dia debia entrar de servicio en el cuarto de la reina, y aprovechó esta circunstancia para presentarle las cartas.

### II.

Los enemigos de Colon habian hecho circular en España el rumor de su muerte.

—Cuando ha pasado tanto tiempo sin que nada se

sepa, es casi seguro,—decían,—que la tempestad que destruyó los bajeles de Bobadilla alcanzase á su endeble carabela, y sepultase en el abismo al almirante y á los que le acompañaban.

El mismo [Diego empezaba á sospechar que tal hubiera sido el triste fin de su padre, de su hermano y de su tío; pero las noticias de Mendez le tranquilizaron, aunque le afligieron, porque casi era peor que la muerte la situación en que se encontraba el autor de sus días.

### III.

La reina, que ya estaba muy achacosa, leyó con inmensa alegría las cartas del almirante, y presentándose inmediatamente á su esposo, le rogó que diera acto continuo las órdenes para que se aprestase una carabela que fuese al mando de Diego Mendez á buscar á los naufragos.

No contenta con esto, quiso conocer al valiente soldado que tantos sacrificios habia hecho por su jefe, y Mendez escuchó de los labios de su soberana frases que guardó con veneracion en su alma.

### IV.

Pero al mismo tiempo que las cartas de Colon, habian llegado á España otras de Ovando, en las cuales decia á Fonseca la situación en que se hallaba el al-

mirante, y la seguridad que habia de su ruina con sólo que se le dejase sin auxilio algun tiempo.

El rey don Fernando, á quien preocupaban más los asuntos de la Europa que los de las Indias, no se condolió tanto como la reina de la aflictiva situacion en que estaba el ilustre marino.

Pero era de todo punto necesario salvar las apariencias, y trasmitió á Fonseca, convertido en orden, el ruego de su esposa.

## V.

Esta orden indignó al enemigo de Colon.

¿Cómo se habia descubierto lo que pasaba?

¿De qué manera habia podido enviar á los reyes noticias de su estado?

Para no descubrir su enojo, tuvo que simular una inmensa alegría, porque no se habian confirmado los rumores que habian corrido acerca de la muerte del almirante; pero hizo todo lo posible para dificultar la salida del buque que debia ir á la Jamaica.

## VI.

Por de pronto, fué llamado Mendez á Sevilla.

Diego obtuvo permiso de la reina para acompañar á aquel bizarro soldado en la arriesgada expedicion que iba á hacer en busca de los náufragos.

Pero antes quiso ver á Inés y á Villejo, que estaban en Baeza, y se separó de Mendez.

Este llegó á Sevilla antes que Diego Colón.

Allí permaneció muchos días, venciendo todas las dificultades que la astucia de Soria, eleccionado por Fonseca, oponía á sus deseos.

Pero apenas vencía un obstáculo, surgía otro, y ya desesperaba de que se armase un buque, cuando la calamidad le proporcionó una aventura que vamos á conocer.

## VII.

Una noche se paseaba por las orillas del Guadalquivir, imaginando de qué medio valerse para contrarrestar la astuta habilidad de los enemigos de Colón, cuando vió pasar por el río en una góndola á algunas damas que escuchaban las alegres canciones de sus camaristas, mientras se paseaban respirando las frescas brisas del Guadalquivir.

Algunos minutos despues oyó un grito, al que siguieron otros varios.

—¡Favor! ¡Favor!—gritaron los que iban en la lancha.

## VIII.

Diego acudió precipitadamente á la orilla, y oyó decir que una de las señoras había querido ponerse de pié, había perdido el equilibrio, y había caído en el río.

Los remeros se arrojaron al agua.

Diego hizo otro tanto, y antes que aquellos, logró encontrar á la dama y sacarla á la orilla.

Las damas desembarcaron, prodigaron auxilios á la que habia estado á punto de perecer, que era por cierto una jóven de peregrina hermosura, y Mendez se apartó antes de que volviera en sí para evitar las frases de reconocimiento, poco agradables á su carácter rudo y franco.

Al dia siguiente, notó que en una de las calles de Sevilla fijó en él sus ojos una dueña, y variando de rumbo, le siguió.

Al entrar en una de las calles más solitarias:

## IX.

—Hidalgo,—le dijo;—sabed que anoche habeis salvado de la muerte á una de las damas más ilustres de España; á doña Maria de Toledo, hija de don Fernando de Toledo, gran maestre de Leon y señor mio, el cual, agradecido á vuestro arrojo, me ha dicho esta mañana:

»—Sal, y no vuelvas sin traerme ese hidalgo, á quien deseo conocer y honrar como merece.

## X.

Una idea cruzó de pronto por la mente de Diego Mendez.

—Os sigo,—dijo á la dueña.

Y haciendo lo que decia, fueron los dos hasta la

egregia morada de don Fernando de Toledo, hermano de don Fadrique, duque de Alva entonces y primer favorito del rey.

Por el camino fué la dueña contando á Diego Mendez pormenores de sus años.

De la jóven á quien el valiente soldado habia librado de la muerte, le dijo que la habia enviado su padre á distraer su ánimo, porque estaba muy triste; que su padre era muy rico, y que ya ella sabia cuál era la causa de la tristeza de la hija.

Habló otra porcion de cosas que no son del caso, y llegaron por fin al término de su excursion.

La dueña entró muy alborozada, anunció á su amo el feliz encuentro que habia tenido, y poco despues se abrieron para Diego Mendez las puertas de un salon, espléndidamente adornado, en el que salió á recibirle un caballero anciano, de luenga cabellera y blanca barba, que le tendió la mano con afectuosa familiaridad.

## XI.

—Habeis salvado la vida á mi hija,—le dijo,—y ella vá á venir, porque quiere que le pidais una gracia, que cualquiera que sea os otorgará.

La jóven se presentó en efecto, y Diego Mendez refirió en breves palabras, con su natural franqueza, el objeto de su viaje, las circunstancias que habian motivado su llegada á Sevilla, los deseos que abrigaba, y los obstáculos que se oponian á su realizacion.

## XII.

—No para mí,—añadió,—sino para el que todos debemos honrar, voy á pedir os una gracia: dadme lo necesario para fletar un buque, no como dádiva, sino como préstamo. Mi señor y dueño os lo agradecerá, y yo os devolveré esa cantidad al regresar á España.

Las palabras de Diego Mendez produjeron en la jóven más impresion de lo que era posible imaginar.

Al oír pronunciar el nombre de Colon, al oír sobre todo que su hijo Diego debía llegar en breve para salir en busca de su padre, sus mejillas se encendieron, y manifestó una emocion vivísima.

## XIII.

—Padre mio,—exclamó la jóven,—otorgadle esa gracia.

—Dentro de cuatro dias,—dijo don Fernando,—tendreis á vuestras órdenes en el puerto de Cádiz una carabela, que os conducirá adonde querais.

Diego Mendez, ébrio de alegría, besó la mano de don Fernando, ofreció pagar con su vida aquel beneficio, y salió alborozado de la casa, adonde la Providencia le habia conducido.

egregia morada de don Fernando de Toledo, hermano de don Fadrique, duque de Alva entonces y primer favorito del rey.

Por el camino fué la dueña contando á Diego Mendez pormenores de sus amos.

De la jóven á quien el valiente soldado habia librado de la muerte, le dijo que la habia enviado su padre á distraer su ánimo, porque estaba muy triste; que su padre era muy rico, y que ya ella sabia cuál era la causa de la tristeza de la hija.

Habló otra porcion de cosas que no son del caso, y llegaron por fin al término de su excursion.

La dueña entró muy alborozada, anunció á su amo el feliz encuentro que habia tenido, y poco despues se abrieron para Diego Mendez las puertas de un salon, espléndidamente adornado, en el que salió á recibirle un caballero anciano, de luenga cabellera y blanca barba, que le tendió la mano con afectuosa familiaridad.

## XI.

—Habeis salvado la vida á mi hija,—le dijo,—y ella vá á venir, porque quiere que le pidais una gracia, que cualquiera que sea os otorgará.

La jóven se presentó en efecto, y Diego Mendez refirió en breves palabras, con su natural franqueza, el objeto de su viaje, las circunstancias que habian motivado su llegada á Sevilla, los deseos que abrigaba, y los obstáculos que se oponian á su realizacion.

## XII.

—No para mí,—añadió,—sino para el que todos debemos honrar, voy á pedir os una gracia: dadme lo necesario para fletar un buque, no como dádiva, sino como préstamo. Mi señor y dueño os lo agradecerá, y yo os devolveré esa cantidad al regresar á España.

Las palabras de Diego Mendez produjeron en la jóven más impresion de lo que era posible imaginar.

Al oír pronunciar el nombre de Colon, al oír sobre todo que su hijo Diego debía llegar en breve para salir en busca de su padre, sus mejillas se encendieron, y manifestó una emocion vivísima.

## XIII.

—Padre mio,—exclamó la jóven,—otorgadle esa gracia.

—Dentro de cuatro dias,—dijo don Fernando,—tendreis á vuestras órdenes en el puerto de Cádiz una carabela, que os conducirá adonde querais.

Diego Mendez, ébrio de alegría, besó la mano de don Fernando, ofreció pagar con su vida aquel beneficio, y salió alborozado de la casa, adonde la Providencia le habia conducido.

## XIV.

Al llegar á la posada en donde se habia hospedado, halló á Diego Colon.

Le refirió la escena en que acababa de tomar parte, y despertó un sentimiento de gratitud hácia aquella jóven en el corazon del hijo infortunado.

Aquel sentimiento debia ser eterno, debia engrandecerse.

Otra aventura fué causa de ello.

Vamos á referirla.

---

## Capítulo LXXXII.

El amor ciego y la envidia con ojos.

### I.

La relacion que hizo Mendez á Diego Colon de su aventura, conmovió profundamente al jóven.

No eran para él desconocidos los personajes que habian tomado parte en ella.

Más de una vez habia tenido ocasion de encontrar en palacio á don Fernando de Toledo, y de admirar la incomparable belleza de su hija.

Diego era orgulloso sin ser vano.

Sentia en sus venas la sangre del gran hombre que le habia dado el sér, y naturalmente, fijaba con predileccion sus ojos en todo lo distinguido, en todo lo noble, en todo lo elevado.

## II.

Aunque su corazón parecía muerto para el amor, su imaginación, siempre inquieta, había sostenido muy confidencialmente esta conversación con su alma:

—¡Qué bella es esa joven!

—Sus ojos revelan una pureza celestial.

—Obsérvala, y verás que no es posible hallar una hermosura más peregrina que la suya.

—Si la miro con gusto, es por que su alma se parece á la de María, porque tiene el mismo nombre que aquel ángel.

—¡Qué feliz hará al hombre que le inspire cariño! Al oír esto se ponía el alma de mal humor.

## III.

La conversación se repitió muchas veces.

Las impresiones que las palabras de la imaginación producían en el alma del joven, era cada día más profunda.

Pero la desgracia, llenando de tristeza su pecho, amortiguó sus ilusiones.

Casi había olvidado Diego á la noble hija de don Fernando de Toledo, cuando el relato de aquel evocó con más fuerza que nunca en su alma aquel dulcísimo recuerdo.

## IV.

En aquellas circunstancias tenia que unirse á la admiracion la gratitud.

A pesar de las órdenes terminantes de los reyes para que se aprestase un buque y se diese su mando á Diego Méndez, á fin de que partiese en seguida á socorrer á los náufragos, los encargados de ejecutar este mandato oponian una resistencia pasiva, pero eficaz.

So pretexto de que no era posible detener el envío de viveres á la colonia, habia Soria despachado todas las embarcaciones de que disponia.

Por debajo de cuerda habia tratado con los dueños de buques para que á ningun precio quisieran confiárselos.

Esta guerra sorda interrumpia á cada instante los preparativos.

## V.

Al dia siguiente de la entrevista de Diego Méndez con don Fernando de Toledo, envió este á su mayordomo á Palos.

Era uno de los puertos más florecientes, y hallaria embarcaciones disponibles.

El mayordomo tropezó en efecto con un hijo de Quintero, que poseia una excelente carabela, uno de

los buques mercantes más veleros de aquel tiempo.

Don Fernando habia enviado á Palos á su mayordomo, porque sabia que todos los armadores de Sevilla y Cádiz habian negado sus buques al Consejo de Indias.

## VI.

Tambien en Palos encontró la influencia de los enemigos del almirante.

Pero como los malos no pueden entenderse más que con los malos, resultó que Quintero, despues de negarse á alquilar su buque, oyó de mejor grado las proposiciones que le hicieron para comprárselo.

Valiéndose de la ocasion, obtuvo por la venta de la carabela el doble de lo que valia, y faltó á la palabra que habia dado al agente que le envió Soria para ponerle de su parte.

El mayordomo de don Fernando desempeñó tan acertadamente su mision, que á los ocho dias de salir de Sevilla llegó á Cádiz con un buque perfectamente preparado para la expedicion, un buen piloto, y ocho marineros de los mejores del puerto de Palos.

## VII.

El arribo de la embarcacion al puerto causó gran extrañeza.

Los amigos de Soria reconocieron en ella la cara-

bela de Quintero, y se apresuraron á dar parte de su llegada al contador.

El asombro de este fué igual á su indignacion.

Inmediatamente partió á Cádiz para informarse por sí propio de lo que pasaba.

Allí supo que aquella carabela habia sido adquirida por Diego Mendez, y que se proponia darse á la vela en cuanto hiciera todas las provisiones necesarias para el viaje.

### VIII.

Don Fernando habia hecho, en efecto, la compra del buque en nombre de Diego Mendez; pero este no lo sabia cuando le llamó Soria.

El astuto agente de Fonseca le tendió un lazo, y gracias á su habilidad, supo quién era la persona que habia pagado por Mendez la crecida suma que habia recibido Quintero.

Don Fernando de Toledo era un enemigo poderoso; y no atreviéndose á tomar resolucion alguna sin consultarla con su jefe, envió un emisario al obispo.

Dos dias despues volvió de Córdoba el mensajero con un papel, en el que una letra, muy conocida de Soria, decia:

*«Apresuráos á ver á don Fernando de Toledo, dadle las gracias, ofrecedle la cantidad que ha adelantado para la adquisicion del buque, y procurad á toda costa que el capitan se quede en tierra.»*

## IX.

Soria se apresuró á cumplir la primera parte de aquellas instrucciones.

—Dad gracias al obispo,—le dijo don Fernando;—pero al hacer lo que hecho, no sólo sirvo á mis reyes, prestando auxilio á uno de sus más leales servidores, sino que cumplo un deber de gratitud.

En estas palabras descubrió el contador una formal resolución de proteger á Mendez.

Las apariencias estaban salvadas.

El Consejo de Indias había quedado en buen lugar; pero importaba que la protección de don Fernando, que los deseos de Mendez fueran infructuosos, y Soria se apresuró á poner en planta los medios de ejecutar la segunda parte de las instrucciones que había recibido.

## X.

El celoso agente de los enemigos del almirante ignoraba que Diego debía acompañar á Mendez.

Este llegó á Sevilla solo, y trató directamente con Soria.

Cuando entró en Sevilla, le refirió el amigo de su padre la aventura en que había sido héroe.

Al recuerdo dulcísimo que se despertó en su alma, sucedió una profunda tristeza. Mendez no le ocultó que los agentes del Consejo de Indias parecían resuel-

tos á estorbar su partida, ó por lo ménos á aplazarla.

## XI.

Durante los doce días que trascurrieron desde que salió el mayordomo de don Fernando, hasta que en vista de su vuelta con la nave pidió Soria instrucciones y las recibió, sólo una vez abandonó Diego su posada.

Era un domingo.

El jóven era muy cristiano, y salió de su albergue para ir á misa.

Mendez le acompañó.

Al mismo tiempo que llegaban los dos al pórtico principal de la catedral, bajaba de una silla de manos una dama de distinguido porte.

De la misma litera bajó una jóven encantadora.

## XII.

—Mendez, Mendez,—dijo la jóven, descubriendo al valiente soldado y llamándole.

Mendez reconoció á María, á la hija de su protector.

—¿Qué mandais?—preguntó, acercándose respetuosamente á la jóven.

—Deseo que os conozca mi buena tia doña Leonor de Pimentel, esta ilustre dama que veis,—dijo, señalando á la que habia bajado de la litera antes que

ella.—Le he referido el señalado favor que os debo, y quiere conoceros.

—Decid más bien que la Providencia os ha elegido para ser el ángel tutelar de Cristóbal Colon. Sin vos pereceria abandonado.

—¿Lo cree así su hijo?—preguntó María con ingénuam amabilidad á Diego, que la contemplaba absorto.

### XIII.

Al ver que le conocia, que habia reparado en él, sintió Diego que sus mejillas se encendian.

Necesitaba responder á aquella pregunta y no sabia cómo, no podia articular una sola palabra.

Por fortuna, doña Leonor de Pimentel terció en la conversacion, y celebró infinito conocer á un mismo tiempo al salvador de su sobrina y al hijo del hombre más glorioso de su época.

Las damas se dispusieron á entrar en el templo.

Los galanes se adelantaron para ofrecerles agua bendita.

Al tocar Diego la suave y perfumada mano de María se estremeció.

La jóven le miró como deseosa de descubrirle un secreto, y temerosa al mismo tiempo de que lo descubriese.

### XIV.

Durante toda la misa estuvo Diego ensimismado. Parecia revivir.

Las luces que ardian [en el altar mayor, el canto de los sacerdotes, los acordes sublimes del órgano; todo le despertaba y al mismo tiempo le hacia soñar.

En medio de aquel éxtasis le pareció ver un ángel, que llegando hasta él, envuelto en una nube de incienso para ser invisible á los demás, pronunció en su oído estas palabras:

—Maria te manda que ames á su hermana.

Diego obedeció esta orden.

¡Era jóven, y tenia el corazon dormido, no muerto!

---

## Capítulo LXXXIII.

Una conspiracion tramada por un escudero y un mesonero.

### I.

Diego guardó en su alma como un dulce consuelo la impresion que habia recibido en el templo.

En aquella ocasion el sentimiento que Maria habia despertado en su alma tenia que ser un mártirio para él.

Por una parte habia jurado no amar más que el recuerdo de la mujer que le habia inspirado el primer amor, y le horrorizaba la idea de faltar á este juramento.

Por otra, la situacion en que se hallaba su espíritu, la necesidad que tenia de abandonar cuanto antes aquella tierra para correr en busca de su padre y prestarle los auxilios que necesitaba, le impelían á sofocar aquel sentimiento, que brotaba en su desierto corazon como la esperanza de un oasis.

## II.

¡Cuán inútiles son los juramentos que se hace la juventud bajo la influencia del desengaño!

«¡No amaré nunca!»—dice el que acaba de ser despreciado por una mujer, el que ha descubierto en su alma una traición, el que ha perdido para siempre un objeto adorado.

¡Nunca! Esta palabra no tiene fuerza en los labios del jóven. El tiempo, que abre abismos en el corazón de los viejos, cierra los que halla en el corazón de los jóvenes.

El sentimiento, tomando la apariencia de la razón, encuentra argumentos para vencer.

## III.

Diego los había hallado en la voz misteriosa del ángel que le había dicho que María de Toledo era la hermana, el alma misma de María de Alvarado.

—Sofocaré este sentimiento indigno de mí,—se dijo el jóven.—Muy en breve, gracias á la prodigalidad de su padre, podremos abandonar esta tierra y cruzaremos los mares en busca de los náufragos. La distancia y el deseo de llevar consuelo á los afligidos borrarán en mi alma esta impresión.

## IV.

Aunque habló en este sentido á Diego Mendez, lo cierto es que la tarde del día en que se habia hallado, al mismo tiempo que María, bajo las bóvedas de la catedral, abandonó su posada y se dirigió maquinalmente hácia las verdes orillas del Guadalquivir, porque un presentimiento le decia que allí hallaria á aquella mujer, que en tan poco tiempo habia abrasado su alma.

No se engañó.

La jóven llegó en una litera hasta la orilla del rio, bajó de la silla, y pasó con su tia doña Leonor, expresando con tímida mirada á Diego cuánto le agradecia que hubiera ido allí, porque con esa intuicion de las mujeres, habia adivinado que lo hacia por ella.

## V.

Mientras Diego sufría las consecuencias de la lucha que sostenia su alma, y Mendez adivinaba aquel amor en el hijo de su jefe, los enemigos del almirante, viendo acercarse la hora de la partida del buque, combinaban los medios de que Mendez, con arreglo á las instrucciones que habia recibido Soria, se quedase en tierra.

## VI.

El contador tenía un escudero muy ladino.

Era hombre de toda su confianza.

Breves indicaciones bastaron para ponerle al corriente del papel que debería desempeñar, y después de recibir una bolsa llena de oro de manos de su amo, se dirigió á la posada en donde se albergaban Diego y Mendez.

El posadero, cortado, como todos los de su época, por un mismo patron, era un bribon de siete suelas.

## VII.

— Cuando el escudero, á quien llamaremos Lope, llegó á la posada, hallábase aquel bajo el emparrado de la puerta, sentado en un escaño, formado por una piedra berroqueña.

Los dos eran antiguos conocidos.

El mesonero se llamaba maese Rapiña, y permitía que le nombrasen con este apodo.

Esto basta para demostrar que era hombre de conciencia.

## VIII.

— Buenas tardes, maese Rapiña, — dijo Lope.

— ¿Qué te trae por aquí? — preguntó el posadero.

—La ociosidad.

—¿Eso quiere decir que traes la bolsa repleta, y que quieres un jarro de lo añejo?

—Si te empeñas... Pero te advierto que estoy decidido á perder sin jugar.

—Se vé á la legua que eres perro viejo,—dijo el posadero.

—Los que tienen buena vista no lo extraño.

—Vamos, déjate de melindres y desembucha.

—¿Tienes mucha gente en la posada?

—Si tengo; pero no hay ninguna moza de rumbo. Hace ya tiempo que por temor á la justicia echo con viento fresco todos los picos pardos que se me presentan.

—Maese Rapiña, no vengo á rendir culto al amor.

—Entonces pregunta y te contestaré.

—¿Calculas cuánto puede haber en este bolsillo?—añadió el escudero, sacando de la escarcela una bolsa de malla.

—Segun y conforme.

—Todas son monedas de plata labradas en Segovia.

—Entonces podrá haber mil ducados.

—Cuando yo digo que tienes buen ojo.

—Todavía son mejores las tragaderas.

—Pues para que pase esta bolsa de mis manos á las tuyas, es necesario que uno de los huéspedes que está muy próximo á embarcarse se quede en tierra.

—¡Ave-María Purísima!—exclamó el posadero, santiguándose.—¿Por quién me tomas?

—Tú lo has dicho: por un hombre que tiene buenas tragaderas.

—¿Y quieres que me trague á un huésped?

—Tú no; pero la tierra puede tragársele como á tantos otros.

—Explicate más claro.

—¿No se halla en tu casa hospedado un capitan que se llama Diego Mendez?

—Sí por cierto.

—Pues de ese se trata.

—¿De él solo?

—¿Pues de quién más habia de ser?, —preguntó Lope sorprendido.

—Como tiene un compañero...

—¿Un compañero? ¿Desde cuándo?

—Desde hace dos dias. ¿Acaso lo ignorabas?

—No, —dijo Lope para que no le pidiese el posadero aumento de salario por la noticia. —¿Puedes librarme de los dos?

—¿Y quién me asegura que no vendrá á visitarme la Santa Hermandad?

—¿No sabes á quién sirvo?

—Basta, —exclamó maese Rapiña; —ahora lo único que necesito es saber que esa bolsa no se quedará entre tus manos.

—Toma á cuenta, —dijo, sacando de ella unos cuantos ducados y entregándolos al posadero.

—De modo que tú lo que quieres es...

—Que no se embarquen.

—Y para que no se embarquen será preciso...

—Que se queden en tierra... pero á mucha profun-  
didad.

—Bien está; yo me lavo las manos como Pilatos.  
Sobre tu conciencia lo dejo.

—Los huéspedes se proponen salir de aquí pasado  
mañana de madrugada, para estar en Cádiz á las nue-  
ve ó las diez.

—¿Me aseguras que dormirán mañana á la noche  
en mi casa?

—Si les das buena cena... ¿Con quedamos en  
que?...

—En que eres el mismo diablo.

—Si lo crees así, debes estar bien conmigo, por-  
que cuando te mueras vas á ir derechito al infierno.

## IX.

De esta manera terminó el diálogo entre el escu-  
dero de Soria y maese Rapiña.

Poco despues llegaron á la posada Diego y Mendez.  
El posadero los vió entrar, y se dijo.

—¡Pobrecillos! Mañanana á estas horas...

Y no terminó la frase.

## Capítulo LXXXIV.

Lo que idea un posadero ante la perspectiva de una bolsa  
llena de oro.

### I.

Maese Rapiña pasó la noche ideando el medio de  
ganar honradamente la bolsa que le habian ofrecido.

Si el ingenio no le ayudaba, tenia que valerse de  
segunda persona, y la idea de tener que partir con al-  
guno el dinero no le hacia ninguna gracia.

### II.

Por más que tuvo toda la noche en prensa la ima-  
ginacion, no encontró medio alguno, porque lo más  
sencillo, que era entrar en su cuarto cuando estuvie-  
ran durmiendo, y darles pasaporte para el otro mun-  
do, podia tener fatales consecuencias para su reputa-  
cion de mesonero honrado.

## III.

La casualidad vino al día siguiente en su ayuda.

En las primeras horas de la mañana llegó á la puerta del meson un hidalgo portugués con cuatro criados.

Maese Rapiña no tardó en saber que el lusitano era todo un personaje.

## IV.

Gobernador de una de las posesiones que los marinos portugueses habian conquistado en Africa, volvia á su patria con inmensas riquezas, y queria ostentar su magnificencia en las capitales de España, en donde tenia que hacer escala antes de llegar á su país.

## V.

Al ver que se entraba tanta fortuna por su casa, agotó maese Rapiña todo el repertorio de su galantería, y hospedó al extranjero en la mejor habitacion de su meson, proponiéndose tratarle á cuerpo de rey.

Aquel hidalgo debía ser el instrumento de sus planes.

Por la tarde pidió permiso para hablar con él, y cuando se lo otorgó:

## VI.

—Vuesa señoría,—le dijo,—me perdonará que sea entrometido; pero no hago más que cumplir con mi deber. Me han dado un encargo, y lo desempeño.

—¿Qué quiere el posadero?—preguntó el finchado huésped.

—No lejos de este sitio vive una dama muy principal, que ha tenido la suerte de veros al llegar á mi posada, no sé si curiosa ó interesadamente, que todo pudiera ser; acaba de mardarme un recado confidencial con su dueña, para suplicaros que os digneis deteneros esta noche en la reja de su casa, porque, segun ha dicho, tiene un hermano al servicio del rey de Portugal, y desea, si vos le conoceis, tener noticias suyas por vuestro conducto. Esto es lo que me ha dicho la dueña, y aun cuando yo adivine el proyecto de su empeño amoroso, que no me maravilla, porque vuesa señoría parece formado para enamorar á las damas, he creído deber trasmitiros su ruego.

El portugués, pavoneándose:

—No seria la primera deidad que he rendido,—exclamó.—¿Dónde vive esa dama?

—Su casa dá á dos calles, pero desea veros por la ventana próxima al postigo. Si vuesa merced no lo lleva á mal, yo os guiaré hasta allí.

—¿A qué hora?

—A las ánimas; pero no estará demás que acom-

pañen á vuesa merced los criados que ha traido, con linternas y bien armados.

—Yo me sobro y me basto.

—Es que si saben que acabais de llegar de Africa, supondrán que traeis mucho dinero, y no faltarán malhechores que os acechen.

## VII.

El portugués creyó de buena fé la patraña del posadero, y se aprestó á acudir á la cita de aquella mujer cuitada á quien podia sacar de penas.

La mujer existia en efecto; pero no tenia nada de enamorada ni de ilustre.

Era una barragana, á quien maese Rapiña indicó el papel que debería desempeñar, ofreciéndole en cambio una exigua retribucion.

## VIII.

Poco despues vió á Mendez y á Diego, que se disponian á partir, á quienes suplicó encarecidamente que volviesen aquella noche á las ánimas, porque ya que era la última que debian pasar en su compañía, queria darles una espléndida cena.

## IX.

En aquel tiempo, cuando no habia luna, las calles parecian bocas de lobo, y la en que estaba la posada

más aún, por ser estrecha y de elevada altura los edificios que la formaban.

Al dar la primera campanada de las ánimas, el hidalgo, embozado en su tabardo, y seguido de los cuatro criados, salía con el posadero, que entretuvo el camino hasta que oyó á lo lejos pasos.

Cuando se apercibió de que sus dos víctimas eran los que venían:

## X.

—¡Detenéos!—dijo al hidalgo de pronto.

—¿Qué ocurre?

—¿No oís pasos?

—Sí por cierto, pero ¿qué importa?

—Son dos famosos bandidos que os esperan. Yo los conozco bien, porque siempre que saben que tengo algun hnésped rico hacen lo que esta noche: le acechan para robarle, y si se resiste le asesinan.

El portugués retrocedió dos pasos.

## XI.

—Haced que vuestros criados vayan á su encuentro, los provoquen y los maten. Si tal sucede, cuando se sepa que habeis librado á Sevilla de esos dos malhechores, os recibirán en todas partes en triunfo.

Halagado por esta última idea, dió el portugués órdenes á sus servidores de que se adelantasen y arremetiesen con aquellos dos hombres que se acercaban,

y desenvainando á su vez la espada, en vez de avanzar, retrocedió con el posadero.

Los criados, obedientes y en mayor número que los dos embozados:

## XII.

—¡Alto ahí!—dijeron al acercarse á Diego y á Mendez.—¡Por aquí no se pasa!

Y al decir esto desenvainaron las espadas.

Sorprendidos los dos amigos, dieron un paso atrás, y pensando instantáneamente que aquellos hombres habian sido apostados para matarlos, porque veian con disgusto su próximo viaje:

## XIII.

—Son emisarios de nuestros enemigos,—dijo Mendez,— á ellos, y que perezcan á nuestras manos.

Los aceros se cruzaron, y al oír el ruido que produjeron, corrieron á refugiarse en la posada el valiente portugués y maese Rapiña.

Al empuje de Diego Mendez y Diego Colon, retrocedieron los criados.

Uno de ellos cayó exánime en tierra.

Otro huyó perseguido por Mendez, y Diego quedó luchando con dos.

Uno de ellos le alcanzó con una estocada, y cuando á las voces y al ruido de las espadas acudió gente, y poco despues la justicia, fué hallado en tierra.

## XIV.

El herido fué conducido á la posada, y la Santa Hermandad hizo investigaciones para saber la causa de aquella pendencia.

El portugués habló; pero para defender á sus criados, dijo que yendo tranquilamente á pasear, aquellos dos hombres habian acometido á sus servidores.

La primera disposicion de la autoridad fué llevar preso á Mendez.

Pero al buscarle, se vió que habia desaparecido.

## XV.

En efecto: en ménos tiempo del que se necesita para contarlo, observó á Diego, vió que su herida no era de gravedad, que el desmayo habia sido producido por la pérdida de la sangre; oyó la conversacion de la justicia, y comprendiendo que necesitaba estar en libertad, se escabulló entre los alguaciles y cuadrilleros, y corrió á casa de don Fernando de Alvarado á comunicarle lo que pasaba.

## XVI.

—Partid inmediatamente,—le dijo don Fernando.—Un escudero os acompañará á caballo. Embar-

cáos, y no tardeis en ir á desempeñar la noble mision que os proponeis llevar á cabo. Yo me encargaré de cuidar al herido.

Poco despues puso en práctica Diego Mendez este consejo; don Fernando de Toledo se dirigió á la posada, en donde aún estaba la justicia buscando á Mendez, y presentándose al alcalde:

### XVII.

—Yo respondo,—le dijo,—del hombre á quien buscáis; y en cuanto al herido, queda aquí bajo mi proteccion. Id inmediatamente á buscar un médico.

En cuanto se dió á conocer don Fernando, fueron acatadas sus órdenes; el Galeno no tardó en llegar, y declaró que la herida no era grave.

Despues de vendar á Diego, fué puesto en unas parihuelas y conducido cuidadosamente al palacio de don Fernando de Toledo.

Gracias á esto, pudo al dia siguiente, muy temprano, darse á la vela Diego Mendez, deseoso de llegar á tiempo en busca de los náufragos.

### XVIII.

¿Qué sucedió á Diego?

¿Qué resultado habia tenido el viaje de Isabel Montegudo á Portugal, para buscar á la jóven que habia sido arrebatada de los brazos de su madre?

No tardaremos en saberlo.

Volvamos ahora al gran hombre, á quien dejamos al borde de la muerte, y sigamos á sus amigos Mendez, Sagredo y Fiesco, que anhelaban la gloria de aparecer ante la posteridad como los salvadores del inmortal Colón.



## Capítulo LXXXV.

### Salvacion de los náufragos.

#### I.

En medio de las tribulaciones que surgian para el almirante, consideró como un señalado triunfo el que acababa de obtener de los rebeldes, sometiéndolos á su autoridad.

Con aquel acto habia aumentado su prestigio á los ojos de los naturales del pais; habia ofrecido á sus compañeros el convencimiento de que aun tenian fuerzas para luchar, y sobre todo, aquella batalla y aquella victoria habian dado tregua á las continuas y dolorosas cavilaciones de los náufragos, que llevaban ya un año suspendidos al borde del abismo.

#### II.

Pero el almirante, con su gran penetracion, no

tardó en comprender que no le convenia reunir de nuevo á los que se habian rebelado contra su autoridad y á los que la habian acatado.

Aquellos podian inficionar á estos: su reunion podia ser origen de muchas reyertas entre ellos, y desde luego, lo primero que pensó Colon fué separarlos.

### III.

Francisco Porras se mostraba muy humilde; pero era un hombre temible, á quien la derrota podia inspirar aquella conducta para aprovechar otra coyuntura y tomar la revancha.

El y su hermano fueron aprisionados, y la mayor parte de sus arrepentidos compañeros, aunque en libertad, fueron alejados de las carabelas.

### IV.

De acuerdo con el adelantado y su hijo Fernando, que eran los dos asesores más íntimos de Colon, dispuso el ilustre marino que los rebeldes, sometidos de nuevo á su autoridad, se estableciesen en una parte de la isla, no muy lejos de la costa, bajo la vigilancia y gobierno de Fuentes, hombre que á su lealtad unia una energía de carácter y una fuerza física capaz de imponer respeto á aquella turba que iba á estar á sus órdenes.

Obedeciendo á sus generosos sentimientos, en vez de condenarles á vivir de los elementos naturales del país que pudieran proporcionarles los indios, los envió parte de las provisiones que tenia á bordo, y les aseguró que muy en breve abandonarían toda aquella costa, porque no era posible que tardasen ya mucho los auxilios que por tantos conductos y con tanta insistencia y razon habia pedido al gobernador de Santo Domingo y á los reyes de España.

## VI.

Los hermanos Porras, que aunque prisioneros, estaban juntos, meditaron sobre su situacion.

—Hemos hecho muy mal,—dijo Francisco,—en entregarnos de esta manera.

—Más nos hubiera valido morir,—exclamó el otro.

—Para nosotros, la salvacion que con tanto afan esperan los demás, es la perdicion.

—Cierto: de aquí, si salimos con vida, nos llevarán á España para juzgarnos.

—Y allí los hipócritas, que no faltan, los aduladores, para exaltar más y más al almirante, nos condenarán á una muerte afrentosa.

—La ley así lo manda; nos hemos rebelado contra nuestro jefe.

—Hemos sido unos mentecatos.

—¿Y qué hacer ahora?

—Todo, ménos consentir la vergüenza y la muerte que nos aguarda en la Península.

## VII.

Los dos permanecieron silenciosos durante algun tiempo.

—Francisco, —dijo despues de un momento de abstraccion su hermano, —puesto que nos aguarda la deshonra, puesto que en esta situacion nada podemos hacer para salvarnos, porque aun cuando apelásemos á la fuga, moriríamos en la miseria ó asesinados por los indios, á quienes tanto daño hemos causado, ¿quieres que acabemos con nuestra vida?

—¿Qué proyectas?

—La verdad es que hemos sido unos ingratos. Sujetos en los brazos de la miseria, Dios sabe cuál hubiera sido nuestra suerte en España si el almirante no se hubiera apiadado de nosotros. Cuando se sepa lo que aquí ha ocurrido, nos tacharán de desagradecidos, de miserables, de traidores, y en todas partes nos despreciarán. Al ménos que se vea nuestro remordimiento en un acto desesperado: vamos á poner término á nuestros dias.

## VIII.

Francisco era más malo que su hermano, y por consiguiente más cobarde.

—¿Qué dices? ¿Morir? ¿Has perdido ya toda esperanza?

—Toda.

—Y si nos llevan de aquí á Santo Domingo, ¿dudas que aun podremos hallar favor entre los enemigos de Colon?

—Es que yo estoy verdaderamente arrepentido.

—Deja ese sentimentalismo para mejor ocasion. Más cristiano es sufrir que acabar con la vida.

—Pues bien: si tú no quieres, si no tienes valor para redimir tus pecados de ese modo, yo solo moriré.

—No; espera al ménos á que intentemos un último esfuerzo para ver si podemos obtener la libertad y el perdon.

—¡Inútil esperanza!

—¿Quién te lo ha dicho? ¿No podríamos muy bien encender de nuevo la tea de la discordia, impulsar á unos pocos á la rebelion, y sofocarla luego nosotros mismos para contraer méritos á los ojos del almirante, que es bueno y generoso, y de seguro nos perdonaria?

—Sólo dos dias espero. Si al cabo de ese tiempo nada hemos conseguido para aliviar nuestra situacion, moriré, hermano mio.

—Acepto tu palabra.

Trascurrieron dos días, y en ellos los recios temporales que azotaron la costa destruyeron las cosechas, dificultando cada vez más á los españoles reunir las provisiones.

## IX.

Este inesperado contratiempo aumentó su desesperacion.

Habian ya trascurrido cerca de tres meses desde la salida de Fiesco y Diego Mendez, y no teniendo noticia alguna de ellos, estaban seguros de que habian perecido.

Por otra parte, Escobar no volvía.

Un abatimiento profundo se apoderó de todos, y como siempre que llegaban á este extremo, surgió en ellos la idea de abandonar aquellas costas para ir á Santo Domingo, aun cuando fuera en endebles canoas.

Pero aunque el mismo almirante se resolvía á tomar aquella resolucion, los temporales que reinaban eran motivo suficiente para aplazar el viaje, porque apenas se lanzasen las canoas al agua, volarian como plumas á impulso de los vendavales.

## X.

Más de ocho días duraron las tormentas.

Al cabo de este tiempo se serenó el mar y se apaciguaron los vientos.

Una noche estaban ya resueltos los hermanos Porras á perecer.

En medio del silencio percibieron todos un ruido, que sorprendiéndolos primero, pareció animarlos despues.

Al mismo tiempo que oyeron el ruido, vieron á lo lejos un resplandor que desapareció.

No habia duda: aquello habia sido un disparo de lombarda, y no podian ser indios, sino españoles los que habian hecho aquella señal.

## XI.

—Algun buque se acerca para salvarnos,—exclamaron todos.

Los suicidas, ante aquella esperanza de vivir, renunciaron á su propósito.

Todos aguardaron con impaciencia á que amaneciese para ver si descubrian alguna carabela.

En efecto, al rayar el alba vieron en alta mar no uno, sino dos buques; pero tan distantes, que no era fácil descubrir á qué nacion pertenecian.

Los dos parecian navegar, evitando acercarse el uno al otro.

## XII.

Una inmensa alegría inundó el corazon de los náufragos.

Cayendo de rodillas, dieron gracias al Altísimo, y todos se agolparon en el camarote de Colon, en donde, doblando la rodilla, le pidieron perdon por sus culpas, y le ofrecieron sacrificarle todos su vida.

Pero el dia avanzaba, y las embarcaciones, en vez de acercarse á ellos, parecian alejarse.

## XIII.

Hacia un calor abrasador.

Todo indicaba una nueva tormenta.

La tempestad no tardó en estallar, envolviendo á los náufragos en una manga de agua.

El viento habia impelido las dos embarcaciones hácia la costa, y al calmarse la tempestad pudieron descubrir los náufragos á los tripulantes de los dos buques, que eran españoles, y que venian de paz, por la bandera blanca que ostentaban en la proa de sus embarcaciones.

## XIV.

Casi á un mismo tiempo llegaron á bordo de las carabelas convertidas en asilo de los náufragos, tres hombres, que al reconocerse no pudieron ménos de lanzar una exclamacion de alegría y de estrecharse cordialmente.

Eran Diego Mendez, que habia llegado en un bo-

te, y Sagredo y Fiesco, que habian dejado su buque para aproximarse á ver al almirante.

### XV.

La escena fué conmovedora.

Al mismo tiempo que se abrazaban en medio de la más profunda emocion de los náufragos, apareció el almirante apoyado en su hermano y en su hijo, y al reconocer á aquellos tres hombres que habian llegado hasta su destierro con las dos carabelas:

### XVI.

—Antes de estrecharlos contra nuestro corazon,—dijo á los que le acompañaban,—antes de expresar nuestra gratitud, demos gracias al Altísimo y acatemos los decretos de la Providencia. Ella ha puesto á prueba nuestra virtud, nuestra resignacion, y nos dá el premio.

Instantáneamente prorumpieron todos en un cántico al Altísimo, cuya sublime poesia comprenderán nuestros lectores, si consideran lo que habian sufrido aquellos hombres y la inmensa felicidad que la llegada de los buques ofrecia á su alma.

### XVII.

Un jóven, cuyo rostro, á pesar del traje europeo,

se descubria fácilmente que pertenecia á la raza india, postrándose de hinojos ante Colon, besó sus manos.

Era su antiguo intérprete, el indio de Guanahani, que aunque vivia en España, al saber los peligros que corria el almirante, abandonó sus goces para entrar á bordo del buque que mandaba Diego Mendez y correr á auxiliarle.

Vamos á ver cómo, habiendo salido Sagredo y Fiesco de Santo Domingo mucho antes que Diego Mendez de la bahía de Cádiz, habian llegado al mismo tiempo á salvar á Colon.

## Capítulo LXXXVI.

Donde hablando de Sagredo, puede el lector saber algo de Ojeda.

### I.

Las tempestades que combatieron la embarcacion de Sagredo, la arrojaron, como dijimos, á una costa desconocida para él.

Era la costa de Coquibacoa, en donde á la sazón habia una colonia española, gobernada por Alonso de Ojeda.

No esperaban Sagredo ni Fiesco tener un encuentro.

### II.

En el puerto vieron ancladas algunas carabelas, y antes de calar, recibieron la visita de unas lanchas,

en las que los emisarios de Ojeda acudieron á enterarse de quiénes eran los que iban á bordo de aquella embarcacion.

Alonso de Ojeda, protegido siempre por Fonseca, despues de su desgraciado viaje por la costa de Paria, en consideracion á sus pasados servicios obtuvo la donacion de seis leguas de terreno en la parte del Sur de la Española, y el gobierno de la provincia de Coquibacoa, que habia descubierto en su primer viaje.

### III.

Los reyes le habian autorizado para fletar á sus expensas cierto número de embarcaciones para continuar el descubrimiento de Costa-Firme, sin tocar ni traficar en las costas de Paria.

Le estaba, sin embargo, permitido negociar en toda clase de mercancías, con tal de pagar una quinta parte de su valor á la corona, y respetar la libertad individual de los indios.

Esta determinacion generosa habia sido inspirada á los reyes por la noticia que habian tenido de que los ingleses recorrian aquella parte del Océano, descosos de hacer conquistas como los españoles.

### IV.

Asocióse Ojeda con Juan de Vergara, mayordomo

de un rico canónigo de la catedral de Sevilla, y con García Ocampo.

Entre los tres armaron cuatro bajeles, y llegaron á un paraje de la costa, llamada Cumaná, al que dió Ojeda el nombre Valfermoso por su espléndida belleza.

Allí, tendiendo una emboscada á los naturales del país, se apoderaron de una gran parte de sus muebles y utensilios, para no carecer de las comodidades que ofrecian en la colonia que iban á fundar.

Secuestraron asimismo á muchos indios para pedir rescate por ellos, y gracias á esto reunieron una buena cantidad de oro.

## V.

Careciendo de viveres, envió Ojeda dos de sus cuatro carabelas á la costa de Jamaica para adquirirlos.

Un temporal destruyó una de las dos embarcaciones, y su casco fué el que los náufragos vieron llegar como una esperanza perdida á las playas más próximas á su refugio.

En la otra llegó Juan de Vergara á su destino; pero á muchas leguas de distancia de donde estaban los españoles.

## VI.

Ojeda llegó á Coquibacoa, y le pareció el país tan estéril y tan miserable, que continuó costeándole hasta la bahía de Santa Cruz.

En ella encontró á un español, que otro de los viajeros de aquel tiempo, Rodrigo de Bastides, de quien ya hemos hecho mencion, habia dejado en aquel país hacia tres meses, tiempo en el cual habia aprendido el idioma de los indios; conocia á fondo sus costumbres y sus recursos, y al comunicar sus conocimientos á Ojeda, le incitó á establecerse allí.

## VII.

Desde el primer momento los naturales trataron de oponerse á la dominacion de los españoles, y sin el arrojo de Ojeda, que en varias ocasiones salió á su encuentro y los dispersó, lo hubieran pasado mal los colonos.

Con su energia infundió terror á los indigenas, y estos, viendo que no podian luchar con él, pidieron su amistad, comprometiéndose á pagarle un tributo.

En prenda de paz, le entregaron una gran cantidad de oro.

## VIII.

Este precioso metal fué, como siempre, la tea de la discordia que separó á aquellos amigos unidos hasta entonces por los lazos del interés.

Los dos sócios de Ojeda estaban indignados contra él, porque habiendo decidido guardar todo el oro que recogiesen en una gran arca de hierro, conserva-

ba la llave, y queria someter á la más estricta disciplina á sus mismos iguales.

El deseo de librarse de aquella tutela les incitó á conspirar contra su jefe, y ya habian resuelto rebelarse contra él, apoderarse de su persona, cargarle de cadenas, y conducirle á España prisionero, para que respondiese allí de los cargos que fulminaban sus enemigos, de haber abusado de sus atribuciones, cuando la tempestad arrojó á aquel campo de discordia la carabela de Sagredo y de Fiesco.

La llegada de este buque paralizó la marcha de la conjuración.

## IX.

Sagredo tenia noticia de lo indignamente que se habia portado Ojeda con el almirante, y sabia á punto fijo que estaba más al lado de los adversarios, que de los amigos de Colon.

Se presentó á él como un enviado misterioso del obispo Fonseca para informarse de la situacion en que estaba Colon.

Ojeda, en vista de esto, le recibió con la mayor cordialidad, y dispuso que sus calafates repararan las averías que habia sufrido el buque.

Era la peor estacion para cruzar las aguas del Océano, y como el buque de Sagredo llevaba víveres abundantes, y participaron de ellos los colonos, se pasaron alegremente quince ó veinte dias, durante los

cuales era de todo punto imposible darse á la vela sin correr grave riesgo.

Este contratiempo tenia angustiados á Sagredo y á Fiesco.

## X.

La conspiracion urdida contra Ojeda estalló.

Sorprendido por los insurrectos, fué amarrado codo con codo, y le llevaron á bordo de una de las carabelas.

Sus dos consócios acordaron entonces abandonar la colonia y regresar á España.

Como no contaban más que con tres embarcaciones, obligaron á Sagredo y á Fiesco á que formasen parte de aquella expedicion, toda vez que, segun habian asegurado, su rumbo era tambien hácia la Península.

## XI.

Negáronse á formar parte de la escuadra; pero les obligaron á ello, y no tuvieron más remedio que seguirlos, por más que proyectaran aprovechar la primera ocasion de abandonarlos.

Dejaron la colonia á principios de Setiembre, llegaron á la parte occidental de la isla Española, y allí se detuvieron en una bahía para abastecerse de agua.

## XII.

Ojeda, que era gran nadador, confiando en sus fuerzas y agilidad, á pesar de que tenia grilletes en los piés, aprovechando la oscuridad de la noche, se arrojó al agua con el objeto de llegar á la orilla y refugiarse en ella.

Pero el peso de las cadenas tenia más fuerza que el del impulso que lograba dar á su cuerpo con las manos, y estando á punto de sumergirse pidió auxilio.

Medio ahogado le subieron de nuevo á bordo, y al día siguiente lo entregaron al comandante de aquella parte de la isla.

## XIII.

Sus dos sócios partieron con rumbo para España, animados por el deseo de denunciarle allí y de utilizar en beneficio propio todas sus riquezas.

Aprovechando Sagredo la circunstancia de estar á bordo de otro de los buques su piloto, procuró irse alejando poco á poco de las carabelas, y á favor de la oscuridad de la noche, con el auxilio de Fiesco, los perdió por completo de vista.

## XIV.

Pero aunque ya estaban en libertad, era difícil

que llegasen al punto en donde se hallaba Colon.

Entregados á la aventura, permanecieron más de veinte dias sin encontrar el derrotero que debia conducirlos adonde su presencia era tan necesaria.

Este fué el motivo por el cual, habiendo salido mucho antes la carabela de Sagredo, llegó al mismo tiempo que la de Mendez á la costa de la Jamaica.

## Capítulo LXXXVII.

Un momento de tregua.

### I.

Después de la natural expansión de alegría entre los que se veían próximos á abandonar aquel sepulcro, y los que habían ido á buscarlos, comprendiendo Colon que era necesario organizarlo todo para partir cuanto antes, al mismo tiempo que envió á buscar á los rebeldes que vagaban por la isla bajo la influencia de Fuentes, convocó en su camarote á sus amigos, para acordar con ellos lo que debían hacer.

Halláronse, pues, juntos Bartolomé y Fernando, Sagredo y Fiesco, Diego Mendez y alguno que otro más de los que habían sido leales al almirante.

### II.

—Dios ha escuchado mi plegaria,—dijo Colon.—

Se ha apiadado de nuestras desventuras, y ha enviado á tiempo todavía la salvacion que deseábamos. ¡Bendita sea su inmensa bondad! ¡Bien hayan los padecimientos que hemos sufrido! ¡Ellos nos habrán purificado de nuestras culpas, y nos hacen más grata, más dulce, más fecunda la ventura que hemos alcanzado!

A esta expresion de los cristianos sentimientos del almirante, siguió un animado diálogo, en el que respondieron los amigos de Colon que acababan de llegar á las preguntas que este, su hermano y su hijo les dirigieron.

### III.

Diego Mendez se guardó muy bien de acibarar la alegría de Colon con la reseña de las desgracias que habian acaecido á su familia.

A las preguntas que le hizo el almirante, contestó con evasivas, y sólo le dijo los motivos que habian obligado á Diego á permanecer en Sevilla, y la proteccion que debia á don Fernando de Toledo, sin la cual no hubiera podido fletar el buque que tan á tiempo habia llegado.

### IV.

Sagredo y Fiesco refirieron asimismo al almirante las peripecias de su viaje, y llegaron por fin á discutir los acuerdos que debian tomar.

—Yo quiero ir á Santo Domingo antes de regresar á España,—dijo Colon.

—Hacéis muy mal,—exclamó Bartolomé.—Yo, en tu lugar, saldria directamente para España, hablaria á los reyes de nuestro último descubrimiento, les demostraria con las riquezas que podemos presentarles cuán justa, cuán merecida, es la proteccion que en todo tiempo les has pedido, y no dudes que, halagados por el triunfo y con las pruebas de la infamia de tus enemigos, lograrás más que yendo á esa colonia, en donde los beneficios que has sembrado se han vuelto para tí desengaños terribles.

De esta opinion participaron los circunstantes.

Pero Colon:

## V.

—Si yo escuchara sólo á la voz de mi conveniencia,—añadió,—seguiria vuestro consejo; pero yo me debo á mis hijos y á mi gloria. En Santo Domingo está la mayor parte de mis bienes, injustamente secuestrados por el gobernador actual, que es uno de mis mayores enemigos. Yo necesito ser repuesto en el cargo que me han usurpado, recibir una satisfaccion allí donde se me ha inferido una ofensa, y quiero ir á España á pedir ese acto de justicia de los reyes.

—Yo os acompañaré,—dijo Mendez.

—No debeis, porque Ovando os quiere mal.

—¿Y qué me importa? Amparado por vos no le temo, y mi presencia al lado vuestro puede ser útil

para destruir los malévolos planes que concibe ese infame.

—Si tal es vuestro empeño, mi noble y leal servidor, yo acepto vuestro sacrificio. Mañana mismo, en cuanto amanezca, se procederá al embarque de los viveres y de la gente, y nos despediremos de estas costas hospitalarias, en donde tanto hemos debido á sus bondadosos moradores.

Como todos estaban impacientes por saber la resolución del almirante, mandó este á su hijo Fernando que los reuniese y se la comunicase.

## VI.

La alegría de los que debían ir á España no tuvo límites.

Muchos de los rebeldes se entristecieron, porque en vez de volver á la madre patria, tenían que ir á Santo Domingo.

Sólo los dos hermanos Porras celebraron que los llevasen á la colonia, porque estaban seguros de que en ella hallarían la protección de Ovando.

## VII.

No tardaron los indios en saber que iban á alejarse para siempre de su lado aquellos hombres, á quienes se habían acostumbrado á ver continuamente, y á quienes estimaban, á pesar de los muchos daños que les habían causado.

A la mañana siguiente amaneció la playa llena de indígenas, que corrian presurosos á ver las nuevas embarcaciones y á dar el último adios á los pobres náufragos.

### VIII.

El almirante, á pesar de sus achaques, apoyado en los brazos de su hijo y de Diego Mendez, llegó hasta la playa, y allí, por medio de Diego el intérprete, manifestó á los indios la gratitud que llevaba en su corazón.

Sus sentidas palabras conmovieron á aquellos infelices, que no habian olvidado su influencia en el cielo, que le consideraban como un semidios despues del suceso del eclipse.

Hizo nuevos regalos á la mayor parte de ellos, aceptó sus últimas ofrendas, y todos, deseando ayudar á los españoles, se encargaron de conducir á sus canoas hasta los buques las provisiones y los objetos que los náufragos desearon trasportar desde sus muertas carabelas hasta las que debian sacarlos de aquel sepulcro, en que habian vivido tanto tiempo.

### IX.

Las primeras horas de la mañana fueron empleadas en estas faenas, y cuando los buques estuvieron cargados y dispuestos á darse á la vela, se despidió Colon, con lágrimas en los ojos, de Sagredo, de Fies-

co y de los demás españoles que debían acompañarle, y fué en un bote hasta el buque de Diego Mendez, para tomar inmediatamente el rumbo de Santo Domingo.

Las carabelas llegaron á la parte oriental de la Jamaica, y la de Diego Mendez, virando hácia el norte, tomó el derrotero de la isla Española.

## X.

Colon sabia por Diego Mendez que Miguel Diaz era adicto á su persona, y procuró desembarcar cerca de Hayna, para que Ovando tuviera tiempo de saber su llegada y de variar de plan, al ver que sus intrigas habian sido infructuosas.

Aunque sabia que era su más encarnizado enemigo, se proponia olvidar sus infamias, y confundirle con sus bondades.

## XI.

No era en Santo Domingo donde Colon debia hallar el consuelo que necesitaban sus padecimientos.

Despues de un año de continuo martirio, al ver realizarse sus esperanzas, debia luchar de nuevo contra la injusticia y contra la perversidad de sus enemigos.

## Capítulo LXXXVIII.

Donde se vé cómo Ovando varia de forma sin variar de fondo.

### I.

Vientos contrarios retardaron el viaje de Colon.

Después de ocho dias de luchar con los elementos, arribó el 3 de Agosto, no á la costa de Hayna, como se habia propuesto, sino á la pequeña isla llamada de la Beata, próxima á la Española.

Son tan fuertes las corrientes entre esta isla y Santo Domingo, que los buques estuvieron detenidos meses enteros aguardando vientos huracanados para proseguir su viaje.

### II.

No ignoraba el almirante que podia verse condenado á esperar mucho tiempo un viento favorable, y de

acuerdo con su hermano, su hijo y Diego Mendez, envió á Diego el intérprete con una carta para Ovando, en la que le anunciaba su llegada, la proteccion que le habian dispensado los reyes, y añadía, para tranquilizarle, que estaba agradecido á los esfuerzos que habia hecho, segun le habia indicado Escobar, para llevarle buques, y deseaba llegar cuanto antes á Santo Domingo para manifestarle su gratitud.

Al mismo tiempo que la carta, dió Colon á su intérprete algunas instrucciones acerca de lo que deberia responder á las preguntas que le dirigiesen, y conduciéndole en un bote hasta la orilla, aguardaron los viajeros una brisa favorable para llegar á Santo Domingo.

Habian encargado á Diego que en todas partes anunciase la llegada de Colon, y refiriese detalladamente los padecimientos que él y sus compañeros habian sufrido.

### III.

A medida que se tenian noticias de su llegada, de sus sufrimientos, iba operándose en los ánimos de todos una reaccion en favor del almirante.

En Santo Domingo sucedió lo que en todas partes.

Cuando era jefe de la colonia, cuando contenia á aquellos foragidos y se mostraba benévolo con los indios para que no viesen en él ni en los suyos una calamidad; cuando disfrutaba de los favores de la fortuna, nada tenia de extraño que hubiese hallado quien

pusiese cadenas á sus piés, ni mucho ménos quien las remachase.

Pero la idea de los padecimientos que habia tenido que soportar, aquel año entero y verdadero que habia vivido en brazos de la muerte, iba operando una reaccion tan favorable, que Ovando, al saber la inesperada noticia de la llegada de Colon, decidió cambiar de táctica y mostrarse humilde y respetuoso ante el gran hombre, para no ponerse en pugna con sus subordinados.

#### IV.

¡Cuán ajeno estaba Ovando de que el almirante se acercaba á la Española.

Sin dirigir ninguna pregunta á Diego, temeroso de que adivinase su emocion, le despidió, encargándole que volviese al dia siguiente á recibir sus órdenes.

Los descontentos del gobierno de Ovando vieron en aquella ocasion un pretexto para hacer ostensible su opinion, y proyectaron formar una columna de honor, é ir por tierra hasta el paraje donde estaba la carabela del almirante, para rogarle que desembarcase allí y llevarle en triunfo hasta Santo Domingo.

Esta idea fué apadrinada por un jóven, en cuya alma hallaba eco todo lo grande, todo lo generoso.

#### V.

Hasta entonces, aunque eficazmente recomenda-

do á Ovando, no habia tenido ocasion de tratarle con intimidad, y no comprendiendo que aquel acto que queria llevar á cabo podria disgustar á su protector, capitaneando á los colonos, fué á pedir su vénia al gobernador para recibir en triunfo al almirante.

El jóven que deseaba honrar al inmortal Colon, que le comprendia y le admiraba, y que, sobrepeniéndose á las pasiones de los hombres que le protegian, se hallaba bajo la influencia del marino, que sin más elementos que su voluntad, habia arrancado al Océano su más impenetrable secreto, era el viajero á quien habia acompañado hasta la Española Sagredo, el que hemos oido nombrar Hernan Cortés en los capítulos anteriores.

No convenia á Ovando contrarestar aquel movimiento, y como era hábil, en vez de oponerse á él, salió al encuentro de los entusiastas.

## VII.

—Es muy noble el deseo que os anima,—le dijo;—vuestra alegría no es superior á la que yo he experimentado; y en efecto, todos debemos demostrar al ilustre marino la admiracion que nos merece su génio, y la simpatia que nos inspiran sus padecimientos.

Pero como pareceria, si vos fuéseis á su encuentro de una manera officiosa, que yo no apadrinaba vuestros deseos, que era hostil al hombre á quien en otras ocasiones no he tratado con todos los merecimientos debidos, por efecto de las circunstancias, pero á quien

siempre en el fondo de mi alma he profesado veneración y aprecio, deseo asociarme á vos, y al efecto os suplico que admitais en vuestra compañía, para ir á recibir á Colon, á una persona que yo designe y que me represente.

## VIII.

Hernan Cortés, que capitaneaba á los entusiastas, aceptó la proposición de Ovando, y aquel mismo día salieron más de cincuenta hombres por tierra hasta la costa donde aguardaba el almirante los vientos favorables, para recibirlo y llevarlo en triunfo á la ciudad.

Cuando llegaron, su nave, impulsada por un viento benéfico, atravesó las corrientes y venció las dificultades, y costeando la isla, llegó hasta el puerto de Santa María.

Parecía haber adivinado los deseos de Ovando.

## IX.

Apenas le anunciaron que se divisaba un buque, envió al intérprete para que dijera si era el del almirante.

A su contestación afirmativa mandó reunir en su palacio á los oficiales y altos dignatarios, é hizo al mismo tiempo que desde el fuerte disparasen cañonazos, y que repicase la campana de la iglesia de la ciudad.

Esta transformación que se había operado en Ovan-

do, agradó en extremo á los colonos, y asociándose todos á él, fueron al puerto á recibir al venerable anciano, que con el doble prestigio del genio y del sufrimiento, llegaba á aquella playa en busca de hospitalidad y de justicia.

No esperaba Colon aquel recibimiento.

Bartolomé y Diego Mendez:

## X.

—Tened cuidado,—le dijeron,—que esto bien puede ser un lazo.

Desembarcaron, y Colon fué el primero que tendió la mano al gobernador de la isla de Santo Domingo.

—Perdon y olvido,—dijo.

El gobernador le pidió permiso para estrecharle entre sus brazos; se excusó con él de la mejor manera posible, y le suplicó que fuese á honrar su palacio, brindando asimismo á las personas de su comitiva hospedaje en su casa.

Aquel día fué para la colonia de verdadero júbilo.

## XI.

Por la noche llegaron los que habian ido á recibirle, y añadieron su entusiasmo espontáneo al que oficialmente le habia preparado Ovando con su reconocida habilidad.

El gobernador dispuso una espléndida cena para

obsequiar á los viajeros, y convidó á ella á muchos de los principales colonos.

## XII.

A pesar de la desconfianza que abrigaba el gran hombre, no pudo ménos de conmoverse, no ante aquellas muestras de falso entusiasmo, sino ante los desig- nios de la Providencia, que veía y admiraba en to- do lo que pasaba en torno suyo.

Por la primera vez en la vida se encontraron en- tonces, bajo un mismo techado, el anciano que bajaba al sepulcro con la aureola de la gloria y la palma del martirio, y el jóven, oscuro todavía, que algunos años despues habia de conquistar un gran imperio, y hacer su nombre eterno y no ménos glorioso.

## XIII.

El sol que se eclipsaba y el sol que nacia refleja- ron mutuamente su luz el uno sobre el otro.

Colón y Hernán Cortés brindaron: el segundo por el glorioso anciano que despertaba en él la ambición de gloria en aquellos momentos; el primero, por el jóven audaz y respetuoso, que en sus palabras y en sus miradas revelaba el valor que debía hacer imperece- dero su nombre en el libro inmortal de la historia.

¡Arcanos de la Providencia!



## Capítulo LXXXIX.

### El árbol caído.

#### I.

Aquella misma noche quiso Colon celebrar una entrevista con Ovando, y despues de levantarse de la mesa, le acompañó á su habitacion, y allí le rogó que le escuchase.

Despues de referirle todo lo que le habia pasado en su expedicion, y particularmente desde que se habia visto obligado á permanecer en la costa de la Jamaica por no poder servirse de los buques, le dió cuenta, como á la autoridad más inmediata, de los desmanes que contra él habian cometido los dos hermanos Porras, y le anunció, que aunque habia perdonado á sus secuaces, habian sido, sin embargo, tan grandes los excesos que habian cometido los instigadores de la rebellion, que los tenia aprisionados á bordo; queria entregárselos para que los juzgase, si tenia jurisdiccion

sobre ellos, ó que los enviase á España, para que tribunales superiores decretasen el castigo que habian de recibir.

## II.

Por esta declaracion supo Ovando que la mayor parte de los que habia llevado á bordo Colon pertenecian á los rebeldes, y vió en ellos un gran elemento para intentar alguna nueva intriga contra su huésped.

Pidió nuevos detalles á Colon acerca de los medios que habia empleado Mendez para salvarle; le aseguró que la conducta de este y de Fiesco, cuando habian llegado á Santo Domingo en calidad de emisarios suyos, le habia hecho creer que no eran más que intrigantes, que lo que deseaban era apoderarse de algun buque de los que tenian á su disposicion para emprender nuevos descubrimientos, y aunque procuró estar expansivo y cariñoso con Colon, y el almirante con él, sin embargo, cualquier observador hubiera notado que aquellos dos hombres se hablaban así por pura cortesía, y que mediaba entre los dos un gran abismo.

## III.

Colon era bastante generoso para perdonar con toda su alma á aquel miserable; pero no sucedia lo mismo á Ovando.

Este veia desbaratados todos sus planes.

Tenia que renunciar á sus soñadas ambiciones: no habia logrado realizar los designios de los enemigos de Colon, y todo esto, unido al ódio que le profesaban los colonos, le auguraba una próxima y ruidosa caida.

Pretextando gran solicitud en servir al almirante, le pidió una órden para enviar un oficial á la carabela que estaba anclada en el puerto, para recoger á los prisioneros.

Dióselo en el acto el almirante, y dejándole con su hermano, su hijo y Diego Mendez, fué él mismo al buque en busca de los revoltosos.

#### IV.

Su ánimo era indagar lo que habia ocurrido á la llegada de Mendez á la costa de la Jamaica.

Francisco Porras, que reconoció al gobernador, le dijo todo lo que habia pasado, y le aseguró que si él y su hermano habian arrastrado á los demás compañeros á una rebelion, no habian tenido más objeto que el de deshacerse para siempre del almirante, y haberse presentado en Santo Domingo á ofrecerle, como una muestra de gratitud, todo el oro que habian adquirido en la última expedicion.

Por ellos supo Ovando, con verdadera indignacion, la traicion de Sagredo, y vió perdidas sus esperanzas por completo al saber que los españoles adictos á Colon avanzaban á la Península, y llegarían con las nuevas del descubrimiento y de las últimas medidas tomadas por el almirante antes de que pudiese ponerse

de acuerdo con el Consejo de Indias para contrarrestar los planes de Colon.

## V.

De todos modos, convenia al papel que desempeñaba mostrarse á los ojos de todo el mundo como severo juez, y ofreciendo toda su proteccion á los prisioneros, les trasladó á un calabozo de la ciudad, anunciando que al dia siguiente los visitaria, para ver si podian ser castigados, ó tendria que formarles proceso y remitirlos á la deliberacion de los tribunales de la costa.

## VI.

Nombró él mismo los jueces, intervino en el fallo, y dos dias despues, aun cuando se mostraba sumamente afectuoso con Colon, resolvió el tribunal que no podia juzgar á los hermanos Francisco y Diego Porras en la colonia de Santo Domingo; que deberian ser enviados á España, y que, por lo tanto, mientras llegaba la ocasion para ellos de embarcarse, podian vivir en libertad.

Cumplióse el veredicto, y él mismo fué á notificar á Colon el acuerdo de los jueces.

## VII.

A partir de aquel momento, las relaciones entre

Ovando y Colon fueron en la apariencia, sólo en la apariencia, afectuosas y cordiales.

Pero á ninguno de los dos se ocultaba que era el otro su mortal enemigo.

Ovando colmó de beneficios, para indemnizarles de los trabajos que habian pasado, á los rebeldes que habia llevado Colon á bordo del buque.

### VIII.

Ofendido el almirante, se quejó cortésmente al gobernador, y quiso oponerse á muchas de las medidas que este tomaba.

Pero Ovando, con simulado respeto, con irónica amabilidad, decia á Colon:

—No es justo que estando vos aquí sea yo quien mande. Pero, sin embargo, soy el gobernador de la isla, y por más que lo sienta, no puedo reconocer oficialmente en vos más que un antecesor á quien los reyes han relevado de un cargo, por más que privadamente reconozca y acate vuestros justos y altos merecimientos y la aureola de gloria que ciñe vuestra frente.

—Cumplid con vuestro deber,—dijo Colon;—yo sé lo que me toca hacer. Por de pronto, permitidme que reclame el mando absoluto y la jurisdiccion civil y criminal que me han dado los soberanos sobre todas las personas que salieron conmigo de España, hasta mi regreso con ellas. Ved las instrucciones que reci-

bo de los reyes, y os convencereis de que es justa mi reclamacion.

—No lo pongo en duda,—contestó Ovando.—Pero las instrucciones de los monarcas no os dan autoridad dentro de los limites de un gobierno. Además, vos me habeis entregado los prisioneros, y no creo que al obrar de ese modo habreis buscado en mí un ejecutor de la justicia, un verdugo. Quiero, sin embargo,—añadió el gobernador,—demostraros cuánto os estimo, y en breve saldrán de la isla con direccion á España los dos jefes de la rebelion, para que allí los juzguen.

## IX.

Esta era una satisfaccion á medias.

Colon comprendió que no podria sacar más partido de su angustiosa situacion, y puso tregua á aquellas diferencias que surgian entre Ovando y él, para aguardar en la isla la realizacion de su única esperanza.

Esta esperanza era la de que los reyes, en vista de la crecida cantidad de oro que les habia enviado por conducto de Sagredo, le restableciesen en el mando de la isla de Santo Domingo, lo que no dudaba que sucederia, porque á la justicia se uniria la influencia de su hijo Diego, el cariño que le profesaba la reina, y la proteccion que de seguro le dispensaria don Fernando de Toledo y su hermano el duque de Alva, favorito del rey.

## X.

¡Cuán amargas impresiones recibió el almirante al visitar aquel país fértil y dichoso en otro tiempo, y entonces devastado y oprimido.

Todas las ilusiones que había conservado se habían desvanecido por completo.

La mayor parte de las poblaciones de aquellas cinco poderosas tribus habían abandonado el país para refugiarse en las islas más próximas, adonde todavía no habían llegado los españoles.

Otros habían pedido hospitalidad á los caribes.

Los pocos que quedaban vivían como esclavos.

Sus chozas estaban destruidas.

## XI.

Aunque Colon se había propuesto no intervenir para nada en los negocios de la colonia, no podía menos de aventurar algunas observaciones.

Todas eran rechazadas por el gobernador, y viendo lo inútil de sus esfuerzos, resolvió aguardar la hora de la justicia para borrar el mal y trocarlo en el bien que siempre había deseado.

Aun cuando renunciase á defender los intereses de los colonos y de los indígenas, tenía derecho de abogar por los suyos y pedir cuentas al gobernador, que,

como ya hemos dicho, se habia apropiado sus bienes en nombre del gobierno.

Tambien fueron estériles sus tentativas.

## XII.

Sus cuentas estaban embrolladas, y á no haber sido por la prevision de Sagredo, hubiera perdido todo lo que habia conquistado tan penosamente.

No le convenia, sin embargo, descubrir el secreto que le habia revelado su antiguo y fiel mayordomo, y esperó con paciencia á que llegase su rehabilitacion para hacerse justicia á sí propio.

## XIII.

Pero en vez de las noticias que aguardaba de España, sólo recibió una carta de su hijo Diego, en la que le decia:

«La reina está enferma. Los médicos han dispuesto que no se ocupe de los negocios. El rey está dominado por vuestros enemigos.

»Venid, venid cuanto antes; sólo vos podreis conseguir la reparacion que anhelais.»

## XIV.

Esta carta, y la situacion difícil y enojosa del almirante respecto al gobernador de la isla, le decidieron á partir para España.

Inmediatamente dispuso que se equipase y que se proveyera á sus expensas el buque en que habian llegado hasta la costa de la Jamaica, y dió el mandó de él á su hermano Bartolomé.

En el mismo buque en que partió Colon, iba con pliegos de Ovando para el obispo Fonseca un jóven que debia regresar en la misma carabela despues de dejar en España al almirante y á las personas que le acompañaban.

## XV.

El jóven habia aceptado aquella mision, porque un secreto afecto le impulsaba á seguir al gran marino, á admirarle de cerca, á respirar en aquella esfera de gloria que circundaba su majestuosa figura.

Mis lectores han debido reconocerle: era Hernan Cortés.

A poco de salir del puerto, una violenta ráfaga de aire desarboló su nave.

Pasó con los suyos á la carabela que mandaba el adelantado, y encargó á Hernan Cortés, cuya mision secreta ignoraba, que volviese á Santo Domingo con la nave inservible.

## XVI.

—Concededme una gracia, —dijo á Colon el jóven:—la de acompañaros, la de regresar con vos á San-

to Domingo cuando volvais con todos los honores que mereceis.

—¡Dios sabe si eso sucederá!

—Mi corazon me dice que sí.

—Pues bien, venid conmigo.

Desde aquel instante se estableció una secreta simpatía entre el anciano y el mozo.

## XVII.

Despues de enviar la carabela desarbolada, tomó el derrotero de España.

Durante la travesía le affligió la gota más que nunca.

Aquel viaje fué uno de los más desastrosos.

Una tormenta rompió el palo mayor por cuatro partes.

Aunque repararon la avería los marineros, pocos dias despues otra tempestad les hizo perder el mástil de proa.

Esto, unido á su enfermedad, le puso de nuevo al borde de la muerte.

## XVIII.

Al fin, el dia 7 de Noviembre ancló su pobre y triste nave en el puerto de Sanlúcar.

De allí se trasladó Colon á Sevilla, y el mismo dia en que llegó cayó enfermo de tal manera, que inspiró

los más serios cuidados á los que estaban á su lado.

En cuanto al jóven que le acompañaba, apenas llegó á España, conociendo Soria que el almirante le habria dominado con el prestigio de la edad, del saber, de la gloria, procuró alejarle de su lado.

Una noticia que comunicó á Hernan Cortés, de la mayor gravedad, le incitó á partir inmediatamente para Extremadura.

Algun dia, cuando bosquejemos la gran figura del inmortal conquistador de Méjico, sabremos lo que hicieron para apartarle de Colon.

Volvamos ahora á acompañar al almirante.

---

## Capítulo XE.

### Reacción.

#### I.

Se había hablado tanto en España de las desgracias de Colon, que al llegar á Sevilla despertó esa curiosidad, ese interés, ese entusiasmo que inspiran siempre los grandes hombres, cuando despues de haber sido los ídolos del pueblo, caen en la desgracia, y en medio de sus amarguras vuelven los ojos á los que levantaron el pedestal de su fortuna.

#### II.

En todas partes se hablaba del regreso de Cristóbal Colon, cuyos sufrimientos en la costa de la Jamaica habian divulgado los que en la embarcacion de Sagredo habian llegado antes que él.

Como hoy sucede en las aldeas y en las ciudades

cuando regresan los soldados de una guerra, que en todas partes los buscan y los agasajan para escuchar de sus propios lábios la narracion de las hazañas en que han tomado parte, sucedia entonces con los pocos náufcagos, que ébrios de alegría por haber vuelto á la vida, no se contentaban con referir los hechos tal como habian pasado, sino que los ponderaban, exaltando más y más la grandeza de espíritu del inmortal descubridor del Nuevo Mundo.

### III.

A la admiracion se unia la piedad: así es que apenas se supo la llegada de la nave en que regresaba á la patria el gran hombre, acudieron de todas partes á recibirle, y desde Cádiz á Sevilla le acompañaron multitud de personas, que deseaban manifestarle de aquel modo la admiracion que sentian hácia él, la gratitud que sus conquistas para España les inspiraba.

### IV.

Hallábase en la hermosa capital de Andalucía don Fernando de Toledo, y como era natural, quiso que se hospedase en su casa el ilustre marino.

Al desembarcar en la orilla del Bétis parecia Colon un cadáver.

Su rostro estaba demacrado.

Sus miembros, enervados, apenas podian moverse,

y sin embargo, cuando le indicó Mendez que aquel ilustre personaje que salía á su encuentro era el que le habia facilitado los medios para ir á salvarle, toda la vida de Colon brilló en sus ojos para manifestarle su gratitud.

## V.

Hallábase en su palacio, y le ofreció todos los honores que merecia.

Aquel dia y los siguientes sólo se habló en Sevilla del almirante, y cuando Mendez salia le llamaban en todas partes, le dirigian infinitas preguntas y le dispensaban los mayores obsequios, como habian hecho con Sagredo, porque los dos habian librado de la muerte á los pobres náufragos.

Esta reaccion inmensa en favor del gran hombre y de sus amigos; este delirio del pueblo para honrar al héroe, contrastaba con la sorda indignacion de los agentes de Fonseca, que contemplaban llenos de ira aquel animado cuadro.

## VI.

La calle en donde estaba el palacio de don Fernando de Toledo era una romeria.

El vulgo, ya que no podia contemplar al héroe, se contentaba con decirse:

—¡Alli está!

Y los más atrevidos se acercaban á las escaleras

y preguntaban á los guardadores de tan ilustre personaje por el estado de su salud.

## VII.

La noticia de la llegada de Colon circuló por toda España, y fray Diego de Deza, que era á la sazón uno de los prelados más notables de la Península; fray Pedro Antunez, el antiguo amigo y protector de Colon, y muchos de los más altos personajes de la corte, que en todo tiempo le habian favorecido con su amistad, fueron á Sevilla á saludarle y á ofrecerle de nuevo su apoyo para vencer cuantas dificultades se opusieran á la realizacion de sus designios.

## VIII.

Todas estas muestras de aprecio, todas estas ovaciones, unidas al descanso y á los cuidados de don Fernando de Toledo, reanimaron el abatido espíritu de Colon, y á los diez dias de su llegada pudo levantarse del lecho.

En medio de sus tribulaciones notó un vacío inmenso en su corazon.

## IX.

¿Cómo, sabiendo su llegada, por que se habia sa-

bido en todos los ámbitos de España, no habia acudido á estrecharle entre sus brazos su hijo Diego?

¿Cómo Villejo é Isabel, á quienes suponía felices esposos; cómo Inés, que habia sido madre cariñosa de sus hijos, no habian volado á consolar al pobre anciano, tanto más, cuanto que suponía que habrian sabido sus horribles padecimientos?

El primer día que se levantó y pudo hablar, llamó á Mendez.

## X.

—¿Cómo no ha venido mi hijo Diego?—le preguntó.

—Señor, el deber le detiene al lado de la reina, que está enferma. Ved una carta que me ha dirigido para vos, y por ella sabreis que hay en esta casa quien puede reemplazarle con ventaja á vuestro lado, mientras que él cumple su deber.

—¿Y Inés? ¿Y Villejo? ¿Y su esposa? ¿Cómo no han venido?

—Vuestro hijo don Fernando os explicará la causa.

—Sí, padre mio, sí,—dijo el jóven, que habia oído la triste revelacion de las desgracias de que habian sido víctimas aquellas infelices mujeres.

—Habla, ¿sufren? ¿Han muerto?—añadió Colon, queriendo adivinar lo que pasaba en la mirada de su hijo.

—Permitidme, padre mio, que retarde algunas

horas no más la contestacion á las preguntas que me dirigís, porque es posible que entonces pueda comunicaros faustas nuevas.

## XI.

En efecto, Fernando habia sabido que de un momento á otro era esperada en Sevilla Isabel Montegudo, y la persona que habia traído aquella noticia habia indicado que la habia visto en compañía de una jóven, á quien trataba como si fuera su hija.

Todo esto hizo creer á Fernando que la desventurada esposa de Alonso Velez de Guzman habia hallado á Isabel, y habia podido sacarla del convento en donde sus enemigos la habian encerrado.

## XII.

En esta conversacion estaban el almirante y su hijo, cuando se presentó en la estancia del enfermo una jóven, á la que saludó Mendez con las mayores muestras de consideracion.

—Es,—dijo, presentándola á Colon,—la hija del muy ilustre don Fernando de Toledo, en cuya casa estamos hospedados.

—Dios os bendiga, hija mía,—exclamó el anciano.

—Tengo que hablaros en nombre de vuestro hijo,—exclamó María con voz entrecortada por la emocion.

Y mirando á Diego Mendez:

—Dejadnos un instante á solas,—añadió.

### XIII.

Fernando y Diego Mendez salieron de la estancia, y Maria, sentándose en un almohadon á los piés del sitial que ocupaba el enfermo, le habló de esta manera:

—Perdonadme, señor, si me atrevo á turbar vuestra tranquilidad con una confianza. Vuestro hijo Diego no puede abandonar su puesto al lado de la reina, que se halla enferma de gravedad. De lo contrario, él os hubiera hablado. ¿No os ha dicho en una carta que encontraríais aquí quien le reemplazase cerca de vos?

—Sí, hija mia.

—Pues bien, yo soy quien debe reemplazarle.

—¿Vos?

—¿Lo sentís?

—No por cierto.

—¿No adivináis los motivos que me impelen á venir á hablaros?—añadió la jóven, al mismo tiempo que sus mejillas se encendian.

—Deseo adivinarlo, y plegue á Dios que no me engañe. Si las sospechas que han despertado en mí vuestras palabras se confirmasen, yo bendeciria á Dios por haberme librado de los inmensos peligros que he corrido, y traerme á este puerto de salvacion, en donde

si no justicia para mí, puedo encontrar felicidad para mi hijo.

—¿No habeis adivinado,—exclamó la jóven,—que para ser dichosa sólo deseo vuestra bendicion?

—¿Amais á Diego?

—Sí, con toda mi alma.

—¡Dios os bendiga! Vuestras palabras derraman un bálsamo dulcísimo en mi corazon; me devuelven la vida que se extinguia en mí. ¡Oh! Sí, ahora estoy seguro de que viviré. ¿Y qué me importa todo lo que he sufrido? ¿Qué las intrigas de que pueden hacerme objeto mis adversarios, si vuestra felicidad brota todo un pasado de desgracias para ofrecerme un porvenir risueño?

#### XIV.

María refirió entonces con agitada voz al almirante lo que Mendez le habia ocultado.

Diego, herido en la calle de la posada de maese Rapiña, fué conducido por don Fernando de Toledo á su palacio, y allí le prodigó los mayores cuidados hasta que se restableció.

En aquel tiempo tuvo ocasion de admirar las bellezas que atesoraba en su alma la hermosa María, y sintiendo que se renovaba su vida, que brotaban ilusiones dulcísimas de sus mismos desengaños, amó á María con todo su corazon, y escuchó de sus labios la promesa de que sería su sposa.

Todo esto con el lenguaje purísimo del amor, con

la emoci3n de una alma enamorada, habló María al anciano, y adivinando este en su mirada que era inmenso el amor que ella sentia:

## XV.

—¡Bien hayas tú,—le dijo,—bien hayas tú, María, que para hacer la dicha de mi hijo, ángel del cielo, al mundo Dios te envia!

María acercó la frente á los labios del anciano, y aquel imprimió en ella un ósculo paternal.

—¿Y sabe vuestro padre que os une un lazo tan estrecho con mi hijo?

—Aun lo ignora.

—Mal hecho; ¿por qué lo habeis ocultado?

—Diego ha temido que mi buen padre se opusiese á nuestro amor. No le conoce: al saber que es mi felicidad, no nos negaria su consentimiento; pero él me ha exigido que guardase el secreto hasta vuestra venida, hasta que pudiera hablar con vos, y yo le he obedecido, porque sus súplicas son órdenes para mí, porque le amo con toda mi alma.

## XVI.

María se despidió de Colon despues de conseguir que este le diese el dulce nombre de hija.

Aquella revelacion que le habia hecho inspiró nuevos deseos al almirante de conseguir que le restituyeran sus honores y sus riquezas, para que su hijo

fuera digno de aquella mujer que tanto le amaba, y que pertenecía á una de las familias más principales del reino.

Encontrándose mejorado, trató de poner en orden sus negocios y de restablecerse por completo, para trasladarse á la córte á gestionar cerca de los reyes su rehabilitacion.



## Capítulo XCI.

Nuevas maquinaciones de los enemigos del almirante.

### I.

Los enemigos de Colon no se intimidaron en presencia del triunfo con que el pueblo habia saludado su llegada.

Era Fonseca en extremo hábil, y profesaba demasiado rencor á su enemigo, para que no buscase todos los medios de perderle.

Antes de partir los marineros que estaban á las órdenes de Colon en la costa de la Jamaica, anunció á todos, por medio de Sagredo, que al regresar á España los abonaria los salarios que habian ganado desde su salida, salarios que por efecto de las circunstancias se habia visto en la imposibilidad de pagarles.

Aun á los mismos rebeldes habia hecho dicha promesa, porque despues de haberse sometido á él y

de perdonarlos, los consideraba con iguales derechos. Al obrar así, contaba con sus legítimas ganancias.

## II.

Pero en Santo Domingo no había conseguido que Ovando le entregase el dinero que le pertenecía, porque aunque los reyes habían dado órdenes terminantes para que lo hiciese, al enviarlas el Consejo de Indias al gobernador las había acompañado de instrucciones secretas, para que si en algún tiempo le hacían cargos por no haberlas cumplido, pudiese demostrar que se habían extraviado.

## III.

No era esta la intención de la reina.

En vista de las cartas de Colon, mandó á Ovando que observase las capitulaciones establecidas entre los reyes y el almirante.

Como si esto no bastase, la reina misma dirigió una carta particular á Ovando, recomendándole eficazmente que cumpliera aquella orden, censurando su conducta por haber negado socorro á la escuadra de Colon, y por haber consentido que se diesen á la vela las embarcaciones que naufragaron, sepultando en el abismo á Roldan, Bobadilla y otros muchos, al mismo tiempo que las inmensas riquezas que enviaba el gobernador á la corte.

## IV.

Las nuevas cartas de Colon que llegaron á manos de la reina por conducto de Diego Mendez le indignaron tanto, que pidió á su esposo que destituyera á Ovando, y obtuvo la promesa del rey de que en efecto lo destituiria.

Pero apenas comunicó este deseo á Fonseca, mostrándose dispuesto á obedecer, se atrevió el prelado á indicar á su majestad que hasta entonces ningun gobernador habia enviado mayor cantidad de oro que él, y que en caso de reemplazarle, habia que renunciar á aquellas pingües ganancias.

## V.

Hablar de aquel modo á don Fernando, que en el último tercio de su vida se habia hecho avaro por el deseo de figurar y de eclipsar el esplendor de los otros monarcas de Europa, era aspirar á obtener de él que revocase la orden, ó por lo ménos que aplazase su cumplimiento.

Así fué.

## VI.

La reina cayó enferma, y pretextando don Fernando que por entonces sólo debia atender á su salud, le

prohibió que se ocupase de los negocios del Estado, y dejó suspensa la órden.

Los marineros, pasada la primera alegría que produjo en ellos el espectáculo de la madre pátria, pensaron en sus intereses, y aguardaron con ánsia la llegada de Colon para que les satisficiera sus soldadas, único premio que esperaban de aquella larga y penosa expedicion.

## VII.

Los secuaces de Soria buscaron á aquellos hombres, y en las conversaciones particulares, sin darse á conocer, procuraron despertar en ellos sospechas de que no serian remunerados.

No dieron crédito á estos temores; y esperaron la llegada del almirante.

Los primeros dias en que estuvo enfermo fueron dias de zozobra, de angustia, para aquellos pobres hombres, que ansiaban por momentos el premio de su trabajo.

Cuando se halló restablecido el augusto enfermo, su hermano Bartolomé le recordó la promesa que habia hecho á aquellos infelices.

Aquel recuerdo aumentó los pesares de Colon.

## VIII.

—Quiero verlos,—le dijo.

El adelantado los convocó para el dia siguiente, y

todos los que estaban en Sevilla penetraron en la estancia del enfermo.

—No os he olvidado,—les dijo;—pero los que debían tenerme presente me han olvidado. Mis esfuerzos para adquirir lo que me pertenece en Santo Domingo han sido inútiles. Aquí no cuento con recursos; pero he escrito á los reyes, y no dudo de que, comprendiendo mi situación, me facilitarán los recursos que necesito para cumplir con vosotros.

## IX.

Estas palabras, aunque oídas con el mayor respeto por aquellos hombres, produjeron una sensación de pesar.

Esperaban salir de allí con los bolsillos llenos de oro, y tenían que contentarse con esperanzas.

La tristeza se pintaba en su semblante al salir del palacio de don Fernando de Toledo.

No deseaban otra cosa los enemigos de Colon.

## X.

Aquellos hombres podían servir á sus intentos, y Soria, que era el agente principal de Fonseca, se prometía explotar su disgusto en beneficio de su infame causa.

Mientras ellos murmuraban, Colon dirigía una carta á su hijo, pidiéndole que se presentase al rey y

le suplicase el pago de las cantidades que le debía el Tesoro.

## XI.

Algunos párrafos de esta carta merecen ser conocidos.

«Nada recibo ya de la renta que se me debe, decía; vivo de prestado.

»Poco me han aprovechado veinte años de servicio con tantos trabajos y peligros, pues al presente no tengo techo propio que me cubra en España.

»Si deseo comer ó dormir, tengo que recurrir á una posada, ó vivir, como ahora, de la caridad de un magnate.»

Hablándole despues de la necesidad que tenia de abonar sus salarios á los marineros:

«Son pobres, le decía, y hace ya cerca de tres años que salieron de sus casas. Han arrostrado infinitos trabajos y peligros, y traen nuevas invaluables por las que sus majestades debian dar gracias á Dios y regocijarse.»

## XII.

Los agentes de Soria procuraron trabar conversacion con los marineros, y llegaron hasta el punto de ofrecer á algunos de ellos cantidades mucho mayores que las que probablemente no recibirian, con tal de que testificasen que Colon habia observado para con

ellos una conducta muy severa, y de que el descubrimiento de Veragoa no era tan importante como aquel suponía.

### XIII.

Con estas declaraciones, que Fonseca elevaria sigilosamente á manos del rey, sin comprometer á los marineros, podia influir en el ánimo del monarca para que, aprovechándose de la enfermedad de la reina, que era la verdadera protectora del almirante, retardase el cumplimiento de las promesas que le habia hecho de restablecerle en sus honores y aplazase indefinidamente el pago de las cantidades que exigia Colon, más para atender á las necesidades de sus servidores, que á las suyas propias.

### XIV.

Esperó tres semanas la respuesta de su hijo, y al fin de este tiempo recibió una carta, en la que Diego le daba á entender que no le habia sido posible informar á la reina de sus pretensiones por el lastimoso estado en que se hallaba, y que aunque se habia acuerdo al rey, sólo habia podido comprender que haria muy poco ó nada en favor de sus justas reclamaciones, porque influían demasiado en él sus enemigos.

## XV.

Casi al mismo tiempo recibió el almirante la noticia de que Francisco de Porras, á quien, como recordarán nuestros lectores, habia enviado Ovando para que fuese juzgado en España, habia sido puesto en libertad.

Informándose de los motivos que habian impulsado á sus jueces á absolverle, supo con indignacion que no habia formado sumaria alguna el gobernador de Santo Domingo, y que no habia hecho más que enviarle para que se presentase al Consejo de Indias, expusiese las causas que le habian impulsado á rebelarse, y se sometiese al fallo de sus jueces.

## XVI.

Francisco Porras era sobrino de Morales, el tesorero real; habia servido á Fonseca, y la influencia de estos dos poderosos señores dió por resultado su absolucion.

Indignado el almirante por aquel acto, que era atentatorio á su dignidad, quiso ponerse en camino para la córte; pero empezaba el invierno.

Era este más crudo que otros años, y todo hacia presumir que se agravaria su enfermedad de ponerse en camino.

Diego Mendez fué el designado por Colon para re-

presentarle en el Consejo de Indias, y pedir el castigo de Porras.

## XVII.

Hallábase á la sazón en la córte Alonso Sanchez de Carvajal, uno de los más leales servidores de Colon, y dispuso que Mendez se avistase con él para que entre los dos fuesen los abogados de su honra.

El tiempo trascurió, los recursos que esperaba Colon no llegaban, y la desesperacion de los marineros llegó al colmo.

Soria escribió á Fonseca:

»Me parece que muy en breve podré ofrecer á vuestra eminencia un testimonio firmado por todos los que han acompañado al almirante en su última expedición, probando que las locas ilusiones que abrigaba han sido causa de todos los padecimientos que han sufrido, y demostrando que el descubrimiento de Veragoa es una calamidad más para la nacion.»

Despues de despachar á un emisario con esta noticia para Fonseca, hizo que su escudero Lope convocase en una hostería á la mayor parte de los marineros descontentos, para disponerlos á cumplir la palabra que habia dado á su jefe.

---

## Capítulo XCII.

---

Un antiguo personaje que llega muy á tiempo.

### I.

Era una noche del mes de Enero del año 1505.

Lope había ido por la tarde á la hostería del Renegado á encargar una abundante cena para veinte personas.

Poco antes que él, habían entrado en dicha hostería, para hospedarse en ella, un hombre acompañando á dos señoras.

Una de las dos llegaba enferma, al parecer de bastante gravedad, y el viajero había pedido dos habitaciones contiguas: una para la enferma y una j6ven que le acompañaba, y otra para él.

### II.

—Sirvenos bien,—había dicho al renegado,—y pidenos cuanto quieras.

Como una muestra de su munificencia, al pronunciar estas palabras le entregó una bolsa, que contenía cincuenta castellanos.

El hostelero se entusiasmó, y envió á uno de sus mancebos á buscar un médico.

Cuando Lope le habló de la cena:

### III.

—Sólo con una condicion consentiré daros de cenar.

—¿Es sin duda la de que no nos quejemos si nos dais gato por liebre?

—Nada de eso; si venís á mi hostería es por que tengo fama de guisar con honradez.

—¿Pues cuál es? Habla.

—Has de saber que tengo huéspedes de mucho rumbo.

—¿Y qué nos importa?

—Es que entre ellos hay una dama enferma.

—No veo ningun motivo en eso para que no nos des de cenar.

—Si me prometeis sólo cenar, no tengo inconveniente en admitiros; pero si bebeis mucho y os embriagais, disputareis, habrá escándalo, y esto es lo que quiero evitar.

—La gente que vá á venir conmigo tiene interés en hablar quedo.

—En ese caso, os pondré la mesa en una sala baja, y os serviré poco vino.

Quedaron convencidos, y al anochecer empezaron á llegar los hombres á quienes habia convidado Lope.

## IV.

Cerca de la puerta de la hosteria habia dos personas, en las que, gracias á la oscuridad de la noche, no repararon los que entraron.

Eran dos caballeros, que hablaban de este modo:

—Os ruego que no me ocultéis la verdad,—decia el uno al otro.—¿Cómo habeis encontrado á la enferma?

—¿Sois su esposo?

—No os importa; contestadme la verdad.

—Para ser sincero, necesito que respondais antes á mis preguntas.

—No tengo ningun parentesco con esa dama.

—Pues bien: en ese caso puedo hablaros con franqueza.

—Es lo que más deseo.

—La enfermedad que tiene es muy grave.

—¿No creéis hallar remedio á sus dolencias?

—La ciencia no puede nada; la Providencia lo puede todo.

—Bien está: volved mañana muy temprano, y apurad todos los recursos.

—Ese medicamento que he recetado podrá sostenerla algun tiempo. Adios.

—Adios.

## V.

El que con tanto interés habia consultado al Gale-  
no iba á entrar en la hostería, cuando vió acercarse á  
lá puerta de la misma cinco ó seis hombres, y recor-  
dando que habian entrado otros muchos antes, se des-  
pertó su curiosidad.

Dejólos pasar y entró tras ellos.

Pero en vez de subir á su habitacion, se detuvo en  
la escalera, que estaba muy oscura, y vió entrar en la  
sala baja á otra porcion de hombres, que parecian ma-  
rineros y gente del pueblo.

Acordándose de la enferma entró en el cuarto en  
donde estaba.

La jóven que cuidaba de ella le preguntó con la  
mirada qué le habia dicho el médico.

La expresion del rostro del desconocido entristeció  
á la jóven.

## VI.

La enferma, con débil voz, llamó á las dos perso-  
nas que estaban á su lado.

—Siento que mi vida se acaba,—les dijo,—y no  
puedo morir sin que nos venguen. Buscad...

—Tranquilizaos,—contestó el caballero,—y repa-  
rad las fuerzas que os faltan. Descansad un momento,  
y cumpliré vuestra voluntad.

—Id, id por Dios,—añadió la enferma; —buscadle...

—Yo tambien os lo ruego,—añadió la jóven.

El caballero salió de la estancia, bajó las escaleras y se detuvo á conferenciar con el hostelero.

## VII.

En aquellos momentos llegaron á sus oídos algunas frases de las que, excitados por el vino, pronunciaban los comensales del escudero de Soria.

¿Qué habia pasado en la cena?

Lope, obedeciendo á las instrucciones que habia recibido, habia hecho á los marineros que refriesen sus desventuras.

No hay para un marinero ó un militar, despues de haber sufrido un naufragio ó de haber salido victorioso de una batalla, una conversacion más grata que la de sus padecimientos ó sus hazañas.

Todos se animaron, y exageraron sus infortunios.

## VIII.

—Pues yo creo,—les dijo Lope,—que con otro jefe no habriais sufrido tanto. Y no es esto que yo hable mal de Colon, Dios me libre; pero es un visionario, un loco, y lo que me extraña es que no os haya obligado á bajar al fondo del mar para hallar el oro que tanto busca.

—Oro ya hemos hallado,—dijo uno.

—Pero hace poco me habeis dicho que para conseguir una mezquina cantidad de ese metal habeis

perdido mucha gente, habeis tenido que luchar con los indios, y habeis venido con las manos vacías, porque lo poco que habíais recogido ha sido necesario entregarlo á los reyes para que creyesen que aquello es una mina inagotable.

—Tiene razon, tiene razon,—dijeron muchos.

—Lástima me dá,—añadió Lope,—veros despues de un viaje de tres años del mismo modo que salisteis, sin haber podido mejorar la condicion de vuestras familias, poco ménos que en la miseria.

—Es verdad, es verdad.

—Condolido de vosotros, porque aunque pobre, tengo buen corazon,—añadió el escudero,—he hablado á mi señor de vuestros infortunios. Debo advertiros que mi señor es un hombre muy rico, y tiene gran influencia en los negocios de Indias. Se ha empeñado en creer que Colon es un visionario, y vá á salirse con la suya.

## IX.

—Lo que es eso...—dijeron algunos, recordando el prestigio que ejercia sobre ellos el almirante.

—Aquí hablamos como en familia... Pues, como iba diciendo, condolido de vuestras desgracias, he hablado á mi señor, y él os daría de buena gana doble de lo que no os dará nunca, pero de lo que os debe, el almirante, si quisiérais hacerme un ligero favor, que redundaria en beneficio de la patria.

—¿Cuál?... Habla.

— Vosotros, que habeis estado en las Indias, sabeis lo que allí se padece.

— Es cierto.

— Pues bien: ¿no es lástima que haya muchas personas que deseen ir á hacer fortuna, cuando verdaderamente lo que allí encuentran todos es la muerte? ¿No sería mejor, exagerando un poco los sinsabores que por allá sufren, elevar á manos de los reyes, sin que nadie lo supiera más que mi amo, una exposicion firmada por todos vosotros, demostrando que en el último viaje nada habeis hecho de provecho, que habeis sufrido mucho, y que aunque hay oro en Veragoa, sería preciso para rescatarlo del poder de aquellos indios emplear más sangre de lo que vale toda la isla?

Los marineros miraron con sorpresa á Lope.

## X.

— Eso no es verdad, —exclamó uno.

— Allí hay mucho oro.

— Y eso de declarar que no podemos con los indios...

— No decia tanto, —añadió Lope. —¿Quereis que os hable con más franqueza.

— Sí, sí.

— Pues bien: el almirante está en desgracia. Los reyes quieren deshacerse de él á toda costa, y han empezado por no atender á sus reclamaciones. Si haceis lo que os aconsejo, cobrareis duplicados vuestros salarios, y con la proteccion de mi amo hallareis buen

empleo, y no perdereis el tiempo pidiendo al almirante lo que no os puede dar, lo que no os dará nunca.

Apenas pronunció estas palabras, se abrió la puerta de la sala, y un hombre que entró en ella:

## XI.

—Mientes como un villano,—dijo.

Todos volvieron la vista hácia el recién llegado, y Lope, enfurecido, echó mano á la espada.

—El almirante,—prosiguió el desconocido,—ha sabido que estábais reunidos aquí, y me ha enviado á pagaros lo que os debe.

—¡Viva el almirante!—exclamó uno de los marineros.

—¡Viva!—dijeron todos.

Lope vió perdido el juego y se limitó á decir:

—Si no es una baladronada, págalos en el acto.

—Si que los pagaré. Vos presenciareis el acto... Y aun haré más por vos: os permitiré que os alejeis para evitaros el justo castigo que merece vuestra infamia, y que de seguro os darian estos hombres, si yo no lo evitase.

Y diciendo esto, se acercó á la mesa y dejó caer sobre ella una porcion de monedas de plata.

—Que pida cada cual lo que se le debe.

## XII.

Los marineros se miraron unos á otros asombrados.

Lope no aguardó á presenciar la operacion.

Aprovechando un momento en que todos estaban distraidos, se escabulló, y cuando despues de quedar todos satisfechos fueron á buscarle:

### XIII.

—Es inútil,—les dijo el desconocido.—Ese hombre no volverá.

Los marineros se dispusieron á partir para ir á dar las gracias al almirante.

Mientras el desconocido les rogaba que renunciasen á aquella muestra de gratitud, penetraron en la sala dos hombres embozados, que habian oido sin ser vistos aquella escena.

Cuando partieron los marineros, uno de los embozados se acercó al pagador y le dijo:

### XIV.

—En nombre de mi padre don Cristóbal Colon, os doy las gracias por lo que habeis hecho, y os ofrezco mi vida; pero me permitireis que os exija vuestro nombre.

—No he hecho más que pagar una deuda,—dijo el desconocido;—y aun es poco, como os convencereis cuando sepais cómo me llamo. Pero no habeis venido aquí para demostrarme vuestra gratitud. Os he llama-

do en nombre de una mujer enferma, moribunda, que desea antes de espirar haceros una revelacion. Venid, venid conmigo.

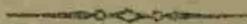
—Antes vuestro nombre.

—Si me ofreceis el perdon en nombre de vuestro padre, os lo diré.

—Yo os perdono en su nombre.

—Y yo tambien, cualquiera que sea vuestra falta,—dijo el otro embozado, que era Bartolomé Colon.

—Pues bien: mi nombre es Américo Vespuccio. Venid ahora á ver á vuestra hermana Isabel, á despediros para siempre de su salvadora.



## Capítulo XCIII.

Donde se aclara un punto oscuro del capítulo anterior.

### I.

Américo Vesputio guió á Bartolomé y á Fernando á la habitacion donde estaba la enferma, que como habrán comprendido nuestros lectores, era Isabel Montegudo.

La jóven salió al encuentro de los recién llegados, y Fernando, que estaba muy ajeno de encontrarla allí, no pudo ménos de lanzar una exclamacion de asombro.

—¡Isabel!—dijo.

—¡Fernando!

La enferma hizo un supremo esfuerzo para volver los ojos hácia la puerta, y con débil voz:

—Yo muero,—dijo;—venid, venid para que os haga una revelacion.

## II.

Todos rodearon el lecho.

Américo hizo un movimiento para alejarse.

—No os vayais,—dijo Fernando,—os he perdonado en nombre de mi padre, y no quiero que haya secretos para vos.

Isabel Monteagudo, deteniéndose á cada instante, porque le faltaba la respiracion, contó en breves palabras lo que le habia pasado.

Apenas supo por Sagredo que una jóven que habia estado en poder de Aguado habia salido para un convento de Portugal, comprendiendo que seria Isabel, aprovechó la circunstancia de la salida de un buque para Oporto, y desapareció de la ciudad sin indicar á nadie ni el objeto, ni el punto de su viaje.

Desde luego se encaminó á Lisboa, y se hospedó en una posada.

Su ánimo era visitar todos los conventos para cerciorarse de si se hallaba en uno de ellos Isabel.

La Providencia vino en su auxilio.

Al dia siguiente, apenas salió á la calle, vió á Aguado, que no pudiendo resistir la pasion que le dominaba, habia ido á Portugal resuelto á realizar sus designios.

Iba cubierta con un velo, y este no pudo reconocerla.

Sospechando que nadie mejor que él le descubriera el secreto que deseaba penetrar, le siguió, y en

efecto, vió que se dirigia á un convento extramuros de la ciudad.

Acompañaba á Aguado un escudero, que se quedó á la puerta.

### III.

Isabel entró en el templo, permaneció un rato en él, y al salir, acercándose al escudero, le dijo en castellano:

—Perdonadme si me tomo la libertad de hablar; pero me habeis parecido castellano viejo, y como yo tambien lo soy, y hace tiempo que no he estado en mi tierra, tendré una gran satisfaccion en que me deis algunas noticias de ella.

—No os habeis equivocado, — contestó el escudero.

—¿Y hace mucho que estais en Lisboa?

—Anoche llegué con mi señor.

—¿Servís á algun poderoso caballero?

—Sirvo á don Antonio de Aguado, muy alto y poderoso señor.

—No le he oido nombrar nunca... Tomad para beber á mi salud, —añadió Isabel, dando una moneda de oro al escudero.

—Muchas gracias, señora.

—¿Y pensais estar mucho tiempo en Lisboa?

—Lo ignoro; pero creo que no echaremos aquí raíces. Mi señor ocupa un alto puesto en la córte.

—¿Y á qué ha venido aquí?

—Curiosa es la dama.

- Todas las mujeres lo somos.
- Pues de mujeres creo que se trata.
- ¿Viene á casarse vuestro amo con alguna dama principal de Lisboa?
- Tengo para mí que le gustan más las españolas que las portuguesas.
- Cuente, cuente el escudero.
- No crea que mi amo me confia sus proyectos.
- Pero por la misma razon de que no os los cuenta, los adivinareis.
- No siempre.
- Teneis trazas de ser listo y muy reservado, lo cual es una buena condicion en un escudero. Pero, ¿cuánto vá á que adivino el objeto del viaje de vuestro amo?
- ¿Hechicera es?
- Todas las mujeres tenemos algo de adivinas.
- Pues ahora me parece que se equivoca de medio á medio.
- Mis noticias son que hay en este convento una jóven de Castilla, que no tiene grandes deseos de profesar.
- No digo más, porque temo que si continuais así vais á saber más que mi amo.

## IV.

Isabel habia averiguado todo lo que queria saber. Temiendo que bajase Aguado, se alejó; pero se puso en acecho para verle salir.

Una hora despues salió y á juzgar por la expresion de su rostro, no estaba muy satisfecho de la entrevista que acababa de celebrar.

Apenas le perdió de vista, entró en el convento y llamó á la superiora.

## V.

—Soy española,—la dijo;—mis desgracias me han traído hasta aquí, y desearia que me acogiéseis en vuestra casa por tres ó cuatro dias, porque tengo motivos para ello.

La superiora acogió su súplica con benevolencia, y no pudiendo darla albergue en el convento, dijo que hablaria á una pobre mujer que vivia cerca, y que era lavandera de la comunidad, para que estuviese en su casa el tiempo que deseaba vivir en Lisboa.

Aceptó aquella proposicion, y quedó en volver al anochecer para que la superiora la pusiese en relaciones con la que habia de albergarla en su casa.

Escasas eran las relaciones con que contaba aquella pobre mujer, y andaba por las calles de Lisboa sin saber qué partido tomar para realizar sus propósitos, cuando quiso su buena suerte que hallase en una de ellas á Américo Vespucio.

## VI.

Los dos se reconocieron, é Isabel le refirió sus cuitas.

Américo acababa de llegar de un viaje que habia aumentado su fortuna considerablemente.

Al mismo tiempo, al regresar habia sabido este que don Alfonso habia muerto, y que habia dejado heredera de todos sus bienes á su hija Esperanza.

Se disponia á partir para ir en busca de su hija; pero apenas supo la situacion en que se hallaba la desgraciada jóven que habia sido hermana de los hijos de Colon, el remordimiento que sentia por haberse portado tan mal con aquel hombre que le habia dispensado tantos favores, su carácter naturalmente generoso, y sobre todo, el deseo de hacer participes de su felicidad á las personas que indirectamente habian contribuido á ella, le impulsaron á ponerse á las órdenes de Isabel, y á ayudarla en la benéfica empresa que la habia llevado á Portugal.

Era todo lo que necesitaba esta.

Al anochecer fué al convento, y ya aguardaba la lavandera para llevarla al aposento que podia brindarla.

## VII.

Américo Vespucio celebró una entrevista con Aguado, simulando que acababa de llegar á Lisboa y que iba á partir inmediatamente.

Este fué franco con él.

Necesitaba desahogarse, y gracias á esta necesidad supo Américo que la jóven novicia estaba resuel-

ta á profesar, y que la superiora del convento la protegía.

Aguado estaba decidido á obtener por fuerza lo que se le negaba por grado, y buscaba los medios de robar á la jóven del convento, porque las cosas estaban muy adelantadas para su profesion.

### VIII.

—Vos conoceis más gente que yo en Portugal,— le dijo Aguado.—Ponedme en relaciones con algunos hombres que puedan secundar mis deseos.

—Yo no puedo serviros, y mucho ménos teniendo que partir mañana; pero hablaré á algunos marineros de los que yo conozco, y os proporcionarán lo que deseais.

Para abreviar: Américo envió á Aguado un hombre á quien tuvo buen cuidado de comprar antes, asegurándole que comería á dos carrillos.

Al presentarse á Aguado, dijo aquel que no conocía á Américo; pero que un marinero le habia encargado que fuese á verle.

Pusiéronse de acuerdo en breve, concertaron su plan, y Américo fué á buscar á Isabel.

Le refirió lo que habia pasado, y en vista de lo adelantadas que estaban las cosas, dispusieron que Isabel fuese á alojarse en una casa de las más próximas al embarcadero, adonde llevarian sigilosamente los agentes de Aguado á la jóven novicia.

Allí se reuniría con ella Américo, y aprovecharía la primera ocasión para embarcarse y huir de su perseguidor.

Hízolo así, en efecto, y los cómplices de aquel lo dispusieron todo para entrar en el convento y robar á la jóven.

Aguado dispuso que la llevaran á su posada; para alentar á los bandidos les dió una parte de la suma que les tenia ofrecida, y les aseguró que en cuanto le llevasen la jóven, les daría el resto.

## IX.

Aquella noche entraron en el convento, penetraron cautelosamente hasta el dormitorio de la jóven, pusieron una mordaza á una monja que dormía en su misma celda, y apoderándose de Isabel, que cayó desmayada en sus brazos, huyeron con ella y la llevaron adonde les aguardaban Américo Vespucio é Isabel.

Inmediatamente fueron á noticiar á Aguado que les habia sido de todo punto imposible entrar en el convento, porque habian visto á otros hombres rondar las tapias, y habian tenido que huir, porque se trabó una riña y llegó la justicia.

Quedaron en efectuar el rapto al dia siguiente, y Aguado, que creyó de buena fé aquella patraña, para ponerlos más en su favor, les hizo otro anticipo.

Los hombres se alejaron y fueron á ocultarse.

## X.

Al día siguiente al amanecer partieron en un buque con dirección á España, Isabel y sus salvadores.

Al mediodía circuló en Lisboa la noticia del rapto, atribuyéndole á Aguado, porque para ello habia tomado sus disposiciones Américo Vespucio.

Al volver en sí se halló la jóven al lado de Isabel.

Las explicaciones que le dió bastaron para tranquilizarla, y se entregó confiada á sus protectores.

## XI.

El viaje fué difícil.

Las tempestades azotaron al buque, y á estas complicaciones se unió la enfermedad de Isabel.

Los esfuerzos que hizo para vivir siquiera hasta que pudiese dejar á la hija en los brazos de la madre, agravaron su mal, y al llegar á Sevilla era ya poco ménos que un cadáver.

## XII.

Pero allí supo el arribo de Colon, en compañía de su hermano y de su hijo Fernando, y quiso al ménos confiarles antes de morir aquella jóven, á quien de se-

guro perseguiría Aguado por todas partes, y procuraría perder á toda costa.

Al terminar la narracion quedó completamente abatida.

Viendo las huellas de la muerte en su rostro, quiso Américo Vespucio que partiese la jóven.

Esta no quiso separarse del lado de la enferma.

Todos permanecieron en torno suyo hasta el amanecer.

Cuando llegó el médico espiraba la infeliz.

### XIII.

Referir aquel suceso á Colon, era aumentar su afliccion.

Por otra parte, no podia la jóven hospedarse en casa de don Fernando de Toledo, y Bartolomé resolvió salir aquella misma noche para llevarla al lado de su madre.

Fernando debia partir á la córte para llevar nuevas cartas de su padre, y concibió la idea de referir á la reina lo que habia pasado, para poner á la jóven bajo su proteccion.

Hicieron que Isabel fuese trasladada á otra habitacion, Américo Vespucio quedó á su lado, y los dos partieron á decir á su padre y á su hermano lo que habia hecho este en su obsequio, al mismo tiempo que buscaban un pretexto para realizar sus designios.

## XIV.

Aquel mismo dia pudo Américo Vespuccio estrechar la mano del almirante.

Colon le perdonó todas sus ofensas, y estimó en lo que valia su voluntad.

Bartolomé salió para Baeza, acompañando á Isabel.

Fernando, con el alma transida de dolor, se encaminó á Madrid, á pedir, al mismo tiempo que justicia para su padre, piedad para la desgraciada que de tan horribles persecuciones habia sido objeto.

## Capítulo XCIV.

### La muerte de la reina.

#### I.

Después de haber sufrido tantas desventuras, la única esperanza de Colon en el ocaso de su vida era la justificación, la bondad de la reina, que en todo tiempo habia sido su protectora, porque era quien mejor habia comprendido su alma.

Pero las cartas que habia dirigido á su hijo Diego, las gestiones de sus amigos, los últimos pasos que habia dado Fernando en favor de la causa de su padre, habian sido infructuosos.

#### II.

Todo estaba paralizado en la córte.

Isabel la Católica, la excelsa reina, ídolo de sus va-

sallos, ángel tutelar del palacio, yacia en cama, y todas las miradas de la nacion se fijaban con incertidumbre dolorosa en aquel lecho, en el que la enfermedad dominaba á aquella gran mujer.

### III.

La generosidad de Américo Vespucio habia tranquilizado al almirante.

Los marineros habian cobrado sus soldadas, y su generoso bienhechor habia rodeado del mayor misterio aquel acto que le habia reconciliado con el almirante.

Pero Colon necesitaba á toda costa una ostensible reparacion.

Necesitaba que le confirmasen en sus titulos y honores, y necesitaba que le hiciesen justicia en sus reclamaciones pecuniarias, porque veia acercarse la hora de su muerte, y ¿qué era su vida si no legaba á sus hijos la gloria y la fortuna que tan inmensos sacrificios le habia costado?

A los motivos justos y legítimos en que fundaba este deseo, unia otro.

### IV.

María, con lágrimas en los ojos, le habia confiado que su padre, sin adivinar el sentimiento que llenaba

su alma, habia dispuesto de su mano en favor de uno de los altos personajes de la córte.

No habia tenido valor para oponerse resueltamente á sus proyectos, y lo único que habia conseguido era que convenia aplazar su contestacion.

Colon no podia permanecer en aquella casa, porque la gratitud iba á obligarle á oponerse á la felicidad de su hijo.

## V.

En esto llegó la noticia de que la reina habia experimentado alguna mejoría.

Colon resolvió ir á la córte, que estaba á la sazón en Medina del Campo, con el objeto de aprovechar aquella circunstancia para ver á la reina y obtener la realizacion de sus deseos.

Al mismo tiempo necesitaba ver á su hijo para prepararle al segundo terrible golpe que veia próximo á caer sobre su cabeza.

Lo dispuso todo para el viaje, anunció sus propósitos á don Fernando de Toledo, y se puso á escribir á su hijo, participándole su resolucian.

«Quiera Dios,—le decia,—volver nuestra reina á la salud, porque con ella se arreglará todo lo que está ahora en confusion.»

Llegaba á esta frase de su carta, cuando resonó en su oido el fúnebre tañido de una campana.

## VI.

Poco despues entró en su aposento don Fernando.

—¡Qué inmensa desgracia acabamos de experimentar,—le dijo.

—¿Qué teneis? ¿Qué ha pasado?

—La reina ha muerto; hace poco han llegado emisarios con tan triste nueva, y las campanas doblan ya por su alma.

Aquella noticia era un terrible golpe para Colon.

## VII.

Ya habia firmado la carta de su hijo, y con la serenidad del justo, con la resignacion del cristiano, escribió esta posdata:

«Una memoria,—dice,—para tí, mi querido hijo Diego, de lo que se ha de hacer ahora. La cosa principal es encomendar á Dios afectuosamente y con gran devocion el alma de la reina nuestra soberana. Su vida fué siempre católica y piadosa, y pronta á todas las cosas en su santo servicio: por esta razon podemos estar confiados de que se ha recibido en su santa gloria, y está ya fuera de los cuidados de este áspero y cansado mundo. Lo segundo es vigilar y trabajar en todos los negocios por el servicio de nuestro soberano el rey, y hacer por aliviar su sentimiento. Su majes-

ta es la cabeza de la cristiandad. Acuérdate del proverbio que dice: «Cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen.» Por lo tanto, todos los buenos cristianos deben pedir por su salud y larga vida; y nosotros, que por él estamos empleados, debemos más que otros hacerlo con todo estudio y diligencia.»

## VIII.

«Imposible es leer sin conmoverse esta sencilla, elocuente y triste carta,—dice el historiador de quien trascribimos estas líneas,—en que con rasgos tan naturales expresa Colón su ternura por la memoria de su bienhechora, su cansancio de los cuidados y males de la vida, y su invariable y paciente lealtad hacia el soberano que tan ingratamente le trataba. En estas cartas de confianza y sin estudio se lee sin duda el alma de Colón.»

Un suceso aplazó la resolución del almirante.

## IX.

Don Fernando de Toledo acababa de ir á la corte, y Colón quedó en Sevilla en una casa que delicadamente puso á su disposición Américo Vespucio.

En prueba de su gratitud, aceptó su ofrecimiento de ir á la corte á gestionar en favor de sus negocios.

Colón le puso en relaciones con sus hijos.

## X.

Fray Diego de Deza, su antiguo amigo, fué promovido por entonces al arzobispado de Sevilla, y como antes de tomar posesion de él tenia que ir á la córte, escribió á su hijo para que buscase la influencia de su antiguo amigo, y averiguase si la reina al morir habia dicho algo en su testamento acerca de Colon.

Las contestaciones que recibia á todas sus cartas, las noticias que le daban los emisarios que habia enviado á defender sus intereses, eran nuevos martirios para él.

## XI.

Apenas murió la reina arrojaron la careta sus adversarios, y apoderándose del ánimo del rey, le indujeron á cometer las mayores injusticias para con el gran descubridor del Nuevo Mundo.

Sus súplicas eran recibidas en palacio con indiferencia.

Ovando permanecia en su puesto, y en vez de censurar su conducta para con el almirante, le enviaban instrucciones sin dar cuenta de ellas á Colon, ni siquiera por cortesía.

Se trató de enviar tres prelados á los países descubiertos, y aunque suplicó que antes de enviarlos le oyesen, no le hicieron caso alguno.

Lo único que pudo conseguir, cuando en medio de su desesperacion resolvió ir á la córte, fué que le concediesen real permiso para ir en una mula con silla, modo de viajar que se habia prohibido (V).

## XII.

Bartolomé volvió á Sevilla para acompañarle, y no queriendo acibarar los últimos días de su existencia, le ocultó las desgracias que habian sufrido Inés, su hija y Villejo.

En Mayo de 1605 llegó el almirante á Segovia, donde se hallaba la córte.

El gran hombre, que algunos años antes habia recorrido toda la España en triunfo y habia sido recibido por los reyes como su igual, entró en Segovia, melancólico, solitario, y en medio de la más completa indiferencia, mortificado por los achaques.

Era el último grado del sufrimiento.

La acogida que le dispensaron le hirió de muerte.



## Capítulo XCV.

Donde se vé como Colon busca á la Justicia y no la encuentra.

### I.

Al verse entre sus amados hijos, se reanimó el abatido espíritu de Colon.

No le ocultaron, sin embargo, que consideraban perdida su causa.

El mismo Américo Vesputio, que habia hecho cuanto habia estado á sus alcances para reanimar los deseos de Colon:

### II.

—Todo cuanto intentéis será estéril,—le dijo;—el corazón del rey es frío como el mármol. Yo soy rico; disfrutad de mis riquezas, volved á vuestra pátria, abandonad este país ingrato. Voy en busca de mi hi-

ja, á cuya felicidad quiero consagrar toda mi vida; pero cuya idea me permitirá consagrarme tambien á vos. Venid á Italia.

—No,—contestó Colon.—Que me mate aquí la ingratitude si la Providencia en sus altos juicios lo tiene así dispuesto.

Viendo la formal resolucion del almirante, partió Américo Vespuccio, y lo más que pudieron conseguir los amigos del ilustre marino, fué que el rey le concediese una audiencia.

### III.

Desde el primer momento leyó Colon en el alma del monarca.

Recibióle este con forzada cortesía.

Una risa glacial brillaba en su labios.

De buen grado hubiera abandonado para siempre aquella estancia el hombre á quien la indiferencia del monarca no podia acibarar la inmensa gloria que habia conquistado.

Peró doblégó una vez más su amor propio al deber que como padre tenia que cumplir, y se esforzó en hacer al rey una detallada relacion de su último viaje, del país que habia descubierto, de los tesoros que encerraba, y del estado en que habia encontrado la colonia fundada por él, pidiéndole que al ménos le enviase á morir con honra en aquellas tierras, que tanto cariño le inspiraban.

## IV.

El rey, sin conmoverse, aseguró á Colon que en cuanto los negocios más urgentes del Estado se lo permitiesen prestaría atención á las reclamaciones que le dirigia, añadiendo que contase siempre con su amistosa proteccion.

Al mismo tiempo le anunció, que aunque sus hijos se habian quedado sin empleo por la muerte de la reina, no los habia olvidado, y pensaba utilizar dignamente sus servicios.

## V.

No se hizo ilusiones aquella vez el almirante. Conoció que no tenia bastante fuerza para ablandar aquel corazon de roca, y sin esperanza, pero obedeciendo al deber, formuló en toda regla su peticion, para que al ménos quedase al mundo, si no le atendia, un ostensible ejemplo de la más negra ingratitud.

Pobre, achacoso, viejo, al borde del sepulcro, se ocupó dia y noche en escribir una larga memoria de los servicios que habia prestado á la nacion, de los ofrecimientos que bajo su firma y con su sello real le habian hecho los soberanos, de las vicisitudes que habia sufrido, y la envió al monarca, pidiéndole que al ménos premiase sus merecimientos en sus hijos.

El rey estaba en poder de Fonseca.

Conocia, sin embargo, que necesitaba dar una satisfaccion al almirante, y aconsejado por el obispo, contestó que aunque reconocia la razon en que apoyaba sus exigencias, sus negocios se hallaban en tal estado, que debian someterse al arbitrio de una persona imparcial y sensata.

## VI.

Colon designó á su antiguo amigo fray Diego de Deza, pero sólo para que entendiese en la cuestion relativa al arreglo de su fortuna.

En lo concerniente á sus títulos y dignidades, no admitia juez alguno.

La habilidad de Fonseca hizo, multiplicando los trámites, que se dilatase la resolucion del monarca, y trascurrieron muchos meses sin que se resolviese la solicitud de Colon.

Habiase nombrado una junta de descargo de la conciencia de la difunta reina y del rey, y Fonseca logró que las reclamaciones del almirante se sometiesen á la deliberacion de aquella junta.

Dos consultas se hicieron á cuerpo, y nada se determinó en ellas.

No se ocultaban á sus miembros los verdaderos sentimientos del rey, y no podian oponerse á ellos, aunque en conciencia conociesen la justicia de las reclamaciones del almirante.

## VII.

Todas estas alternativas acababan poco á poco con la existencia de Colon.

Su mortal enemigo, para halagar el amor propio del almirante y embrollar sus negocios, hizo decirle, que siendo su reclamacion una cuestion de soberanía, no tenia el rey más remedio que aplazar su resolucion definitiva hasta consultarla con su hija doña Juana, sucesora de su madre como reina de Castilla, que debia llegar muy pronto de Flandes con el rey don Felipe.

Esto no era más que un pretexto.

Fonseca, por la posicion que ocupaba, no podia obrar descaradamente.

La astucia, la habilidad: hé aquí las poderosas armas que esgrimia con insaciable rencor contra el almirante.

## VIII.

La córte se trasladó á Valladolid, y Colon y sus hijos la siguieron.

Al poco tiempo de su llegada á aquella poblacion se agravaron sus antiguas dolencias, y tuvo que hacer cama.

Sus tribulaciones le impedian ver que los que estaban en torno suyo sufrían, no sólo con sus desenga-

ños, sino con nuevos tormentos, que le ocultaban cuidadosamente para no agravar su situación.

## IX.

No sólo era Colón desventurado.

Las personas más íntimamente ligadas á él por los lazos del afecto, sufrían por la misma causa, aunque con distintos fines de sus opresores.

La felicidad, que habia sonreído un momento á Isabel y Villejo, habia vuelto á desaparecer.

Las esperanzas que Diego habia fundado en el amor de María, habian muerto en su corazon.

Veamos lo que habia sucedido.

## Capítulo XCVI.

Un nuevo plan de la gitana.

### I.

Como hemos dicho, la alegría de Inés y de sus hijos habia durado poco.

En el primer momento madre é hija se confundieron en un abrazo.

Por el camino habia preparado Bartolomé á Isabel, para que al encontrarla ciega, no experimentase una sensacion tan dolorosa.

En el momento de entrar, y despues de los instantes concedidos á la expansion, se apresuró Bartolomé á decir, para que le secundase Inés:

### II.

—Ya he contado á vuestra hija que habeis quedado ciega de resultas de una enfermedad.

Era demasiado horrorosa la causa que habia privado de la vista á aquella infeliz, para que la supiera su hija, sobre todo en aquella ocasion.

Villejo, que ya contaba perdida para siempre á su adorada Isabel, experimentó una inmensa alegría, y despues de referirle la jóven todas las persecuciones de que habia sido objeto, convinieron en santificar la union de sus almas para entregarse á la felicidad que les brindaba el porvenir.

### III.

No contaban en aquellos momentos con la maldad de Aguado, que era poderoso, y se habia irritado profundamente al ver que le habian arrebatado su presa de las manos.

Al dia siguiente de la desaparicion de Isabel del convento, supo, porque la noticia circuló por toda la ciudad, el rapto de la jóven.

Inmediatamente puso en juego todas sus relaciones para averiguar su paradero.

Aguardó á que la noche siguiente fuese el hombre á quien habia comprado para que le secundase en sus planes; pero como era natural, no fué.

Entonces comprendió que le habia vendido.

Permaneció unos cuantos dias buscando á la jóven; pero sus pesquisas fueron infructuosas.

Entonces pensó que el mejor medio de hallarla era buscarla en donde estaba su familia.

Abandonó á Portugal y se embarcó para España, llegando quince dias despues del arribo de Américo Vespucio.

Se trasladó instantáneamente á Sevilla, porque al mismo tiempo que buscaba á la jóven, no se olvidaba del deber que habia contraido con sus protectores para conspirar contra Colon.

Al poco tiempo de llegar, fué una mujer á verle á la habitacion en donde estaba hospedado.

Aguado la reconoció.

Era la gitana.

#### V.

—He sabido vuestra llegada, —le dijo, —y he adivinado el objeto que os trae á Sevilla.

—¿Sabes en dónde está Isabel?

—Lo que me extraña es que la hayais dejado escapar.

—¿Ha regresado á España?

—Sí por cierto. Pues qué, ¿no sabeis lo que ha pasado?

—No; pero es necesario que tú me lo digas.

—¿Os acordais de Isabel Monteagudo?

—Sí.

—Ella fué á Lisboa, llegó al mismo tiempo que

vos, encontró á un antiguo amigo, á quien conoceis, que se ha enriquecido en sus viajes, le pidió su auxilio, y gracias á él, pudo asegurar la presa.

—¿Cómo se llama ese hombre?

—Américo Vespuccio.

—¿Está aqui?

—Ha salido hace poco con direccion á Medina del Campo, donde está la córte.

—¿Y en dónde se halla Isabel?

—¿No lo adivináis?

—¿Al lado de su amante tal vez?

—Vos lo habeis dicho.

—¡Oh! ¡Yo los separaré!

—Muy de prisa teneis que ir, porque es posible que á estas horas hayan ya recibido la bendicion nupcial.

—¿Y qué me importa? Yo la arrebataré de sus brazos si es preciso.

—El es valiente.

—Yo soy poderoso.

—Ella preferirá morir á ser vuestra.

—Antes que sea de Villejo la mataré.

## VI.

La gitana fijó una mirada en Aguado. Despues, sonriéndose diabólicamente:

—¿No habeis pensado un medio para realizar vuestros designios?—le dijo.

—No; pero ¿qué me importa? De todos modos los realizaré.

—Veo que no he hecho mal en cuidarme de vuestros negocios mientras estábais fuera.

—¿Qué has hecho?

—En primer lugar, no perderla de vista.

—¿Y es ya la esposa de ese hombre?

—Aun no; pero lo será muy en breve. Tengo en Baeza una persona que no pierde de vista á los amantes. Me cuesta bastante cara; pero he contado con vuestra bolsa.

—Has hecho bien.

—Alegraos, señor, porque habeis llegado á tiempo. Dentro de dos días tiene que salir Villejo de Baeza, porque como soldado necesita la licencia del rey para casarse, y vuestros amigos, sin saber el favor que os dispensan, han arreglado las cosas de manera que tenga que ir á Medina del Campo.

## VII.

—¿Y qué quieres decirme con eso?...—preguntó Aguado á la gitana con infernal expresion.

—Quiero deciros, que si cuatro hombres estuviesen emboscados cerca de Córdoba... y digo cerca de Córdoba, porque allí es donde yo puedo disponer de personas de toda mi confianza, los cuales, apoderándose de él, podrian tenerle á vuestra disposicion, ó si era necesario, y se defendia, luchar con él, y...

—Basta; todo lo comprendo.

—Vos, mientras tanto, podíais ir á Baeza... —re-  
puso la gitana.

—No digas una palabra más. ¿Cuánto se necesita  
para eso?

—¿Qué ménos ha de darse á cada hombre que cien  
ducados? En cuanto á mí...

—Eso queda de mi cuenta.

—Pues entonces no hay más que hablar.

—¿Me respondes del triunfo?

—Con mi cabeza.

Los dos se separaron.

## Capítulo XCVII.

### Contrariedades.

#### I.

Convenidos los dos, tuvieron que aplazar la realización de sus planes, porque llegó la noticia de la muerte de la reina, y con este motivo suspendió Villejo su partida á Medina del Campo.

Aguado y la gitana se trasladaron á Córdoba, desde donde podían acechar mejor la ocasion que ambicionaban.

#### II.

Trascurrió bastante tiempo de desesperacion para los dos amantes, y al fin y al cabo se decidió Villejo á ir á la córte, que se habia trasladado á Valladolid, tanto para impetrar la licencia del rey, como para ver

á Colon, de cuya enfermedad habia tenido noticias alarmantes, que no habia querido comunicar ni á Isabel ni á su madre.

### III.

La gitana recibió el aviso, y buscó cuatro hombres desalmados y los apostó en el camino de Córdoba á Castilla, con el objeto de que le sorprendieran cuando saliera de la ciudad.

Villejo llegó confiado, y apenas entró en Córdoba salió Aguado con dos hombres de su confianza para Baeza, resuelto áquella vez á apoderarse de Isabel y á realizar su malhadada pasion, aunque tuviera que recurrir á los más miserables extremos.

### IV.

Mientras se veian amenazados de esta suerte Villejo é Isabel, Diego habia podido proporcionarse una entrevista con María, y habia escuchado de sus labios la revelacion de que su padre queria unirla con un hombre á quien no podia amar.

En su inmenso dolor, estaba resuelta la jóven á revelar al autor de sus dias el sentimiento que llenaba su alma.

Si no protegía su amor, estaba decidida á entrar en un convento.

## V.

Diego, que era hombre de honor, aconsejó á la jóven que renunciase á la felicidad que habian soñado; y por su parte, sufriendo con aquel nuevo desengaño, perdió la esperanza que le habia sonreído de nuevo.

Si su padre no hubiera reclamado sus auxilios, hubiera buscado la muerte.

Pero el autor de sus dias estaba enfermo.

Sus justas reclamaciones no eran atendidas.

Necesitaba á su hijo, y este se resignó á vivir por él.

## VI.

Pero la amargura que habia en su corazon se reveló en su semblante, y el pobre anciano, que á pesar de sus achaques, leia en el alma de su hijo, veia con profundo dolor las huellas del pesar que le dominaba.

No podia ser más aflictiva la situacion del almirante y de todos los seres queridos de su corazon.

Sentia que su vida se apagaba por momentos, y quiso al ménos ver en torno suyo á todos los que le habian amado.

¿Iba á poder realizar sus designios?

## VII.

Antes de contestar á esta pregunta, debemos referir á nuestros lectores una inesperada escena, que tuvo gran trascendencia en los portentosos descubrimientos que se hicieron en el Nuevo-Mundo despues de haber cerrado los ojos á la luz el inmortal Colón.



## IV

## Capítulo **XCVIII.**

### La vida y la muerte.

#### I.

Era el anochecer de un día del mes de Abril del año 1506.

Colon yacia en el lecho sin más compañía en aquellos momentos que la de su hijo Fernando.

Diego el intérprete, que al ver á su amo enfermo lo habia abandonado todo por estar á su lado, entró en el aposento donde estaba el enfermo para anunciar la llegada de un caballero jóven que deseaba verle.

Apenas pronunció su nombre, dió Colon orden para que entrase al recibimiento.

Este era Hernan Cortés.

#### II.

—Perdonad,—dijo con respetuoso acento,—si ven-

go á turbar vuestro reposo. Voy á partir de nuevo para los países que abandonamos juntos. Antes deseo hablaros.

Fernando se alejó, y el anciano descubridor del Nuevo Mundo y el futuro conquistador del Imperio de Méjico quedaron solos.

### III.

—Tomad asiento y hablad,—dijo el anciano.

—No sé qué prestigio, qué ascendiente, qué influencia ejerceis sobre mí; pero os confieso que yo, que he desafiado todos los poderes de la tierra, que he roto todas las ligaduras que han querido ponerme, que no hallo voluntad bastante fuerte que no crea contrarrestar; que, en fin, hasta he logrado dominar á mi naturaleza enfermiza siempre, y hoy robusta, porque he querido que lo sea, al hallarme en vuestra presencia experimenta mi alma una emoción inexplicable. Veo en vos algo más de lo que ven los hombres. ¿Queréis que me honre, aunque no lo merezco, con el título de vuestro amigo?

—Si mi corazón no me impulsara á ofreceros esa amistad que deseais, las pruebas de consideración y respeto que os debo bastarian á obligarme.

—Permitidme que os hable con franqueza; no ácu- seis de irreverencia la lealtad que quiero demostraros.

—Hablad.

—¿Qué hay en vuestra alma que os hace superior á los demás hombres? ¿Cómo habeis podido leer en lo

desconocido? ¿Cómo habeis arrancado al impenetrable Océano sus más preciosos secretos?

—¿Sois cristiano?

—Tengo una santa madre, que me ha enseñado á amar á Dios.

—Pues eso basta para que comprendais ese misterio. Dios hace de los hombres instrumentos de su voluntad. El me ha guiado á ese descubrimiento que tantas lágrimas me cuesta, que tanta amargura ha derramado en mi corazón.

—En efecto, teneis muchos y poderosos enemigos; os acusan de ambicioso.

Colon dejó ver una amarga sonrisa.

## VI.

—¡De ambicioso! ¿Y tienen valor para condenarme de ese modo, cuando me ven poco ménos que en la miseria, sin que mi voz, que en otro tiempo ha resonado en los alcázares, pueda llegar á oídos del soberano? ¡De ambicioso, á mí, que no sólo el provecho, sino la gloria de las empresas que he acometido, me he dejado arrebatarse por mis detractores!

Oídme, jóvenes: yo he pasado los mejores días de mi juventud en los terribles brazos del dolor. Sólo un consuelo eficaz he encontrado para mis penas: la religión. Siempre he visto en los hombres hermanos míos; siempre he creído que no era posible la dicha ni el consuelo sin la fé cristiana. ¿Creeis que es la am-

bición, la sed de oro la que me ha llevado en alas de los vientos, bajo la influencia de las tempestades, á remotos países? Ese deseo he tenido que manifestar á los reyes, á los cortesanos, á los marineros, á los soldados que me han acompañado, porque eran incapaces de sentir lo que yo sentía.

Pero me encuentro al borde del sepulcro; sois joven, y es posible que mis palabras se graben en vuestro corazón.

Colon hizo un momento de pausa.

Después prosiguió:

## V.

—Yo he perdido en lo mejor de mi vida, en la edad de las ilusiones y las esperanzas, las afecciones más intensas de mi corazón. Apartando los ojos del mundo, los alcé al cielo y concebí el proyecto de descubrir un Nuevo Mundo lleno de riquezas, si, pero no para aprovecharlas, sino para poder derramar la luz del Evangelio en las regiones que descubriese, para poder emplear las riquezas que hallase en su seno en enviar una nueva cruzada que arrebatase de manos de los infieles los Sagrados Lugares.

Ved cuál ha sido el objeto de todas mis empresas. ¿Y qué he logrado? Que la envidia esgrima sus armas contra mí; que desoyendo mis consejos, hayan llevado mis mismos agentes la desolación y el luto en aquellas vírgenes regiones; y en vez de sembrar la fé cristiana en el corazón de los indios, hayan des-

pertado un odio terrible, que ha menoscabado á su vista el fin santo de mi único deseo. Mis ojos se cerrarán á la luz muy pronto, y probablemente no quedará ni aun memoria de mí.

## VI.

—No me habia engañado,—exclamó Hernan Cortés.—Os he comprendido desde luego, os he visto en mi alma tal cual sois.

Pobre, casi abandonado de mi familia, arrojado de su seno por inútil, he ido á las Indias protegido por vuestros enemigos. Desde el primer momento sentí hácia vos una veneracion, un afecto que no se borrará nunca de mi alma. Yo no aspiraba más que á encontrar la muerte en una pendencia, y al ver os se ha despertado en mí un deseo grande, inmenso, infinito; una sed de gloria que no se extinguirá más que con la vida.

Ahora voy á partir; voy á volver de nuevo á aquellas regiones en donde la maldad parece haber establecido su morada. Guiado por la santa fé cristiana, por esa fé que en este instante acabais de arraigar en mí, voy á buscar nuevas regiones, voy á luchar por la patria y por la religion, voy á dar á mi alma lo que necesita, lo que habeis alcanzado, lo que los hombres no podrán arrebatáros nunca, lo que eternizará la fama: un nombre que pueda figurar al lado del vuestro, una gloria que ilumine el mismo suelo que ilumina la vuestra.

Soy ambicioso, sueño, deliro tal vez... Dejadme estrechar vuestra mano, y esto me basta. A nadie he descubierto mis pensamientos más que á vos. Ocultadlos siempre. ¡Que os acompañen al sepulcro, si Dios os llama á su seno! En todos mis actos me acordaré de vos... Vuestra mano, dadme vuestra bendición. En breve voy á partir para embarcarme en Cádiz. Adios para siempre.

—¡Qué la Providencia os proteja,—exclamó el anciano con lágrimas en los ojos.

Hernan Cortés dobló la rodilla, y besó la mano de Colon.

El jóven se separó del anciano.

## VII.

En la habitacion próxima halló á Fernando y á Diego.

Los dos aguardaban con impaciencia á que saliese el forastero para entrar á ver á su padre.

Le habian dejado solo con Hernan Cortés, y temian que aquella prolongada conversacion empeorase el estado del pobre enfermo.

Ya iban á entrar, cuando salió Hernan Cortés.

## VIII.

—Permitidme,—les dijo,—que os dé el nombre de hermanos. Debo el sér á mi padre; pero hoy he reco-

nocido que la nueva vida que siento en mí la debo al vuestro.

Los jóvenes se sorprendieron de aquel lenguaje.

—¿Qué decís?—preguntó Diego.

—Digo, que si realizo los proyectos que he concebido, que si algun dia alcanzo gloria y fortuna, todo lo deberé á vuestro padre.

Diego y Fernando estrecharon su mano con efusion.

## IX.

En el momento en que iban á despedirle, entró Bartolomé Colon.

Sin reparar en que habia una persona extraña:

—Ocurre una gran desventura,—dijo.

—¿Cuál?

—Villejo ha sido sorprendido al salir de Córdoba por cuatro hombres que le han aprisionado, y al mismo tiempo ha sido presa una gitana complicada en este atentado, la cual, al verse en el potro, ha hecho una declaracion horrible: los cuatro hombres debian asesinar á Villejo, y Aguado, el infame Aguado, debia ir á Baeza á apoderarse de Isabel. Es necesario que partamos, por si aun es tiempo de salvarlos.

—¡Y mi pobre padre, que anhelaba en los últimos momentos ver cerca de sí á todas las personas queridas de su corazon!—dijo Fernando.

—Que ignore lo que pasa,—añadió Diego.

—No,—dijo Fernando;—es necesario que lo sepa.

Nos culparia de ingratitud, y yo deseo que en los últimos momentos nos bendiga.

## IX.

Hernan Cortés habia desaparecido sin que se apercibieran de ello los hijos de Colon.

Bartolomé se dispuso á ir á Córdoba para enterarse de lo que pasaba.

Pero tuvo que detener el viaje.

Un ataque de gota hizo creer á todos que se aproximaba el fin del pobre enfermo.

## Capítulo XCIX.

El último rayo de luz.

### I.

Afortunadamente halló alguna mejoría, y le reanimó algún tanto la noticia de la próxima llegada de doña Juana y de don Felipe, creyendo que la hija heredaria de su madre las bondades que esta había tenido para él.

La corte fué á recibir á los esposos, y no pudiendo Colon ir á ofrecerles sus respetos, envió á su hermano.

### II.

Por un momento volvieron á renacer sus esperanzas, y creyó que aún podría surcar en vida las aguas del Océano.

Era su última ilusión.

Un nuevo ataque le puso á las puertas de la muerte, y sólo le dió tiempo para formular su testamento, que es la mejor efigie de su alma (X).

### III.

A medida que sentia acercarse su última hora, pugnaba por tener á su lado á las prendas más queridas de su alma.

Su hermano Diego, que vivia retirado, llegó á Valladolid.

Bartolomé, Fiesco, Diego Mendez y Sagredo, sus más leales servidores, se unieron á sus hijos en aquel duro trance.

Bartolomé no le abandonaba.

Diego y Fernando apenas se separaban del lecho.

### IV.

Pero ni Isabel, ni Villejo, ni su madre estaban á su lado.

La nacion, á que tantos servicios habia prestado; los reyes, por quienes tantos sacrificios habia hecho, parecian haberle olvidado por completo.

La pobreza y el dolor: hé aquí los únicos compañeros de su última hora.

Fernando no tuvo otro remedio que confiar á su moribundo padre las causas de la ausencia de aquellos séres, por quienes preguntaba á cada instante.

Este último golpe exacerbó sus padecimientos.

## VI.

—¡Dios mio!—dijo.—He apurado hasta las heces el cáliz de la amargura. Muero olvidado de la nacion, á la que he dado un mundo; muero pobre, sin legar á mis hijos más que la esperanza de la justicia; muero sin ver aquellas regiones en donde sembré el bien, y en donde, sin embargo, la cizaña del cual destruye el fruto de mis afanes; muero dejando á mi hijo amado con el corazon herido de muerte; muero sin estrechar en mis brazos á la que ha sido hermana de mis hijos, á la que ha reemplazado á sus benditas madres.

## VII.

Todo era luto y desolacion en torno suyo.

Llegó el 20 de Mayo, y empezó la agonía del enfermo.

En las primeras horas de la mañana llegó á la hu-

milde morada del gran hombre don Fernando de Toledo.

A sus ruegos le dejaron un momento á solas con el enfermo.

Profundamente conmovido, le hizo una revelacion que derramó un dulcísimo bálsamo en el dolorido corazón del enfermo.

### VIII.

—Yo ignoraba,—le dijo,—que siendo uno de vuestros más apasionados admiradores, era á la vez agravador de vuestros males.

—¡Vos, señor don Fernando!—balbuceó el enfermo.

—Yo sí... mi hija me ha hablado.

—Y os dignais venir á verme despues de saber la desgraciada pasion que ha inspirado á mi hijo.

—Mi único deseo es la felicidad de mi adorada María... Ella, con lágrimas en los ojos, me ha confiado el puro y entrañable amor que siente hácia Diego, y temerosa de oír de mis lábios una negativa, no me ha confiado sus sentimientos para implorar mi proteccion, sino para rogarme que ya que no proteja su esperanza, renuncie á dar su mano á otro hombre y la permita entrar en un convento.

—¿Eso ha dicho?

—Eso está resuelta á hacer.

La emocion del enfermo hizo asomar á sus ojos lágrimas á un tiempo de alegría y de pesar.

## IX.

—Al oír la revelacion de mi hija, —prosiguió don Fernando, —no pude ménos de pensar en vuestra inmensa gloria y en la injusticia de que sois objeto.

—Luego sabeis...

—Sé que el rey, preocupado por las complicaciones de la Europa, atento á los intereses de su monarquía, por más que empiece á comprender los maravillosos descubrimientos y conquistas que habeis efectuado, se ocupa más de sus ambiciones que de sus deberes para con vos. Sé que teneis poderosos enemigos, que impulsados por la envidia, no tienen más afan que veros condenado al abandono, al olvido.

—Sin vuestro auxilio, me hubieran dejado perecer en la costa de la Jamaica.

—La Providencia me inspiró; y creedlo, no cambiaria por nada del mundo el insignificante favor que pude haceros.

—Dios os bendiga.

—Pero aquello no fué nada, quiero hacer más. No sé si la Providencia habrá dispuesto que abandoneis en breve la deleznable vida, para otorgaros en el cielo el premio que merecen vuestras virtudes. Si tal es su suprema voluntad, creedme, lágrimas de profunda gratitud, de verdadero dolor, serán el tributo de la posteridad. Pero que vuestra alma recobre la serenidad que siempre ha demostrado. Vuestros hijos reci-

birán toda la herencia que les dejais. Diego merece todo mi aprecio.

—¿Qué decís?

—Digo que yo os juro solemnemente ser un padre para él, unirle con María, poner á su disposición mis riquezas, mi influencia, todo cuanto poseo, á fin de que consiga el justo galardón.

—¡Ah! Esa bondad me consuela de la ingratitud de los hombres... decidme que no sueño, que vuestras palabras no son una ilusión, que no me habla la fiebre que arde en mis venas.

## X.

Don Fernando de Toledo aseguró á Colon que cumpliría fielmente la palabra que habia empeñado.

—No es sólo por él y por vos,—añadió;—es por mi hija, cuya felicidad es la vuestra, por lo que estoy dispuesto á consagrar mi vida al triunfo de vuestra causa.

—¿Y María sabe ya?...

—No: antes he querido confiaros mis proyectos.

—¡Sufrirá mucho!

—En breve oirá de mis lábios la promesa de su ventura.

—Que lo sepa también mi hijo.

—Sí... llamadle.

—Antes recibid mi bendición.

—Y vos mi juramento.

## XI.

Poco despues mandó Colon llamar á Diego.

Este, que no habia abandonado la antecámara, entró enseguida en el aposento de su padre.

Su rostro estaba más sereno.

## Capítulo C.

Los últimos momentos de un gran hombre.

### I.

—Hijo mio,—dijo Colon á Diego, estrechando su mano con efusion,—la Providencia se ha apiadado de mí. La voz me falta... Hablad vos,—añadió, dirigiéndose á don Fernando.

—He venido,—dijo este,—á suplicar de hinojos á vuestro padre que me permita llamaros hijo.

Esta revelacion sorprendió á Diego.

### II.

—¡Padre!—exclamó, cayendo de rodillas.



CRISTÓBAL COLON —¡Padre!—exclamó, cayendo de rodillas.



—Si... yo lo quiero... yo lo deseo...—balbuceó el enfermo.

—Y yo os juro,—añadió don Fernando,—que todas mis riquezas, que toda mi influencia, que mi vida entera si es preciso, la sacrificaré para obtener que el rey, que la posteridad, hagan justicia al padre, y veneren en el hijo su grandeza.

—Mi vida se acaba,—añadió Colon;—quiero ver á María, bendecirla.

### III.

Don Fernando salió á buscar á la hermosa niña, que, habiendo confiado á su padre sus afecciones, habia sido el ángel de la guarda de Colon, habia despertado en su alma los nobles sentimientos que le hemos visto manifestar.

La agonía avanzaba.

La fatidica sombra de la muerte se proyectaba sobre el rostro de aquel hombre inmortal.

Era cristiano, y pidió los consuelos de la religion.

### IV.

—Hermano mio,—le dijo Diego,—acaba de llegar de Tierra Santa un fraile de los que han custodiado el Santo Sepulcro, y desea verte.

—Llega á tiempo; cualquiera que sea escuchará mi confesion.

Un anciano con el hábito de los monjes del Santo Sepulcro penetró en la estancia.

—Aun llego á tiempo,—dijo sollozando.

Su voz resonó en el alma del enfermo.

El fraile se acercó.

—¿Vos?... ¿Vos aquí?—exclamó, haciendo un supremo esfuerzo el almirante.

—Sí; yo, que os debo la inmensa dicha de poder bendeciros en nombre de Dios en este instante supremo.

Aquel anciano era Martín Carrasco, que, como recordarán nuestros lectores, después de perder á Rebeca, abandonó las armas y el mundo para consagrarse á la religión.

Los dos quedaron solos, y el sacerdote oyó la confesión del moribundo...

## VI.

Si los actos todos de la vida del almirante no hubieran demostrado cuán arraigada estaba en su alma la fé cristiana, sus últimas palabras, su confesión ante el ministro de Dios, hubieran bastado para probar su sentimiento religioso.

Aquel hombre tan combatido por la desgracia, sólo sentia piedad para sus enemigos y gratitud para sus bienhechores.

## VII.

Recordando su misera niñez, el horrible naufragio que le arrojó á las costas de Portugal, su union con doña Felipa, de la que tuvo á su hijo Diego, su enfermedad, su pobreza, su llegada á la Rábida mendigando un asilo, la proteccion del venerable prior fray Juan Perez de Marchena, sus amigos de Palos, su llegada á Córdoba, la proteccion de la reina, debida á doña Beatriz, su amor con aquella ilustre dama, santificada en secreto, sus esperanzas y sus dudas, sus martirios hasta lograr la proteccion de los reyes para darse á la vela, sus luchas á bordo, el descubrimiento de tierra, la acogida que le dispensó Guacanajari, su regreso á la córte, la inmensa ovacion de que fué objeto, su pensamiento de difundir en los nuevos países la luz del Evangelio, y de emplear las riquezas que en ellos encontrase en arrebatarse los Santos Lugares del poder de los infieles; recordando, en fin, todas las vicisitudes de su azarosa vida, no halló en su alma ni un átomo de rencor para sus encarnizados enemigos.

Las desgracias de sus amigos le inspiraron lágrimas de piedad; perdon sublime las ofensas de los ingratos.

## VIII.

La confesion se prolongó bastante, y Colon hizo muchas preguntas á Martin Carrasco, para saber qué habia sido de él mientras habian estado separados.

La oracion y la piedad habian sido los únicos ejercicios del antiguo soldado, á quien el ejemplo del almirante habia impulsado á consagrarse por completo á la religion.

Al fin terminó el acto.

Colon recibió la bendicion, y besó con ternura la mano del sacerdote.

Poco despues recibió la comunión, y en ese momento de tregua que el cumplimiento de los deberes cristianos ofrece á los moribundos, pudo fijar su última mirada en las personas que rodeaban su lecho, prosternadas de hinojos y vertiendo abundoso llanto.

Su última mirada se fijó en dos jóvenes, que uno al lado de otro, le miraban á través de sus lágrimas.

—¡María!... ¡Isabel!—exclamó.—¡Dios os bendiga!

## IX.

El pobre enfermo habia realizado sus esperanzas.

Isabel, Inés, María, Diego, Fernando, Villejo, sus dos hermanos, Diego Mendez, Sagredo, Fiesco, y el pobre indio, que nunca le habia abandonado, todos es-

taban en torno suyo, todos habian acudido alli á recibir su último adios.

Algunos segundos despues oyeron con terror todos los circunstantes murmurar al gran hombre estas palabras:

—*In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.*

## X.

Estas fueron las últimas palabras que exhalaban aquellos labios.

Dios se las habia inspirado, haciéndole recordar en el último instante de su vida las palabras del Salvador.

Tal fué el fin de aquel hombre, cuya gloria, á través del olvido, de la ingratitud, de las malas pasiones de los hombres, ha llenado el mundo.

No debia ser el último mártir de la ingratitud humana.

## XI.

Grandes fueron sus padecimientos, grandes sus amarguras; pero en los últimos momentos de su vida habia tenido á su lado un hombre que debia sucederle en su gloria; un hombre que debia encontrar, á sus nobles deseos, desengaños aún más terribles; que iba á luchar, no con indios sencillos, inocentes, desarma-

dos por completo, sino con un imperio poderoso, civilizado, en el mayor grado de apogeo.

Este hombre es Hernán Cortés, cuya figura vamos á bosquejar para completar esa gran apopeya del descubrimiento y conquista de América, que empezó con Colón, y que aun no ha terminado.

---

# EPÍLOGO.

## I.

Muerto el almirante don Cristóbal Colon, se depositó su cadáver en el convento de San Francisco de Valladolid.

El rey comprendió entonces la mancha que habia echado sobre su reinado, y dispuso que se celebraran sus exequias con gran pompa en la iglesia de Santa María de la Antigua.

Así mismo mandó que se erigiese un monumento á su memoria con esta inscripción:

•Por Castilla y por Leon  
Nuevo Mundo halló Colon. •

## III.

Treinta años despues fueron trasladadas sus cen-

zas á la Española, y enterrado en la principal capilla de la catedral de Santo Domingo.

Hoy descansan en la catedral de la Habana.

Como complemento, reproducimos en las notas la descripción de la traslación de sus restos á este último sepulcro. (Y).

### III.

Para terminar esta historia, añadiremos que unido Diego Colón con la hija de don Fernando de Toledo, después de sostener un pleito con el rey, obtuvo justicia, y no sólo le fué otorgada la herencia de su padre en riquezas y títulos, sino que reemplazó al infame Ovando en el gobierno de la Española, adonde partió en 1509 con su hermano Fernando y sus dos tíos Diego y Bartolomé.

Aún hallaremos á estos personajes en la historia del descubrimiento y conquista de Méjico.

### IV.

Villejo, que habia sido arrancado del poder de los infames cómplices de Aguado por Hernán Cortés, se unió con Isabel, y los dos vivieron reflejando su felicidad en su pobre madre.

La Providencia les habia salvado de la infame tentativa del perseguidor de la jóven.

Camino de Baeza sorprendieron unos bandoleros á

Aguado, y defendiéndose este de sus agresores, fué muerto por uno de ellos.

## V.

Fonseca recibió el castigo de la historia, que aún condena las persecuciones de que hizo objeto al gran Colon.

En tanto que aquel obcecado enemigo del gran conquistador del Nuevo Mundo yace sepultado en el olvido, no sólo la posteridad ha inmortalizado el nombre de Colon, sino que la Iglesia, despues de aquilatar su virtud, ha creído un deber rodearle con la aureola del santo.

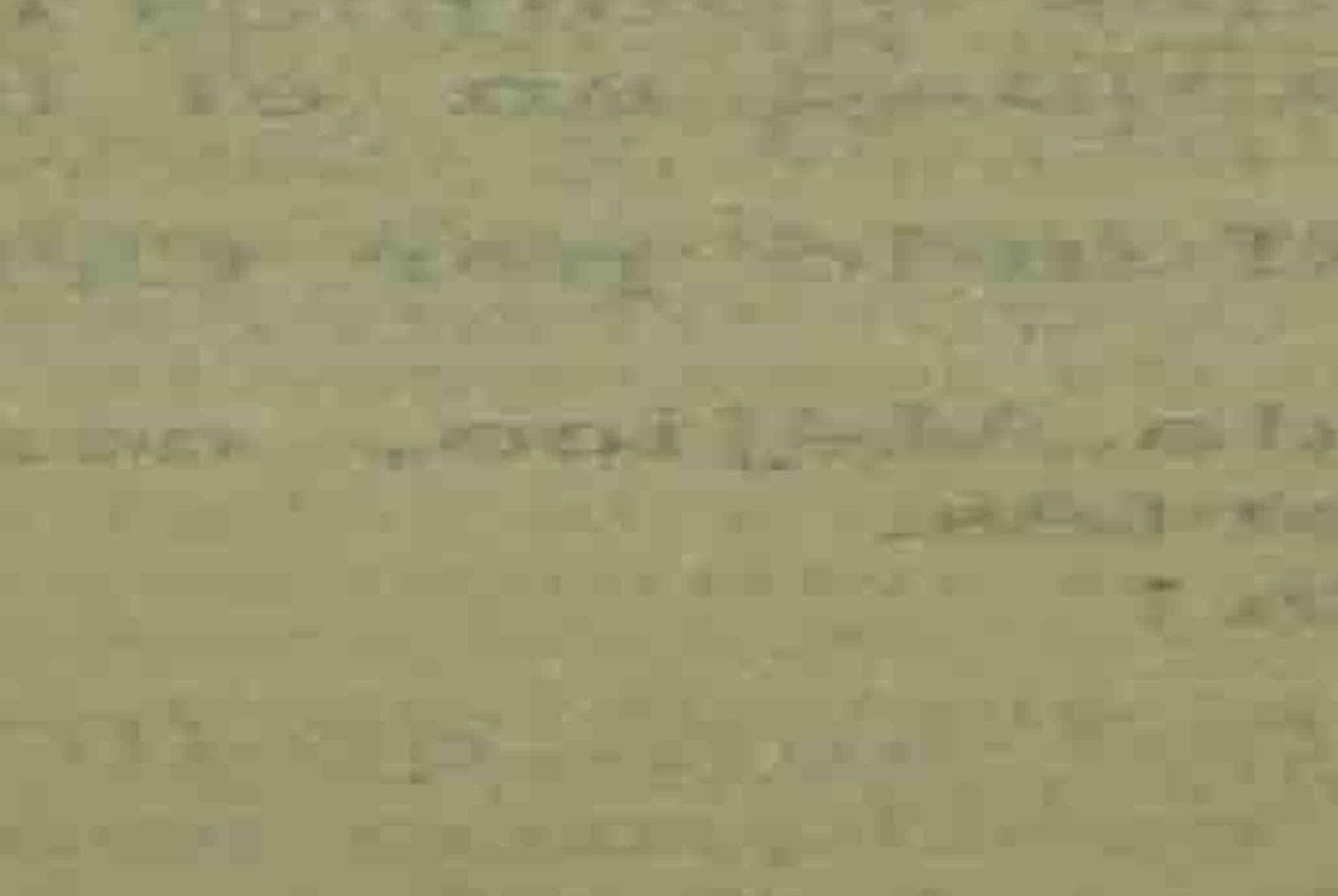
La fé lo alcanza todo. Dos grandes ejemplos lo demuestran en la historia de la humanidad en el breve espacio de algunos años:

El descubrimiento del Nuevo Mundo por Cristóbal Colon,

La conquista del gran imperio de Méjico, con un puñado de hombres, por Hernan Cortés.

¡La Providencia es siempre justa!

FIN.



---

## NOTAS DE ESTE TOMO.

---

(A) La empresa sugerida por Colon, aunque pueda en el dia aparecer extravagante y ociosa, estaba de acuerdo con la disposicion de aquellos tiempos y la córte á que se propuso.

La vena de erudicion mística que le fecundaba, era tambien propia de una edad en que las visiones de los cláustros influian aún en los ejércitos y en los gabinetes.

Aun no se habia desvanecido el espiritu de las cruzadas.

En la causa de la Iglesia, y á instigacion de sus dignatarios, estaba pronto todo caballero á desnudar su espada, y la religion mezclaba un brillante y devoto entusiasmo con el estímulo general de la guerra.

Fernando era un mogigato religioso, y la devocion de Isabel estaba tan cerca de la supersticion, como podia permitirlo su espíritu liberal y magnánimo.

Ambos soberanos estaban bajo la influencia de políticos eclesiásticos, que dirigian sus empresas de tal modo, que redundasen en beneficio del poder temporal y gloria de la Iglesia.

La reciente conquista de Granada se habia considerado como una cruzada europea, y valió por lo mismo á los soberanos el epíteto de Católicos.

Era natural que pensasen en extender aún más lejos sus victorias sagradas, y en hacer sufrir á los infelices por sus duraderas conquistas en España y por los triunfos de la Cruz que habían logrado.

En efecto: el duque de Medina-Sidonia acababa de entrar en Berbería y de tomar á Melilla.

Esta expedición se tuvo por el primer eslabon de una larga cadena de guerras nuevas contra los infieles de Africa (Washington Irving).

(B) Estos documentos se conservaban desconocidos en la familia de Oderigo hasta el año 1670, que Lorenzo Oderigo se los presentó al gobierno de Génova, y se depositaron en los archivos.

En los tumultos y revoluciones posteriores, desapareció una de las colecciones de copias, y se llevó á Paris la otra.

En 1316 se descubrió esta en la biblioteca del difunto Michel Angelo Cambiaso, senador de Génova. La procuró el rey de Cerdeña, soberano de Génova entonces, y se la regaló á la ciudad en 1321. Esta erigió para su conservacion una custodia, ó monumento, compuesto de una urna, que descansa en una columna de mármol, y sostiene el busto de Colon. Los documentos están depositados dentro de la urna.

Estos papeles se publicaron unidos á una memoria histórica de Colon, por el doctor Gio.

Battista Spotorno, profesor de elocuencia, etc., de la universidad de Génova.

(C) Arbol que produce el algodón.

(D) Maíz en leche, que se come tostado, y que forma un alimento muy sustancioso.

(E) Especie de pimienta muy picante, con el que sazaban los indios su comida.

(F) Loros verdes.

(G) Cuadrúpedo muy sabroso.

(H) Fruto que se parece á la guabana, más pequeño y agri-dulce.

(I) Especie de planta como el cardo, áspera y espinosa. Tarda diez meses en madurar, y cada planta produce un solo fruto.

(J) Arbol gigantesco, cuyas hojas son redondas, verdes por un lado y encarnadas por otro. Produce un fruto semejante á la na-

ranja por fuera; por dentro es blanco como la leche, y dulce y gelatinoso. Frotándose los dientes con hojas de calmito, se ponen completamente blancos.

(K) Uno de los árboles más hermosos de la India, muy verde y muy copudo. Su hoja se parece á la del nogal. Sus flores son grandes como la palma de la mano, y del color de la escarlata. Su fruto viene á ser una especie de sandía pequeña.

(L) Especie de vino ó jarabe que embriaga con mucha facilidad.

(M) Oviedo ha tratado de manchar el carácter de esta princesa, acusándola de disoluta; pero tenía por costumbre acriminar el carácter de los principales indios, que parecían víctimas de la ingratitud é injusticia de sus compatriotas.

Los escritores contemporáneos de mayor autoridad concurren en pintar á Anacaona como notable por su dignidad y carácter.

La adoraban sus súbditos tanto, que ejercía sobre ellos una especie de dominio, aun en los días de su hermano; se dice que era hábil en la composición de los areitos ó romances históricos de su nación, y pudo contribuir mucho á aquel grado de superior refinamiento, notable entre su gente.

Su gracia y belleza le habían dado nombradía por toda la isla y excitado la admiración del español como del salvaje.

Su espíritu magnánimo se manifestó en el amistoso trato que tuvo con los blancos; y aunque su marido, el bravo Caonabo, había perecido prisionero entre ellos, tuvo en su poder muchos españoles indefensos, que vivían seguros en sus dominios.

Después de haber descuidado por muchos años las frecuentes y seguras ocasiones de venganza que se le presentaban, cayó víctima del absurdo cargo de haber conspirado contra una fuerza armada de cerca de cuatrocientos hombres, y entre ellos setenta caballos, capaces de haber subyugado grandes ejércitos de desnudos indios (Washington Irving).

(N) El grupo de islas á que se hace alusión está á poca distancia de la costa de Honduras, y al Oriente de la gran bahía ó golfo de este nombre.

(Ñ) Colón dió á este cabo el nombre de Caxinas, porque estaba cubierto de árboles frutales, á los que así designaban los indios.

(O) El mismo Cristóbal Colón participó de esta creencia. En su carta, fechada en Jamaica, aseguró á los soberanos que los habitan-

les de Cariari y sus cercanías eran grandes encantadores. Dijo además que las dos jóvenes indias que habían visitado sus buques, llevaban consigo polvos mágicos, y añadía que los marineros atribuían todas las dilaciones y trabajos que habían sufrido en su último viaje á la influencia de algun maleficio ó brujería de aquellas indias.

(P) Güel y Renté (D. José).

(Q) Ornofay estaba situado en la orilla del mar de Cuba, entre la bahía de Jagua y el cabo de la Cruz. Colon llegó á esta comarca en el año 1494, y bajo los frondosos árboles de su orilla se dijo la primera misa que se celebró en la isla.

(R) Estas son las que se conocen hoy con el nombre de las Mulatas.

(S) Tampoco conocian su situación los pilotos, que creían estar al Oriente de las islas caribes; mientras el almirante temía que con todos sus esfuerzos le habrían llevado las corrientes al Occidente de la Española. Sus conjeturas estaban bien fundadas, porque el 10 del mismo mes descubrió dos isletas bajas al Noroeste de la Española, á las que dió el nombre de las Tortugas, por las muchas que en ellas había.

Hoy se llaman islas de los Caimanes.

(T) Repárese que al amanecer, viendo el cable, observaron los marineros que estaba tan deteriorado, que si hubiera durado una hora más la tempestad, hubiera sido imposible evitar el naufragio.

(U) El día 23 de Junio entró en Puerto-Bueno; hoy llamado Dry-Harbour (Puerto-Seco), pero no vió indio alguno de quien obtener provisiones, ni había agua dulce en los contornos. Acosados todos de sed y hambre, salieron hácia el Oriente al día siguiente, á otro puerto, al que llamó el almirante de Santa Gloria, conocido actualmente por el de La Caleta de don Cristóbal.

(V) Se había prohibido el uso de mulas para silla, á causa de haber su cría hecho decaer la de los caballos.

(X) TESTAMENTO DE COLON.—En el nombre de la Santísima Trinidad, el cual me puso en memoria, y despues llegó á perfecta inteligencia, que podria navegar é ir á las Indias desde España, pasando el mar Océano al Poniente, y así lo notifiqué al rey don Fernando y á la reina doña Isabel nuestros señores, y les plugo de me dar aviamiento y aparejo de gentes y navios, y de me hacer su almirante en el dicho mar Océano, allende de una raya imaginaria.

que mandaron señalar sobre las islas de Cabo-Verde, y aquellas de las Azores, cien leguas que pasa de polo á polo, que dende en adelante al Poniente fuese su almirante, y que en la tierra firme é islas que yo fallase y descubriese, y dende en adelante, que destas tierras fuese yo su visorey y gobernador, y sucediese en los dichos oficios mi hijo mayor, y así de grado en grado para siempre jamás, é yo hobiese el diezmo de todo lo que en el dicho almirantazgo se fallase é hobiese é rentase, y asimismo la octava parte de las tierras, y todas las otras cosas, é el salario que es razon llevar por los oficios de almirante, visorey y gobernador, y con todos los otros derechos pertenecientes á los dichos oficios, así como todo más largamente se contiene en este mi privilegio y capitulacion que de sus altezas tengo.

El plugo á Nuestro Señor Todopoderoso que en el año de noventa y dos descubriese la tierra firme de las Indias y muchas islas, entre las cuales es la Española, que los indios della llaman Ayte y los monicongos de Cipango. Despues volví á Castilla á sus altezas, y me tornaron á recibir á la empresa é á poblar é descubrir más, y así me dió Nuestro Señor vitoria, con que conquisté é fice tribularia á la gente de la Española, la cual boja seiscientas leguas, y descubri muchas islas á los canibales, y setecientas al poniente de la Española, entre las cuales es aquella de Jamaica, á quien Nos llamamos de Santiago, é trescientas é treinta é tres leguas de tierra firme de la parte del Austro al Poniente, allende de ciento y siete de la parte del Septentrion, que tenia descubierto al primer viaje con muchas islas, como más largo se verá por mis escritos y memorias y cartas de navegar. E porque esperamos en aquel alto Dios que se haya de haber antes de grande tiempo buena é grande renta en las dichas islas é tierra firme, de la cual por la razon sobredicha me pertenece el dicho diezmo y ochavo, y salarios y derechos sobredichos: y porque somos mortales, y es bien que cada uno ordene y deje declarado á sus herederos y sucesores lo que ha de haber é hobiere, é por esto me pareció bien de componer desta ochava parte de tierras y oficios é renta un mayorazgo, así como aquí bajo diré.

Primeramente que haya de suceder á mi don Diego, mi hijo, y si dél dispusiere Nuestro Señor antes que él hobiese hijos, que ende suceda don Fernando, mi hijo, y si dél dispusiere Nuestro Señor sin

que hobiese hijo, ó yo hobiese otro hijo, que suceda don Bartolomé, mi hermano, y dende su hijo mayor, y si dél dispusiere Nuestro Señor sin heredero, que suceda don Diego, mi hermano, siendo casado ó para poder casar, é que suceda á él su hijo mayor, é así de grado en grado perpétuamente para siempre jamás, comenzando en don Diego mi hijo, y sucediendo sus hijos, de uno en otro perpétuamente, ó falleciendo el hijo suyo, don Fernando, mi hijo, como dicho es, y así su hijo, y prosigan de hijo en hijo para siempre él y los sobredichos don Bartolomé, si á él llegare ó á don Diego mis hermanos. Y si á Nuestro Señor pluguiere que despues de haber pasado algun tiempo este mayorazgo y le suceda y herede el pariente más llegado á la persona que heredado lo tenia, en cuyo poder prescribió, siendo hombre legitimo que se llame y se haya siempre llamado de su padre é antecessores, llamados de los de Colon. El qual mayorazgo en ninguna manera lo herede mujer ninguna, salvo si aqui ni en otro cabo del mundo no se fallase hombre de mi linaje verdadero que se hobiese llamado y llamase él y sus antecessores de Colon. Y si esto acaesciere (lo que Dios no quiera) que en tal caso lo haya la mujer más llegada en deudo y en sangre legitima á la persona que así habia logrado el dicho mayorazgo; y esto será con las condiciones que aqui bajo diré, las cuales se entienda que son así por don Diego mi hijo, como por cada uno de los sobredichos, ó por quien sucediere cada uno dellós, las cuales cumplirán, y no cumpliéndolas, que en tal caso sea privado del dicho mayorazgo, y lo haya el pariente más llegado á la tal persona, en cuyo poder habia prescrito por haber cumplido lo que aqui diré: el qual así tambien le cobrarán si él no cumpliere estas dichas condiciones que aqui bajo diré, é tambien será privado dello y lo haya otra persona más llegada á mi linaje, guardando las dichas condiciones que así duraren perpétuo, y será en la forma sobrescrita en perpétuo. La qual pena no se entienda en cosas de menudencias que se podrian inventar por pleitos, salvo por cosa gruesa que toque á la honra de Dios, y de mi y de mi linaje, como es cumplir libremente lo que yo dejo ordenado, cumplidamente como digo, lo qual todo encomiendo á la justicia, y suplico al Santo Padre que agora es, y que sucederá en la Santa Iglesia agora, ó quando acaesciere que este mi compromiso y testamento haya de menester para se cumplir de su santa ordenacion é mandamientos, que en virtud de obediencia y

sopena de excomunion papal lo mane; y que en ninguna manera jamás se disforme; y asimismo lo suplico al rey y á la reina, nuestros señores, y al principe don Juan, su primogénito nuestro señor, y á los que le sucedieren por los servicios que yo les he fecho; é por ser justo que les plega y no consientan ni consienta que se disforme. este mi compromiso de mayorazgo é de testamento, salvo que quede y esté así, y por la guisa y forma que yo lo ordené para siempre jamás, porque sea servicio de Dios Todopoderoso y raíz y pié de mi linaje y memorias de los servicios que á sus altezas he hecho, que siendo yo nacido en Génova les vine á servir aquí en Castilla, y los descubrí al Poniente de tierra firme, las Indias y las dichas islas sobredichas. Así que suplico á sus altezas que sin pleito, ni demanda, ni dilación, manden sumariamente que este mi privilegio y testamento valga y se cumpla, así como en él fuere y es contenido; y asimismo lo suplico á los grandes señores de los reinos de su alteza y á los de su Consejo, y á todos los otros que tienen ó tuvieren cargo de justicia ó de regimiento, que les plega de no consentir que esta mi ordenacion é testamento sea sin vigor ni virtud, y se cumpla como está ordenado por mi, así por ser muy justo que persona de título é que haya servido á su rey é reina é al reino, que valga todo lo que ordenare y dejare por testamento ó compromiso é mayorazgo é heredad, é no se le quebrante en cosa alguna, ni en parte ni en todo.

Primeramente traerá don Diego mi hijo, y todos los que de mi sucedieren y descendiere, y así mis hermanos don Bartolomé y don Diego, mis armas, que yo dejaré despues de mis dias, sin entreverrar más ninguna cosa que ellas, y sellará con el sello de ellas.—Don Diego mi hijo, ó cualquier otro que heredase este mayorazgo, despues de haber heredado y estado en poseion de ello, firme de mi firma, la cual agora acostumbro, que es una X con una S encima, y una M con una A romana encima, y encima della una S, y despues una Y griega con S encima con sus rayas y virgulas, como yo agora fago, y se parecerá por mis firmas, de las cuales se hallarán muchas, *y por esta parecerá.*

Y no escribirá sino el Almirante, puesto que otros títulos el rey le diese ó ganase: este se entiende en la firma y no en su dictado, que podrá escribir todos sus títulos como le plugiere; solamente en la firma escribirá el Almirante.

Habrà el dicho don Diego, ó cualquier otro que heredase este mayorazgo, más oficios de Almirante del mar Océano, que es de la parte de Poniente de una raya que mandó asentar imaginaria su alteza, y otro tanto sobre las de Cabo Verde, la cual parte de polo á polo, allende de la cual mandaron é me hicieron su Almirante en la mar, con todas las preeminencias que tiene el almirante don Enrique en el almirantazgo de Castilla, é me hicieron su Visorey y Gobernador perpétuo para siempre jamás, y en todas las islas y tierra firme, descubiertas y por descubrir, para mí y para mis herederos, como más largo parece por mis privilegios, los cuales tengo: y por mis capítulos como arriba dije.

Item: que el dicho don Diego, ó cualquier otro que heredare el dicho mayorazgo, repartirá la renta que á Nuestro Señor pluguiere de le dar en esta manera so la dicha pena:

Primeramente, dará todo lo que este mayorazgo rentare agora y siempre, é del é por él se hobiere é recaudare la cuarta parte cada año á don Bartolomé Colon, adelantado de las Indias, mi hermano, y esto fasta que él haya de su renta un cuento de maravedis para su mantenimiento y trabajo que ha tenido y tiene de servir en este mayorazgo, el cual dicho cuento llevará, como dicho es, cada año si la dicha cuarta parte tanto montare, si él no tuviere otra cosa; más teniendo algo ó todo de renta, que dende adelante no lleve el dicho cuento ni parte dello, salvo que desde agora habrá en la dicha cuarta parte fasta la dicha cuantia de un cuento, si así llegare, y tanto que él haya de renta fuera de esta cuarta parte cualquier suma de maravedis de renta conocida de bienes que pudiere arrendar á oficios perpétuos, se le descontará la dicha cantidad que así habrá de renta, ó podría haber de los dichos sus bienes ó oficios perpétuos, ó del dicho un cuento, será reservado cualquier dote ó casamiento, que con la mujer con quien él casare hobiere: así que todo lo que él hobiere con la dicha su mujer no se entenderá que por ello se le haya de descontar nada del dicho cuento, salvo de lo que él ganere ó hobiere, allen del dicho casamiento de su mujer, y despues que plegue á Dios que él ó sus herederos, ó quien de él descendiere, haya un cuento de renta de bienes y oficios, si los quiere arrendar, como dicho es, no habrá él ni sus herederos más de la cuarta parte del dicho mayorazgo nada, y lo habrá el dicho don Diego ó quien heredare.

Item: habrá de la dicha renta del dicho mayorazgo, ó de otra cuarta parte de ella, don Fernando mi hijo, un cuento cada año, si la dicha cuarta parte tanto montare, fasta que el haga dos cuentos de renta por la misma guisa y manera que está dicha de don Bartolomé mi hermano, él y sus herederos, así como don Bartolomé mi hermano y los herederos del cual así habrán el dicho un cuento ó la parte que faltare para ello.

Item: el dicho don Diego y don Bartolomé ordenarán que haya de la renta del dicho mayorazgo don Diego mi hermano, tanto dello con que se pueda mantener honestamente, como mi hermano, que es el cual no dego cosa limitada, porque él quiere ser de la Iglesia, y le darán lo que fuere razon, y esto sea de monton mayor, antes que se dé nada á don Fernando mi hijo, ni á don Bartolomé mi hermano, ó á sus herederos; y tambien segun la cantidad que rentase el dicho mayorazgo, y si en esto hobiese discordia, que en tal caso se remita á dos parientes nuestros, ó á otras personas de bien que ellos tomen la una y él tome la otra, y si no se pudieran concertar, que los dichos dos compromisarios escojan otra persona de bien que no sea sospechosa á ninguna de las partes.

Item: que toda esta renta que yo mando dar á don Bartolomé y don Fernando y á don Diego mi hermano, la hayan y les sea dada, como arriba dije, con tanto que sean leales y fieles á don Diego mi hijo, ó á quien heredare, ellos y sus herederos; y si se fallase que fueren contra él en cosa que toque y sea contra su honra y contra acrecentamiento de mi linaje é del dicho mayorazgo ó cualquiera de ellos, que este no haya dende en adelante cosa alguna: así que siempre sean fieles á don Diego ó á quien heredare.

Item: porque en el principio que yo ordené este mayorazgo tenía pensado de distribuir, y que don Diego, mi hijo, ó cualquier otra persona que le heredase, distribuyan dél la décima parte de la renta en diezmo y conmemoracion del Eterno Dios Todopoderoso en personas necesitadas, para esto agora digo que por ir y que vaya adelante mi intención, para que su Alta Majestad me ayude á mi y á los que esto heredaren acá ó en el otro mundo, que todavia se haya de pagar el dicho diezmo en esta manera:

Primeramente, de la cuarta parte de la renta deste mayorazgo, de la cual yo ordeno y mando que se dé y haya don Bartolomé hasta tener un cuento de renta, que se entienda que en este cuento vá

el dicho diezmo de toda la renta del dicho mayorazgo, y que así como creciere la renta del dicho don Bartolomé, mi hermano, porque se haya de descontar de la renta de la cuarta parte del mayorazgo algo ó todo, que se vea y cuente toda la renta sobredicha para saber cuánto monta el diezmo dello, y la parte que no cabiere, ó sobrare á lo que hubiere de haber el dicho don Bartolomé para el cuento, que esta parte la hayan las personas de mi linaje en descuento del dicho diezmo, los que más necesitados fueren y más menester lo hubieren, mirando de la dar á persona que no tenga cincuenta mil maravedis de renta, y si el que ménos tuviere llegase hasta la cuantía de cincuenta mil maravedis, haya la parte el que pereciere á las dos personas, que sobre esto aquí eligieren, con don Diego ó con quien heredase; así que se entienda, que el cuento que mando dar á don Bartolomé son, y en ellos entra la dicha parte sobredicha del diezmo del dicho mayorazgo, quiero é tengo ordenado que se distribuya en los parientes míos más llegados al dicho mayorazgo y que más necesitados fueren: y despues que el dicho don Bartolomé tuviere su renta un cuento, y que no se le deba nada de la dicha cuarta parte, entonces y antes se verá, y vea el dicho don Diego, mi hijo, ó la persona que tuviere el dicho mayorazgo, con las otras dos personas que aquí diré, la cuenta en tal manera, que todavía el diezmo de toda esta renta se dé y hayan las personas de mi linaje más necesitadas que estuvieren aquí ó en cualquier otra parte del mundo, á donde las envíen á buscar con diligencia, y sea de la dicha cuarta parte de la cual el dicho don Bartolomé ha de haber el cuento: los cuales yo cuento y doy en descuento del dicho diezmo, con razon de cuenta, que si el cuento sobredicho más montare, que también esta demasia salga de la cuarta parte, y la hagan los más necesitados, como ya dije, y si no bastare, que lo haya don Bartolomé hasta que de suyo vaya saliendo, y dejando el dicho un cuento en parte ó en todo.

Item: que el dicho don Diego, mi hijo, ó la persona que heredare, tomen dos personas de mi linaje, los más llegados, y personas de ánimo y autoridad, los cuales verán la dicha renta y la cuenta della, todo con diligencia, y farán pagar el dicho diezmo de la dicha cuarta parte de que se dá el dicho cuento á don Bartolomé, á los más necesitados de mi linaje que estuvieren aquí ó en cualquier otra parte: y pesquisarán de los de haber con mucha diligencia, y

sobre cargo de sus ánimas. Y porque podría ser que el dicho don Diego ó la persona que heredare no querrán por algún respeto que se le varie el bien suyo ó honra ó sostenimiento del dicho mayorazgo; que no se supiese enteramente la renta dello; yo le mando á él que todavía le dé la dicha renta sobre cargo de sus conciencias y ánimas; que no lo denuncien ni publiquen, salvo cuanto fuere la voluntad del dicho don Diego, ó de la persona que heredare; solamente procure que el dicho diezmo sea pagado en la forma que arriba dije.

Item: porque no haya diferencias en el elegir destes dos parientes más llegados que han de estar con don Diego, ó con la persona que heredare, digo que yo luego elijo á don Bartolomé, mi hermano, por la una, y á don Fernando, mi hijo, por la otra; y ellos luego que comenzasen á entrar en esto sean obligados de nombrar otros dos personas; y sean los más llegados á mi linaje y de mayor confianza; y ellos elegirán otros dos al tiempo que hubieren de comenzar á entender en este fecho. Y así irá de unos en otros con mucha diligencia; así en esto como en todo lo otro de gobierno é bien é honra y servicio de Dios y del dicho mayorazgo para siempre jamás.

Item: mando al dicho don Diego, mi hijo, ó á la persona que heredare el dicho mayorazgo, que tenga y sostenga siempre en la ciudad de Génova una persona de nuestro linaje que tenga allí casa é mujer; é le ordene renta con que pueda vivir honestamente, como persona tan llegada á nuestro linaje; y haga pié y raíz en la dicha ciudad como natural della, porque podrá haber en la dicha ciudad ayuda é favor en las cosas del menester suyo, pues que della salió y en ella nació.

Item: que el dicho don Diego, ó quien heredare el dicho mayorazgo, envíe por vía de cambios, ó por cualquiera manera que él pudiere, todo el dinero que él ahorrare de la renta del dicho mayorazgo, y haga comprar de ello en su nombre é de su heredero unas compras á que dicen *Logos*, que tienen el oficio de San Jorge, los cuales agora rentan seis por ciento, y son dineros muy seguros, y esto sea por lo que yo diré aquí.

Item: porque á persona de estado y de renta conviene por servir á Dios, y por bien de su honra, que se aperceba de hacer por sí y se poder valer con su hacienda, allí en San Jorge está cualquier dinero muy seguro, y Génova es ciudad noble y muy poderosa por

la mar; y porque al tiempo que yo me moví para ir á descubrir las Indias, fui con intencion de suplicar al rey y á la reina nuestros señores, que de la renta que de sus altezas de las Indias, hobiese que se determinase de la gastar en la conquista de Jerusalem, y así se lo supliqué; y si lo hacen sea en buen punto, y si no que todavía esté el dicho don Diego, ó la persona que heredare deste propósito, de ayuntar el más dinero que pudiere, para ir con el rey nuestro señor, si fuere á Jerusalem á le conquistar, ó ir solo con el más poder que tuviere; que placera á nuestro señor que si esta intencion tiene ó tuviere, que le dará él tal aderezo que lo podrá hacer, y lo haga; y si no tuviere para conquistarlo todo, le darán á lo ménos para parte dello; y así que ayunte y haga su caudal de su tesoro en los lugares de San Jorge en Génova; y allí multiplique fasta que él tenga tanta cantidad que le parezca y sepa que podrá hacer alguna buena obra en esto de Jerusalem, que yo creo que despues que el rey y la reina nuestros señores, y sus sucesores, vieren que en esto se determinan, que se moverán á lo hacer sus altezas, ó le darán el ayuda y aderezo como á criado é vasallo que lo hará en su nombre.

Item: yo mando á don Diego mi hijo, y á todos los que de mí descendieren, en especial á la persona que heredare este mayorazgo; el cual es como dije, el diezmo de todo lo que en las Indias se hallare y hobiere é la octava parte de otro cabo de las tierras y renta, lo cual todo con mis derechos de mis officios de Almirante y Visorey y Gobernador, es más de veinticinco por ciento, digo: que toda la renta desto, y las personas y cuanto tuvieren, obliguen y pongan en sostener y servir á sus altezas ó á sus herederos bien fielmente, hasta perder y gastar las vidas y haciendas por sus altezas; porque sus altezas me diéron comienzo á haber y poder conquistar y alcanzar, despues de Dios Nuestro Señor, este mayorazgo; bien que yo les vine á convidar con esta empresa en sus reinos, y estuvieron mucho tiempo que no me diéron aderezo para poner en obra, bien que desto no es de maravillar, porque esta empresa era ignota á todo el mundo, y no habia quien lo creyese, por lo cual les soy en muy mayor cargo, y porque despues siempre me han hecho muchas mercedes y acrecentado.

Item: mando al dicho don Diego, ó á quien poseyere el dicho mayorazgo, que si en la Iglesia de Dios, por nuestros pecados, na-

cierre algún cisma, ó que por tiranía alguna persona, de cualquier grado ó estado que sea ó fuere, le quisiere desposeer de su honra y bienes, que so la pena sobredicha se ponga á los piés del santo padre, salvo si fuese herético (lo que Dios no quiera) la persona ó personas, se determinen é pongan por obra de le servir con toda su fuerza é renta é hacienda; y en querer librar el dicho cisma, é defender que no sea despojada la Iglesia de su honra y bienes.

Item: mando al dicho don Diego, ó á quien poseyere el dicho mayorazgo, que procure y trabaje siempre por la honra y bien y acrecentamiento de la ciudad de Génova, y ponga todas sus fuerzas é bienes en defender é aumentar el bien é honra de la república de ella, no yendo contra el servicio de la Iglesia de Dios y el alto Estado del rey ó de la reina nuestros señores é de sus sucesores.

Item: que el dicho don Diego, ó la persona que heredare ó estuviere en posesion del dicho mayorazgo, que de la cuarta parte que yo dije arriba de que se ha de distribuir el diezmo de toda la renta, que al tiempo que don Bartolomé y sus herederos tuvieren ahorrados los dos cuentos ó parte de ellos, y que se hobieren de distribuir algo del diezmo en nuestros parientes; que él y las dos personas que con él fueren nuestros parientes, deban distribuir y gastar este diezmo en casar mozas en nuestro linaje que lo hobieren menester y hacer cuanto favor pudieren.

Item: que el tiempo que se hallare en disposición que mande hacer una iglesia, que se intitule Santa María de la Concepcion, en la isla Española, en el lugar más idóneo, y tenga un hospital el mejor ordenado que pueda, así como hay otros en Castilla y en Itàlia, y se ordene una capilla en que se digan misas por mi ánima y de nuestros antecesores con mucha devocion; que placera Nuestro Señor de nos dar tanta renta, que todo se podrá cumplir lo que arriba dije.

Item: mando al dicho don Diego, mi hijo, ó á quien heredare el dicho mayorazgo, trabaje de mantener y sostener en la isla Española cuatro buenos maestros en la santa teologia, con intencion y estudio de trabajar y ordenar que se trabaje de convertir á nuestra Santa fé todos estos pueblos de las Indias, cuando plugiere á Nuestro Señor que la renta del dicho mayorazgo sea crecida, que así crezca de maestros y personas devotas, y trabaje para tomar estas gentes cristianas, y para esto no haya dolor de gastar todo lo que

fuere menester; y en conmemoracion de lo que yo digo y de todo lo sobrescrito, hará un bulto de piedra mármol en la dicha iglesia de la Concepcion, en el lugar más público, porque traiga de continuo memoria esto que yo digo al dicho don Diego y á todas las otras personas que le vieren, en el qual bulto estará un letrero, que dirá esto.

Item: mando á don Diego, mi hijo, y á quien heredare el dicho mayorazgo, que cada vez y cuantas veces se hobiere de confesar, que primero muestre este compromiso ó el traslado dél á su confesor, y le ruegue que le lea todo, porque tenga razon de lo examinar sobre el cumplimiento dél, y sea causa de mucho bien y descanso de su ánima. Jueves en veinte y dos de Febrero de mil quatrocientos noventa y ocho.

•S•

S. A. S.

X M Y

EL ALMIRANTE.

(Y) Terminada la guerra entre Francia y España en 1795, las posesiones de esta nacion en la isla Española se cedieron á aquella, segun el artículo 9.º del tratado. Para ayudar á la realizacion de este convenio, salió una escuadra española para aquella isla, mandada por don Gabriel de Aristizábal, teniente general de la real armada.

El 11 de Diciembre de 1795 ofició aquel jefe al mariscal de campo y gobernador de Santo Domingo don Joaquín García, para manifestarle que, habiendo sabido que los restos del célebre almirante don Cristóbal Colon yacian en la catedral de aquella ciudad, creia de su deber, como español y como comandante en jefe de la escuadra de operaciones de su majestad, solicitar la traslacion de las cenizas de aquel héroe á la isla de Cuba, que él tambien habia descubierto, y adonde primero habia plantado el estandarte de la Cruz. Expresaba el deseo de que se hiciese esta operacion oficialmente y con mucha solemnidad, para que no quedase en el poder de nadie, por descuido ó negligencia, perder una reliquia enlazada con aquel suceso que formaba la época más gloriosa de la historia española; y que se manifestase á todas las naciones, que los españoles, á pe-

sar del trascurso de los siglos, nunca dejaban de honrar la memoria de aquel digno y aventurado general de los mares, ni la abandonaban al emigrar de la isla las varias corporaciones públicas que representaban el dominio español.

Como no tenía tiempo, sin muchos inconvenientes, para consultar sobre aquel asunto á los soberanos, recurria al gobernador como viceprotector régio de la isla, esperando que se accederia á su solicitud, exhumando y conduciendo á la isla de Cuba los restos del almirante en el navio *San Lorenzo*.

Los nobles deseos de este español hallaron la más cordial y ardiente cooperacion de parte del gobernador. Le dijo en contestacion, que el duque de Veragua, sucesor lineal de Colon, le habia hecho la misma solicitud, deseando que para ello se tomasen á sus expensas las medidas necesarias; y habia al mismo tiempo pedido que tambien se exhumasen los huesos del adelantado don Bartolomé Colon, trasmitiendo inscripciones para los sepulcros de ambos. Añadió, que aunque el rey no habia dado órdenes sobre el asunto, estando la proposicion tan de acuerdo con los agradecidos sentimientos de la nacion española, y teniendo la aprobacion de todas las autoridades de la isla, estaba pronto por su parte á llevarla á efecto.

El comandante general Aristizábal hizo entonces una comunicacion sobre el mismo asunto al arzobispo de Cuba don Fernando Portillo y Torres, cuya metrópoli era entonces la ciudad de Santo Domingo, esperando recibir su ayuda en esta piadosa empresa.

La contestacion del arzobispo estaba concebida en términos de alta cortesia hácia aquel bizarro jefe, y profunda reverencia por la memoria de Colon, y expresaba grande celo en prestar semejante tributo de gratitud y respeto á los restos de un hombre que tanto habia hecho por la gloria de la nacion.

Las personas autorizadas por el duque de Veragua, el venerable dean y cabildo de la catedral, y los demás sujetos y autoridades á quienes don Gabriel de Aristizábal hizo comunicaciones semejantes, manifestaron los mismos deseos de asistir á la celebracion de esta solemne é imponente funcion.

El digno comandante Aristizábal, habiendo dado todos estos pasos preliminares con toda etiqueta, de modo que pudiese celebrarse la ceremonia de un modo público y señalado, proporcionado á la

grandeza de Colon, se llevó todo á efecto con la debida solemnidad y pompa.

El 20 de Diciembre de 1795, las más distinguidas personas de la isla, los dignatarios de la Iglesia, y los oficiales civiles y militares, se juntaron en la catedral metropolitana. En presencia de esta augusta asamblea se abrió una pequeña bóveda, que estaba sobre el presbiterio, en la pared maestra á la derecha del altar mayor; dentro se hallaron los fragmentos de una caja ó ataud de plomo, huesos y tierra, evidentemente los restos de un cuerpo humano. Se juntó el todo cuidadosamente, y se puso en una caja de plomo dorado, de una mediana longitud y latitud, y la tercera parte de altura, asegurada con una cerradura de hierro, cuya llave se entregó al arzobispo. La caja se encerró despues en un ataud cubierto de terciopelo negro, y adornado con galones y flecos de oro. El todo se depositó interiormente en una tumba.

Al dia siguiente se celebró otra grande conmemoracion en la catedral con vigiliass, y cantó el arzobispo una solemne misa de *Requiem*, á que asistieron el comandante general de la armada, los frailes dominicos y franciscos, y los del orden de la Merced, juntos con una escogida comitiva. Despues predicó el arzobispo un sermón funebre.

El mismo dia, á las cuatro de la tarde, se trasladó el ataud al buque con la mayor pompa, acompañado de una procesion civil, militar y religiosa, con banderas cubiertas de crespon negro, y entre cánticos, responsos y salvas de artillería, y alternando las más distinguidas personas de varias órdenes en la conduccion del ataud. Tomó el gobernador la llave de manos del arzobispo, y la puso en las del comandante de la Habana, para que la tuviese en depósito hasta saber la voluntad del rey. Se recibió el ataud á bordo de un bergantin llamado el *Descubridor*, que, como los demás buques, estaba cubierto de señales de luto, y saludó las reliquias que recibia con los honores establecidos para los almirantes.

De Santo Domingo se condujo el ataud á la bahía de Ocoa, trasportándolo allí al navío *San Lorenzo*. Le acompañaba un retrato de Colon, enviado de España por el duque de Veragua para que se suspendiese junto al sitio donde habian de quedar depositados los restos de su ilustre ascendiente.

El navio se dió al punto á la vela, y llegó á la Habana el 15 de

Enero de 1796. Allí se manifestó la misma reverencia por la memoria del descubridor. Pasaron á bordo del navio las autoridades principales, con los jefes y oficiales del ejército y escuadra, conduciéndose todo con la misma ceremonia. Se llevaron á tierra con grande reverencia las cenizas en una falúa, acompañada de tres columnas de botes y barcos pequeños de la armada, todos adecuadamente decorados y ocupados por la oficialidad militar y civil. Seguían dos falúas, tripulada una por una guardia de honor de marina con bandera de luto y cajas destempladas; la otra por el comandante general, el ministro principal de marina y el estado mayor. Al pasar la procesion por frente de los buques de guerra surtos en el puerto, todos le hicieron los honores de almirante y capitán general de la armada. El gobernador de la isla, acompañado de los generales y del estado mayor militar, recibió el ataúd en el muelle, y ordenó conducirlo entre dos líneas de soldados que llegaban hasta el obelisco de la parada, adonde se depositó en una carroza de luto que lo esperaba. Allí se entregaron formalmente al capitán general y gobernador de la isla las cenizas y la llave; se abrió y examinó la caja, autentizando la segura trasportacion de su contenido. Acabada esta ceremonia, se condujo en solemne procesion y con la mayor pompa á la catedral. Se celebraron misas y un oficio de difuntos por el obispo, y los restos mortales de Colón se depositaron con mucha reverencia en la pared á la derecha del altar mayor. «A todos estos honores y ceremonias,» dice el documento de donde se ha tomado esta noticia, «estuvieron presentes las dignidades eclesiásticas y seculares, las corporaciones públicas, y la nobleza y gente principal de la Habana: en prueba de la alta estimacion y respetuosa memoria en que tenían al héroe que habia descubierto el Nuevo Mundo, y habia sido el primero que plantó el estandarte de la cruz en aquella isla.

•Esta es la última ocasion, dice Washington Irving, que la nacion española ha tenido de manifestar sus sentimientos hácia la memoria de Colón: el autor de esta obra ha descrito con satisfaccion profunda, ceremonial tan solemne, afectuoso y noble, y de tanta honra para el carácter nacional. Cuando leemos la traslacion de las cenizas del héroe desde el puerto de Santo Domingo, despues de un intervalo de casi trescientos años, como sagradas reliquias nacionales, con la mayor pompa religiosa, militar y civil, y

los hombres más ilustres y distinguidos afanándose en reverenciarlas, no podemos ménos de recordar, que desde aquel mismo puerto salió cargado de ignominiosas cadenas, herido en su fama y fortuna, y seguido de los gritos y escarnios de la plebe. Tales honores no importan ciertamente á los muertos, ni pueden recompensar al corazón ya vuelto polvo y cenizas todas las injurias y males que ha sufrido; pero hablan con elocuente y consoladora voz á los hombres ilustres que aun están perseguidos y calumniados, animándolos á arrostrar con valor las presentes injurias; con la certeza de que el verdadero mérito sobrevive á la calumnia y recibe glorioso premio en la admiración de las edades futuras.

## INDICE DEL TOMO CUARTO.

### PARTE CUARTA.

#### La palma del martirio.

	Páginas.
CAPÍTULO I.—Comentarios.....	5
II.—Grandeza de ánimo.....	44
III.—Donde se vé con qué celo cumple Isabel las órdenes del almirante.....	25
IV.—Reaccion.....	52
V.—Donde se vé cómo consideraba Colon sus cadenas, y se dá cuenta de otros sucesos interesantes.....	45
VI.—El triunfo de la verdad.....	54
VII.—Venturas del hogar.....	60
VIII.—La gratitud.....	69
IX.—Una teoría puesta en práctica.....	79
X.—Pretextos especiosos.....	87
XI.—Crueldad.....	95

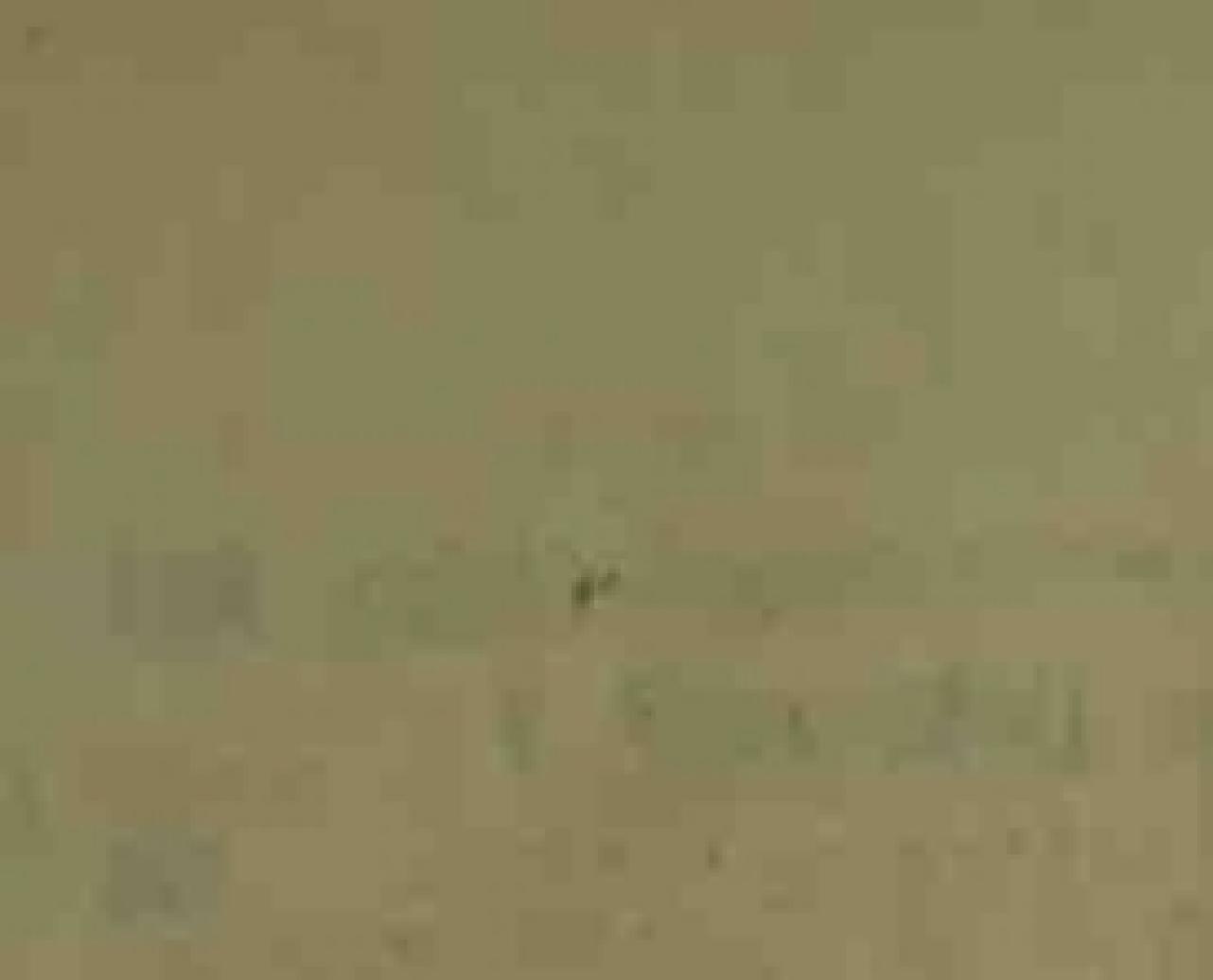
XII.—Un proyecto generoso.....	106
XIII.—El cuarto viaje.....	112
XIV.—Una horrible venganza.....	119
XV.—La paloma y el gavilán.....	152
XVI.—Justicia de Dios.....	141
XVII.—Los que hacen buenos á los malos.....	154
XVIII.—Donde Anacana, no pudiendo resistir por más tiempo la duda, busca la verdad....	165
XIX.—La gruta de Cacibaxagua.....	175
XX.—Una traición.....	179
XXI.—El fin de un pueblo.....	189
XXII.—El último recuerdo.....	200
XXIII.—El suplicio de Anacaona.....	212
XXIV.—Donde se vé cómo Colón deja lo cierto por lo dudoso.....	222
XXV.—Un camino difícil.....	252
XXVI.—Cariari.....	259
XXVII.—Donde parece Colón dormido y los que le acompañan despiertos.....	248
XXVIII.—Contratiempos.....	264
XXIX.—Quibiam, rey de Veragoa.....	270
XXX.—Arcanos del destino.....	280
XXXI.—Donde verán nuestros lectores que los in- dios, á pesar de lo ligero de su traje, te- nían la manga ancha.....	289
XXXII.—La mujer y la madre.....	298
XXXIII.—Odio á muerte.....	305
XXXIV.—Un león que se convierte en tigre.....	312
XXXV.—La colonia de Veragoa.....	319
XXXVI.—Últimos momentos de Llanata.....	329
XXXVII.—Astucia de los indios.....	356
XXXVIII.—Diego Mendez.....	344
XXXIX.—Astucia de los españoles.....	352
XI.—Desastres de la colonia de Veragoa.....	365
XLI.—Una resolución heroica.....	369

- XLII.—Donde se vé por qué motivo abandonan los  
españoles la colonia de Veragua..... 377
- XLIII.—El último rey de Veragua..... 388
- XLIV.—Una doble tempestad..... 397
- XLV.—Un hombre de corazón..... 405
- XLVI.—Paréntesis..... 415
- XLVII.—Una expedición peligrosa..... 417
- XLVIII.—Donde se vé lo que Ovando quería y lo que  
no quería..... 424
- XLIX.—Un plan..... 458
- L.—Una cena..... 445
- LI.—Donde se vé que no todo sale á medida de  
lo que desean los malvados, aun cuando  
salga mal..... 455
- LII.—Donde se ven las nuevas desventuras que  
acaecieron á Diego Mendez..... 464
- LIII.—Una mentira necesaria..... 471
- LIV.—Un hombre generoso..... 478
- LV.—Presentimientos..... 488
- LVI.—Lo que sucede á los que crían cuervos..... 496
- LVII.—Lo que se llama tramar una conjuración... 502
- LVIII.—Un festín en vispera de un motin..... 515
- LIX.—El motin de Porras..... 522
- LX.—Los buenos y los malos..... 550
- LXI.—Después de la tormenta..... 541
- LXII.—Hombres sin alma..... 550
- LXIII.—El último recurso..... 560
- LXIV.—Dios y el hombre..... 568
- LXV.—Desventuras sin fin..... 577
- LXVI.—Sarcasmo de la suerte..... 584
- LXVII.—Dos escenas distintas..... 595
- LXVIII.—Donde sabrá el lector algo de dos perso-  
nas con quienes de seguro ha simpati-  
zado..... 601
- LXIX.—Dos jóvenes de corazón..... 610

LXX.—Donde los rebeldes vuelven á hacer de las suyas.....	618
LXXI.—¡Los miserables!.....	627
LXXII.—Donde se vé lo que recogen los que siem- bran beneficios.....	635
LXXIII.—Un buen encuentro.....	646
LXXIV.—Coincidencias.....	655
LXXV.—Donde por carambola se sabe algo del pasa- do, y se adivina un poco el porvenir....	665
LXXVI.—Donde Fiesco representa su papel á las mil maravillas.....	674
LXXVII.—Donde el diablo tira de la manta.....	683
LXXVIII.—Un plan raro.....	691
LXXIX.—Cabos sueltos.....	698
LXXX.—Donde la victima manda, y el verdugo obe- dece.....	707
LXXXI.—Donde se vé cómo Mendez halla en un rio los medios de cruzar el mar.....	713
LXXXII.—El amor ciego y la envidia con ojos.....	721
LXXXIII.—Una conspiracion tramada por un escudero y un mesonero.....	730
LXXXIV.—Lo que idea un posadero ante la perspecti- va de una bolsa llena de oro.....	737
LXXXV.—Salvacion de los náufragos.....	746
LXXXVI.—Donde hablando de Sagredo, puede el lec- tor saber algo de Ojeda.....	756
LXXXVII.—Un momento de tregua.....	764
LXXXVIII.—Donde se vé cómo Ovando varia de forma sin variar de fondo.....	770
LXXXIX.—El árbol caído.....	777
XC.—Reaccion.....	788
XCI.—Nuevas maquinaciones de los enemigos del almirante.....	798
XCII.—Un antiguo personaje que llega muy á tiempo.....	807

XCIII.—Donde se aclara un punto oscuro del capítulo anterior.....	817
XCIV.—La muerte de la reina.....	828
XCv.—Donde se vé como Colon busca á la Justicia y no la encuentra.....	855
XCVI.—Un nuevo plan de la gitana.....	841
XCvII.—Contrariedades.....	847
XCvIII.—La vida y la muerte.....	851
XCIX.—El último rayo de luz.....	859
C.—Los últimos momentos de un gran hombre.....	866
EPÍLOGO.—.....	875

---



Descontaba ya todo de su suerte, que al recibir  
 215 ..... aquella orden vació.....  
 se desahogó de su noble amigo antes de ir á en-  
 240 ..... trarse á Lisboa.....

**PLANTILLA**

PARA

**LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.**

**Tomo primero.**

Páginas.

Portada.....	1
Levantó la cabeza y fijó una tranquila mirada en los religiosos.....	7
...conseguí poner mi planta sobre la arena.....	21
...explicando sus proyectos á sus amigos de la Rábida.....	74
—Por el triunfo de la Cruz sobre la Media Luna!.....	100
—Beatriz, hermana mia, —dijo,—gracias, gracias, vos me habeis salvado.....	220
Santificaba su union y la bendecía en nombre del Altísimo.....	334
...explica al rey su pensamiento.....	372
Vuelve al convento de la Rábida, y refiere al prior sus desventuras.....	468

Desconfiaba ya tanto de su suerte, que al recibir aquella orden vaciló.....	515
...se despide de su noble amigo antes de ir á embarcarse á Palos.....	616

Tomo segundo.

...dice á los marineros amotinados:—Es inútil murmurar, por nada del mundo retrocederé.....	34
...dice á Pedro Gutierrez:—¿No veis allá á lo lejos una luz?.....	44
...desembarcó el primero, y arrodillándose profundamente conmovido:—¡Gracias, Dios mio!—exclamó con lágrimas de alegría.....	57
Y la llevaron como presea de su triunfo á presencia del almirante.....	131
—Esta es la madre de los que sufren,—añadió, acercando hasta su lecho la santa imagen.....	190
Trazó en un pergamino en breves líneas las impresiones de su viaje.....	230
Don Luis llenaba á cada instante de su sabroso vino el vaso de Colon.....	267
Dénme vuestras majestades las manos para besarlas.....	299
Vió Ojeda la cabeza de un jóven desangrándose todavía.....	481
La comitiva encontró al pasar gran número de indios.....	531
—Sí, sí; tú eres, y bien sabe Dios que has venido á darme la vida.....	687

**Tomo tercero.**

Partieron los ginetes á galope, dejando estupefactos á los indios.....	245
Francisco, que así dijo llamarse, refirió que nunca habia conocido á sus padres.....	527
La reina leyó aquellos documentos, é irritada contra Colon.....	748
Le remachó los hierros en medio de la consternacion general.....	795

**Tomo cuarto.**

...recibidlo ahora, que cuando haya luz os daremos todo cuanto tenemos.....	575
—¡Padre!— exclamó, cayendo de rodillas.....	866

